

MAHFUD MASSIS
Poemas
1942 - 1988

antología

Las bestias del duelo - Elegía bajo la tierra
Sonatas del gallo negro - El libro de los astros apagados
Testamentos sobre la piedra - Llanto del exiliado
Este modo de morir - Ojo de tormenta
Leyendas del Cristo Negro

VENEZUELA
1990



MAHFUD MASSÍS Y SU MUNDO POÉTICO

Desde la aparición, en Santiago de Chile, de *LAS BESTIAS DEL DUELO*, conjunto de poemas escritos entre 1941 y 1943, con el cual inició su estremecida obra lírica, un nombre recorre el continente americano y lo rebasa: es MAHFUD MASSÍS, cuya voz venida de las más abisales vivencias y los más altos sueños, golpea con idéntica fuerza la sensibilidad y la conciencia de este tiempo. Luego circula *ELEGÍA BAJO LA TIERRA*, donde canta, como siempre será su propósito, únicamente lo que llega a su corazón y lo conmueve. "La constante de mi poesía es la muerte", dice en su introducción. Pero es también la vida, de la cual aquella forma parte definitiva y última. De ahí que de Massís pueda decirse que es un poeta existencial. El dolor y el amor, la alegría fugaz, los rostros amados y perdidos, la gente amada también, la otra gente, la soledad y la intemperie, todo determina en el poeta su lenguaje y su estilo.

Iquíque, Santiago, Puerto Aysén, toda la alucinante geografía chilena, hasta llegar a Venezuela, donde ha vivido, trabajado y soñado durante muchos años, constituyen hitos en su incesante aventura terrestre. "Mis antepasados me legaron una carga mortal que no siempre consigue superar mi condición de retoño americano", señala Massís, fiel a su origen. Y, sin embargo, pocos poetas pertenecen, como él, de manera más entrañable, a Chile, a Venezuela, a este lado del mundo.

Dos libros suyos aparecieron en Caracas,

respectivamente: *ANTOLOGÍA POÉTICA* y *SONATAS DEL GALLO NEGRO*, uno de los más intensos del autor, por decirlo de alguna manera, porque la intensidad apasionada es característica de su obra. *LEYENDAS DEL CRISTO NEGRO*, cuya séptima edición data de 1976, es una interpretación original, controvertida si se quiere, pero hermosa del Maestro Jesús, con una enorme carga poética. *EL LIBRO DE LOS ASTROS APAGADOS* (1965) contiene 19 de los poemas más representativos de Massís. "Última tarde", "Poema de las manos muertas", y "La cabeza robada" son buenos exponentes de este libro, al que siguen *TESTAMENTOS SOBRE LA PIEDRA*, *LLANTO DEL EXILIADO* y *ESTE MODO DE MORIR*, que consolidan el prestigio de su autor y el tratamiento de la denominada poesía social. Las composiciones comprendidas en el presente libro bajo el título de *OJO DE TORMENTA* lo confirman sin lugar a dudas.

Poeta integral, ensayista, cuentista, divulgador y comunicador, Massís ha publicado varios libros en prosa: *LOS TRES*, ensayo crítico; *LOS SUEÑOS DE CAIN*, cuentos; *WALT WHITMAN*, *EL VISIONARIO DE LONG ISLAND*, ensayo, Premio Único de la Sociedad de Escritores de Chile, y *EL HOMBRE Y SU CIRCUNSTANCIA*, (Caracas, 1981), crónicas de las que con ese título ha difundido, en su propia voz, por la Radio Nacional de Venezuela, hasta alcanzar el asombroso número de diez mil emisiones, en más de diez años de trabajo creador, en los cuales se hacen cotidianos el humor, la paciente investigación y la magia de la realidad, superior a la fantasía casi siempre.

Poesía con atmósfera propia, veraz, comprometida con el mundo y desgarrada, poderosamente vital, y sin embargo -o por eso mismo, como una vez dijéramos- cruzada por un gran viento funerario y escrita bajo la tempestad, entre la destrucción y la esperanza, ésta de Mahfud Massís, poeta de este tiempo, de este Continente, con cuyo nombre de claras resonancias arábigas se enriquece la poesía de lengua castellana. El libro que ahora tiene el lector en sus manos es prueba de su vocación y de su esfuerzo, ambos irrefutables.

MAHFUD MASSIS
Poemas
1942 - 1988

Antología

VENEZUELA
1990

Copyright © 1990 - Editorial Dialit, C.A.

Título: Antología

Autor: Mahfud Massís - Casilla 14763, Santiago, Chile

5.000 Ejemplares

Textos revisados y corregidos por el autor

Dibujos: Lukó De Rokha

ISBN 980-300-948-6

Impreso en Venezuela

EL POETA MAHFUD MASSIS

Mahfud Massís nació en Chile, el 19 de marzo de 1916. Es decir: que ha cumplido setenta y tres años, en plena actividad, con juventud y espíritu de incansable luchador que ya muchos quisieran tener cuando estén más allá de "en medio del camino de la vida". A los veintiseis años publicó su primer libro de poemas, "Las Bestias del Duelo", y, desde entonces, su trajinar en la poesía ha sido un viaje de reiteraciones: con su actitud combativa, su estilo encendido de terribles adjetivaciones, y una atmósfera de muerte y desolación que toca todo cuanto existe, pero no una muerte como instante transitivo del ser sino material, de tierra, palas, argamasa, desechos y olvido, que le ensombrece la mirada y se adelanta a cada uno de sus pasos, desafiante, grotesca y terrible. Su sangre árabe, (es hijo de palestino y libanesa), gravita, fuertemente, como una constante en su poesía, la cual, al fin y al cabo, se alimenta de los zumos americanos más recientes, más hondos y más crueles. Esa dualidad se expresa en el color negro que se repite, como un leitmotiv, tanto en su poesía, como en títulos de algunos de sus libros, desde el ya nombrado "Las Bestias del Duelo", pasando por "Elegía Bajo la Tierra", "Sonatas del Gallo Negro", "Leyendas del Cristo Negro", "El Libro de los Astros Apagados", "Testamentos sobre la Piedra", hasta sus dos últimos, "Llanto del Exiliado" y "Este Modo de Morir". Si se me permite recordar a Federico Nietzsche, Massís, como quiera que es un poeta que escribe con sangre, "no quiere ser leído sino aprendido de memoria". Quien lo lea sentirá sobre su corazón el aletazo en que nos coloca la vida, cuando buscamos más claros horizontes, una respuesta de fe y la

finalidad de realizarnos en el amor y nos hallamos colocados en el ardor continuo de un continuo viaje hacia la propia inmolación. Massís, de quien podría pensarse que es un agnóstico, un hombre que entrevé el amor como circunstancia vital, está, sin embargo, poseído de una violencia implacable en el lenguaje para fustigar la injusticia humana y social en que se ha visto envuelto y que caracteriza al hombre contemporáneo. Su poesía, que se levanta ante nosotros como una mano destructora, no es más que una firme actitud reivindicadora de los principios esenciales del ser humano.

Massís, por otra parte, es un hombre comprometido. Pero no con una disciplina determinada, sino con su propia manera de sentir. Con su larga patria chilena, custodiada de montañas y ceñida por el océano, y la más lejana de sus padres, sumida en la desesperanza. Acosado por los orígenes, ha emprendido y sostenido su lucha. A ella dedica su fuerza y este poder verbal arrollador. Por ella, ha venido, sobre su propia vida, transmitiéndose, como un incendio:

"Duerme en mi alma un mercader fenicio.

Mi madre es verde con sus verdes ojos.

Y si me miras bien, guardo despojos
del Toro de Apis en su altar egipcio".

("Ancestro")

"La vida es sólo una esponja, un trozo
de cuero apenas necesario..."

("Casa de Huéspedes en La Patagonia")

En 1972, presenté al poeta Mahfud Massís en la Casa del Escritor de esta ciudad de Caracas, en su primera lectura de poesía para el público venezolano. En esa oportunidad, dije que esa noche íbamos a oír "quizá la poesía más solemne, sobrecogedora y terrible de cuanta se escribe con grandeza en esta hora y en la América Latina. Toda ella está cruzada, signada, por la desolación y la muerte". Y concluí: "Ahora, cuando el tiempo, de verdad, ha hecho su callada labor sobre la piedra; cuando ya queda su nombre claro y fueron olvidados los que quisieron suplantarle por decreto; cuando lo he encontrado personalmente, aquí en Caracas, me alegra y me enorgullece darle la bienvenida en esta Casa de los Escritores Venezolanos, que es la suya, y no sólo saludar en él a uno de los poetas más importantes de América, sino a su mujer, a Lukó,

también porque es hija de poetas y una de las más destacadas pintoras de la actualidad chilena". Sólo me resta ratificar estas palabras, después de más de treinta años de conocer y leer al poeta y de más de diecisiete años de encontrarse incorporado al quehacer venezolano, a nuestras actividades culturales y a nuestra vida cotidiana. Y que estas palabras y ese recuerdo basten para dejarlo, otra vez, frente a ese público, pero, ahora, con una obra mayor, mucha de la cual ha sido escrita y publicada en Caracas, donde vive, trabaja y produce, desde hace muchos años, un programa en la Radio Nacional de Venezuela, con millares de fieles oyentes.

Por último, gracias al poeta con la deferencia de incluir esta nota de presentación, más como un testimonio de amistad pura y de aprecio intelectual, que como un juicio de valor hacia su importante obra poética.

Marco Ramírez Murzi

Caracas, 1° de Noviembre de 1989

A
Raymundo Kabchi,
cedro del Líbano en el corazón de América.

La muerte debe estar hablando de mí: siento un murmullo en los oídos.

JULES RENARD

Nosotros somos conservados para la muerte y alimentados como una piara de cerdos para ser degollados sin razón alguna.

PALLADAS

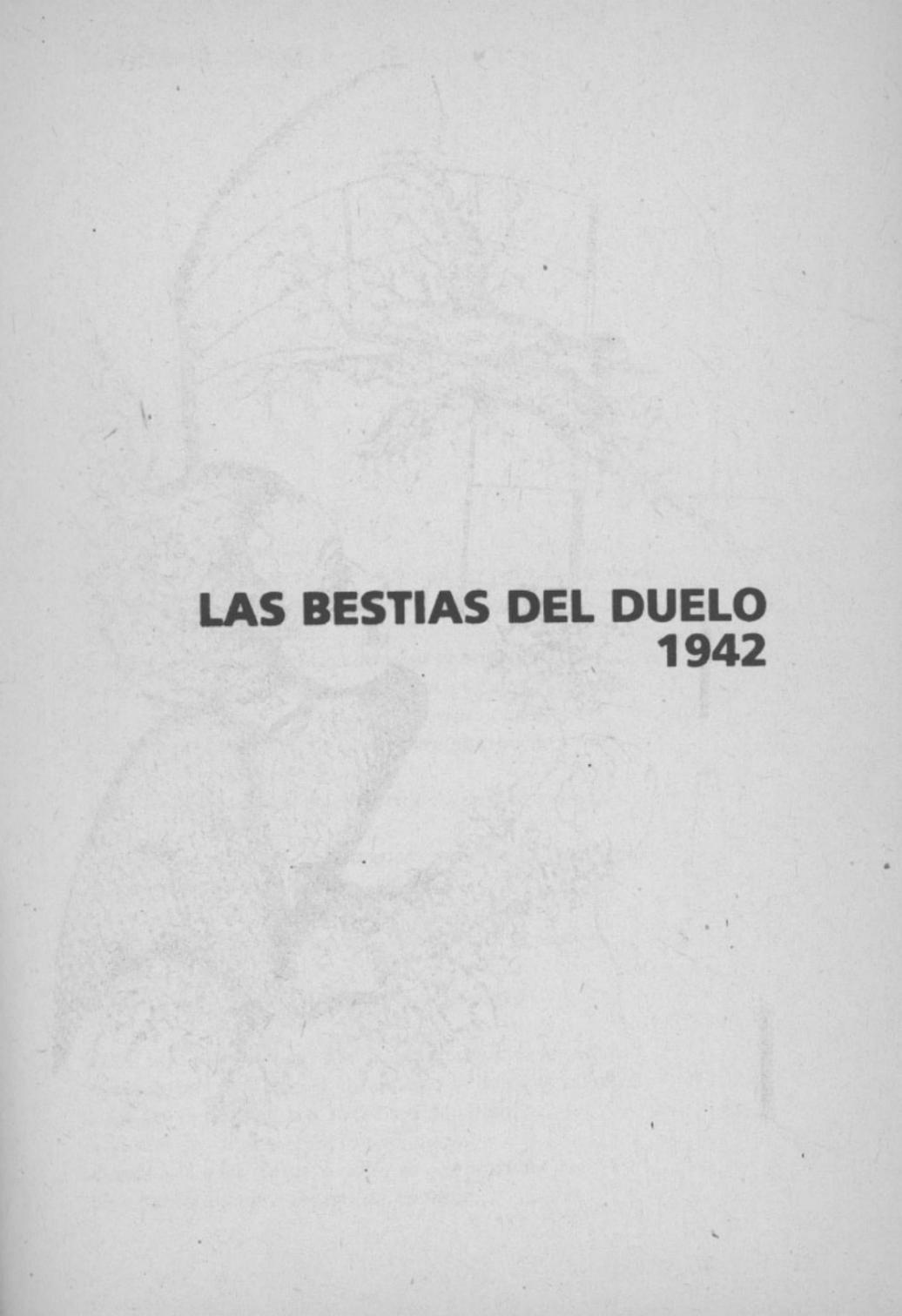
A

Pablo y Dalal

Ramón y Sara

**Andrés, Claudia, Pablo,
Alexis, Nathalie, Christian,**

**miembros de mi tribu,
estos leños que ardieron entre aullidos de lobos;
más allá de cualquier tiempo.**

A very faint pencil sketch of a building with a large dome and a tall tower, possibly a cathedral or a government building, is visible in the background. The drawing is light and occupies most of the page.

LAS BESTIAS DEL DUELO
1942



Mis bestias de amianto

buscan el valle del emir que vive con un pulmón de cisne.

*Bebido estoy del vino del nadir, el vino armado
de recuerdos y de lanzas.*

*Vedme desnudo. Mi única arma es el beso,
y en mis manos apenas cabría la muerte de un poeta.*

Mas, ¿qué aroma de chacales os perfuma las sienes?

¿Por qué estos negros pájaros sobre vuestra morada?

Mi alma sólo precisa del amor

y del dulce haschisch que duerme en vuestros ojos.

Decid ¿qué piedras, qué heredad, qué ventura azarosa,

qué garfios me atan como a un perro

a la estatua y al pie de este bosque maldito?

*Imploro a la inmensidad, a los monstruos errantes
amarrados al cielo.*

A las estrellas que caen a los pequeños lagos.

*Pero ¡ay! las cadenas me ciñen todavía más lejos,
hacia donde la luz boga hace ciclos de selvas y de años
y los peces caerían por tanta sed de vuelo.*

*Más allá del divino espacio adivinado,
donde hasta las aletas de Dios se quebrarían:
vivo atado al negro musgo de mi alma.*

*Abre. Este es el hueco donde el amor se pudre.
Estoy mucho más triste, ahora que te llamo Agata.
He pensado esta noche cómo surgirá a tus pies el esparto
y pueden algún día las máquinas textiles
hacerte lino suave.
Cada mujer que pase podrá tal vez llevarte,
y yo sin saludarte y yo sin conocerte.*

*He pensado también en las negras bestias del cementerio.
Dicen que hay culebras que viven con leche de muertas,
abren secretos postigos, y duermen hondamente
como caballeros grises.
Duermen sobre los vientres de niñas sin corola,
gimen apasionadamente.*

*Yo guardaré las llaves para entrar en la noche,
pero al mirar tus huesos, como el esbozo de un escultor cansado,
o en trance de simiente más bien hacia la vida,
pensaré que te he llamado corza de lino azul, perfumadora.
Mas ¡ay! los pájaros del cielo harán ronda de espacios
para no sentirte.*

Estoy mucho más triste, ahora que te llamo Agata.

*¿Hacia dónde caváis, desventurados mineros?
Ya no queda más luz
y las vacas han parido tres veces sobre vuestras tumbas.*

*Un lejano galeón viene sonando
y en el subsuelo arrastra su cruel ferretería,
clavando siempre, clavando en mi corazón,
como a un sarcófago que se abriera en medio de la tempestad de la
noche.*

*Quizá habéis perdido el lugar, yo vivo solo,
solo con mis ojos abiertos como dos gotas de coñac en la niebla:
marchaos, por piedad, hay otra vecindad más pura,
otras casas más grandes
con sótanos huecos para vuestra angustia.*

*Yo vivo solo.
No bebo otra agua que el sudor que cae de mi velludo pecho,
de esta húmeda soledad,
más oscura que una entente de sombras.
Pero no os vayáis, acaso vuestro paso
no sea sino el llamado remoto de mis huesos,
la restauración de mi heredad en otra patria,
en otra altura,
donde el corazón duela menos.*

ADELFA DE LOS AMANTES MUERTOS

*¡Los que durmieron junto a tí están ya muertos!
Una leche verde les nace entre los ojos,
y una agua ronca y negra va manando del centro de la noche.
El viento quiebra sus ágiles vergajos
y una mano invisible va aceitando las puertas.
Mas, ¿por qué dormís con las bocas abiertas?
Cerradlas, por piedad, me espanta vuestro rostro,
su triste maquillaje,
el musgo a que dan rienda vuestros pies sudorosos.*

*Hoy ha muerto el último, y corro
quebrándome los huesos para golpear tu puerta.
¿No era aquél que tosía esperándote
y sembrando la tierra de bacilos y rubíes?
¡Ha muerto el último amante!
¿Y aquél otro, mujer, que llevaba tu olor
cual murciélago atado al fondo de sus ojos?*

*¡Todos los que durmieron junto a tí están ya muertos!
Hasta el triste judío que abría tus piernas como un triángulo,
el pobre francés que vela en su atáúd de fresco,
todos,
y más que nadie ese armenio fabuloso y gigante
cuyo falo feroz
es elegía y pasto para un solo gusano.*

*Una mano se abre lentamente en el muro,
y viene tan suave
como pisando sobre higos nocturnos o prepucios
de ángeles.*

*Aquí está: yo surto un sueño negro
como un pacto de gallinas infernales.
Es el fantasma que vuelve cada noche a mirarse en mis ojos,
y cada noche olvida
que el cristal no devuelve la cara de los muertos.*

*Su rostro es fino, de té simple y triste;
su voz muere en el ámbar
cogido en las sombrías mareas de Letonia.
Me dice que en los cementerios hay muy poca tristeza,
se roban las falanges y las flores.*

Y a las pobres

*niñas que se mueren de amor
les hacen cosquillas en el pubis.
Y se asoma hasta el fondo de mis ojos
y arranca la raíz de mi último pensamiento.
Yo le miro en el fondo de los ojos,
y el fantasma no tiene pensamiento.*

*—Hermano, vete en blando camino a tu morada
y vigila al pie de los nogales
que emergen de los ojos caídos en las tumbas.
Espera la llegada de sus nueces azules,
y aceitaremos juntos al ángel de los muertos.
Tú vestido de blanco,
yo vestido de negro.
Tu subiendo la cuesta de escarcha,
yo montado en las bestias del duelo.*

*Buscad mi corazón
en la hostería de los príncipes muertos.
En mis nervios se nutre un canto de leopardos
y hay un delfín dormido*

al pie de las clemátides.

*Pero, decidme, ¿dónde está el príncipe comido por las lianas,
su blanco pantalón de lino, su puro
rocío devorado?*

*Yo sospecho del conde con los ojos
de distinto color, del centurión helado,
y los peces que de noche alimentaba la amortajada del pozo.*

*Buscad en qué cisterna, en qué podrido acuario,
como una flor de lámpara alejada en la vida
oscila, vaga y mece su cuello degollado!
¿Qué viento de lacería por los álamos brama,
quién llora por el príncipe, decídmelo, quién llora?
En sus cuencas hay espacio y caben
la sombra, el cielo, el lobo y la abubilla.
Su esqueleto se pudre en un nicho de plomo, amparadle.
Yo no podría, mis manos están ocupadas en el sueño,
y el dulce Galip está lavando los viejos puñales.
Los que pasáis por este nicho, golpead la puerta.
Soy el príncipe ilota.*

RONCAN LOS ESPECTROS

Es preciso armarse contra la divinidad.

¡Ay, es preciso!

*Los difuntos, con sus vejigas coloradas,
se levantan en la medianoche y roncan.*

Los dioses

serán vencidos por los piojos, y dirán al dragón: tú eres el panteonero.

En cada cifra del reloj habrá un ojo de muerto.

*Las mujeres parirán pequeños reptiles,
y un conjunto de ánimas silvestres dirá:*

bienvenidos,

el Creador acaba de morir.

Es preciso armarse contra la divinidad. ¡Es preciso!

Los ruidos subalternos, los vasos de sangre lentamente bebidos,

*los fantasmas golpeando mi vientre
como un tambor helado;*

los infantes enterrados

en los muros, la respiración parada como un guardia

encima de mi pecho,

todo pone en mí su licor de efervescencia súbita.

De noche yo fraguo una espada,

y un sudor mineral me ciñe el esqueleto,

inyecta su alcanfor en mi alma,

y un hueso señalador recusa la tristeza,

y una filial bandada de lombrices

inicia su vuelo hacia la altura.

*Vida, has puesto sobre mí tu cruz baldada.
Sobre el madero, soy un triste caballo crucificado.
He pateado el hocico azul de los doce apóstoles,
vida, estoy cansado.
El corazón de la abubilla se pudrió sobre mi corazón,
y yo, el mago,
gasté mis manos frotando mi lámpara.*

*Y aquí estoy, arrastrando mi cadáver por la greda,
agujereado como una estatua de cobalto,
husmeando las sienas de un cocodrilo,
atado a mis intestinos como a un hongo de fuego.*

*Todo está perdido. Mi viejo colchón, mi almohada,
hechos con pegajosas cabelleras de muertos.
¡Todo está perdido! Mi gloria trepa sobre fúnebres íconos
de estiércol, de cenotafios cubiertos de nieve y sangre maldita.
Mi voz se marchará absorbida por las ventosas
de algún puño divino,
y mi olor incitará a los jabalíes a levantar la tierra;
y meterán su hocico en el hueco de mis ojos,
por donde solía mirar el cielo.*

*Pienso: sólo el gusano verá al diluvio, él es eterno.
¿Cuándo devorará a Dios?*

*Yo partiré esa noche sin ropa y sin tristeza.
Y seré un bulto negro,
un niño a quien la boa le quebrara los huesos.
¡Mi aplomo marinero, mi amor
conseguido en mis noches de atleta desgarrado!
¡Mi aplomo marinero, mi dolor!*

*Y mi cuello de atlas, de toro célico y joven,
no podrá sostener mi cabeza vacía,
y volteará terrible, como anguila morada
o algún gigante albatros.
¡Llevadme a la montaña, llevadme a la montaña!
¡Ay, seré un hombre muerto, un animal llagado!
Dejadme en la montaña.*

*Los buitres, aves santas,
en sus ancas letales y en boreal terciopelo
me llevarán a todos los flancos de la tierra.
Mi harina podrida encenderá los últimos planetas absortos.*

*Ya no serán los lobos, ya no serán los lobos
los que cierren la vía,
ya no serán los lobos.
Un clima turbio hiende como un aire rasgado.
La muerte habrá parido un féretro para mi alma.*

AGONIA DEL HOMBRE

*Los que habéis comido alguna vez con los muertos,
maldecid esta noche,
en que el sudor espeso de un hombre que agoniza,
un sudor de cisterna,
lo mismo que los huesos horribles de un fantasma,
me acorrala la vida.*

*Un sacó de cabellos viscosos me ahoga, recortados
de las cabezas sentadas en los sepulcros,
de cabezas tendidas en un principio,
incorporadas después por un cataclismo de la tierra.
Pero la muerte tiende sus largas tuberosas,
abriéndose oculto camino hasta los reptiles que duermen
y resuellan dentro de mí,
y comienza a respirar desde el fondo de mis vísceras.*

*A veces pienso que soy la camisa de un moribundo,
algún cadáver clavando banderas a un toro amarillo,
la espina dorsal de un murciélago.*

Si supieras

*que los dioses me arrojan flores, restos
de tumbas envenenadas,
que negra nave sepulta en mi sangre su nocturno calado,
tú vendrías,
y podría entonces reirme de la muerte como un animal sagrado,
enterrando en tu vientre mi cabeza de hurón entristecido.*

*Pero no llegas, tú llegas en la hora
de los celestes gallos.*

Esta noche sus crestas se habrán caído como hojas otoñales.

LA GRAN NOCHE

*Arrodillado en mi atáud, llorando,
con el amarillo llanto de todos los muertos,
tu perro de laurel solloza, vida mía.
Succionando el aceite de las grandes bestias,
de las terribles bestias negras y solitarias,
Dios, te ahogas en tu elixir
morado.*

*Sobre una montaña de intestinos levantas tu solitario fuego,
y quiebro mi frente contra la roca de los sepulcros
para salvar mi corazón
¡oh náufrago de los cementerios!*

*En la gran noche yo te entrego mi puñado de larvas.
Sin embargo,
¡están para tu piedad mis pies tan fríos!
Gusano de palo verde por mis huesos trenzados,
señora de almendro claro ¡cómo tengo la vida!
Comiendo cerezas negras están los enterradores.
Vigilan la córnea de los últimos muertos
y arrastran su saco de agonía.*

*Tú te sonríes, señor de los ejércitos.
Yo empuño los remos de mi sarcófago hacia las banderas azules.
Tu galeón está sujeto por una flota de cadáveres.*

ELEGIA EN LAS PUERTAS DE ESTALINGRADO

*Sobre un treno de aguas sepultadas van pudriéndose los ángeles,
con un negro laurel en los pulmones.*

*Agua, agua oscura que corre por las tumbas
trayendo filamentos, sonando*

en las masas amarillas

donde los escorpiones visten de negro.

*Dueño de turbias cisternas, habitan te
de los sombríos pozos,
ciudad, yo te espero llorando
como un perro delante del crepúsculo
o un león de bello morado,*

y levanto

*mi origen misterioso,
vomitando carbón y ámbar,
mientras solloza el ángel de los cimientos.*

*Oh, dioses mirad con vuestro ojo de topacio,
con vuestra cabeza de oro,
cómo los grandes pájaros sorben la médula
de su pecho rubio,*

la leche de sus vírgenes.

*¡Ay! Abrid los mausoleos, salid a la llanura,
y bebamos este coñac de serpientes,
criaturas salvajes,
esta baba que cae del costado izquierdo de los que velan.*

*Oh, dioses, cómo se disuelve la sal de los huesos,
y resuellan las llagas, como pulmones
invertidos y rojos,
o crestas de gallos
criados en los sepulcros.*

*Stalingrado,
bajo tu cráneo crecen ahora las salamandras,
y junto al corazón el llanto levanta su república
de osos negros.*

*Llora
sobre sus hijos una loba del último esto,
en tanto, vestido de tormenta, de andrajosa pluma,
te aguardo en el valle
donde escupen al cielo los difuntos,
velando con mi ojo de buitre bajo el hacha llameante de los ladrones.*



LOS CARGADORES DE AMBAR

*¡Ah, ya tengo enmohecida la pleura por vosotros,
cargadores de ámbar,
y debajo de mí hay un esqueleto que abre y cierra la boca.
Yo avancé sobre el mundo con aves de mi dominio,
y era mi corazón el más sombrío cadáver del imperio.
Mi helada leche de centurión,
y el llanto de siete toros hermafroditas
sustentaban mi casa.
Pero, ay, por vosotros, cargadores de ámbar,
vengo roncando por la eternidad hace treinta siglos.*

*De azucenas de pus voy coronado,
y un hipo siniestro me alza las solapas del atáud,
poblando mi corazón de judíos y sepultureros.*

*Un ángel exonera el vientre sobre el monte sagrado,
y en el muro de piedra
hace sonar la histeria del tambor de los muertos.
Cargadores de ámbar ¡devolvedme el alba izquierda de mi vida!
y tú, bailarina de los sepulcros,
sepúltame en los muros de tu casa, lejos de las serpientes.*

*Yo era el tiburón asediado por las vírgenes,
y grandes carneros enlutados alimentaban mi alma
con larvas, que criaban al pie
de los patíbulos.*

*Negros jinetes y un dios comido de lombrices,
quemaban en mi puerta un corazón de zorro.*

*Yo estaba triste, como si recién hubiese resucitado.
Un cuerno de pus separa tu corazón del mío, oh hermosa,
y tu recuerdo es difícil, como el parto de las tarántulas.
Para recordarte, sobre mi pulmón guardo una mandíbula
de muerto, y a tu memoria,*

*hija del desierto,
bebo este vaso de gangrena.*

*Todos estamos perdidos y respiramos por la uretra a sollozos,
hasta los ángeles ocultan ojos de saurio
y lagartos en la vagina,
y desde el fondo del semen mughen hombres y monstruos encadenados.
Todos estamos podridos. ¡Yo estoy molido hasta los goznes!
y vomito estiércol, y pelo de momia y cuero
de caballo abandonado.*

Estoy perdido.

*Cuatro búfalos me echan su menstruación celeste;
sólo el gusano respira en mi sarcófago,
me sorbe los tuétanos,
y sobre el pasto que crece en mi pecho izquierdo
orinan las yeguas.*

*Ya lo sabemos, se acabaron los dioses:
el cielo está hueco.*

LAS ULCERAS

Y enamórese de sus rufianes, cuya carne
es como carne de asnos y cuyo flujo como
flujo de caballos. EZEQUIEL.

*Aquí, soterrado y mudo, con la divinidad en medio de mis piernas,
mugiendo y sollozando bajo la inmensidad terrestre,
yo te entrego la mitad de mis huesos.*

*Mujer, bloquea mi corazón la sombra de los mulos,
y ataviado con ropas ácidas, agarrado a tus tetas de estaño,
inicio los viejos ritos,*

*desesperado,
como un jabato infernal y oscuro,
mamándote la lecha agria, rosada y sin cuartel,
helada, como el sudor de Dios, perra sombría.*

*Yo soy triste, mujer, amargo como los bebedores de café,
soy el árabe oscuro y semental aullando de presagios como el macho
cabrio.*

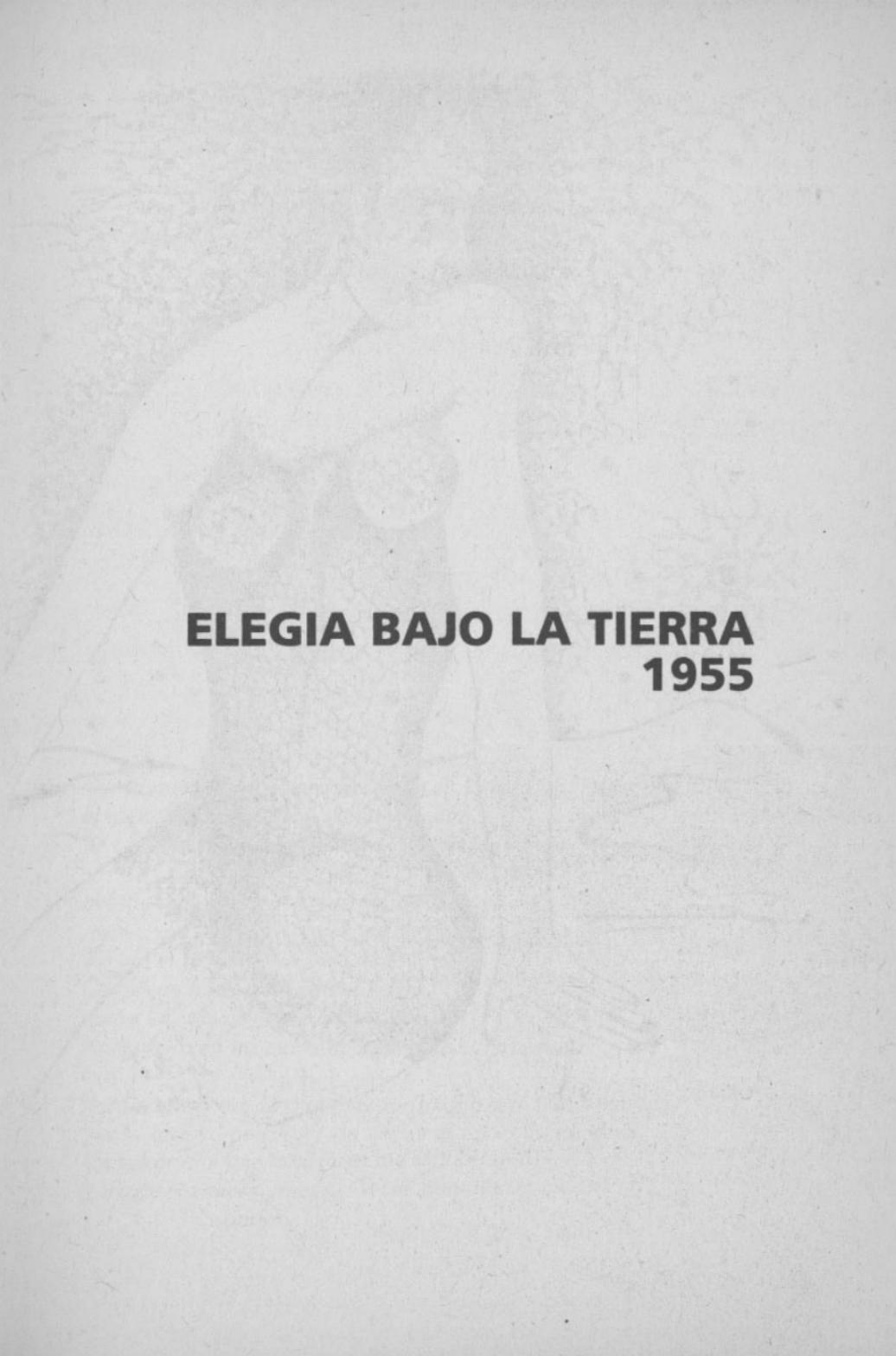
*Abre, abre tus ramales blancos, el estilete de tu lengua umbría.
Voy a lamerte con mi pecho de zorro, con mi lengua de alpaca fría,
con mi lengua de muerto.*

*Evadido de los sepulcros, el gato mineral de las astrologías
nos cubre; tú me destruyes con tu formón helado,
tosiendo con tus ojos claros y tus úlceras.*

*Soy el príncipe herido al pie de los hospicios
entre espectros de hígado de diamante, y relumbro
con mi alhaja fúnebre, mientras escucho
el rumor de la hiena imperial, y tú sudas
debajo de mi vientre, debajo de mis ojos disminuidos
como el candelabro de los muertos.*

*Pero, ay, dioses enlutados, ya nada queda.
Huecos estamos: el toro de Apis orina sobre el Gólgota,
y del corazón de la tierra el tuétano de mis abuelos me maldice.
Un agua de cementerio me va cubriendo de larvas fluviales,
y el estiércol del ángel y la neuralgia cubrirán eternamente mis pasos,
y, oh inmortales, decid si es más terrible vivir en un palacio solo
o quedarse dormido encima de una muerta.*



A very faint, light-colored illustration of a person wearing a wide-brimmed hat, possibly a sombrero, is visible in the background. The person appears to be looking down or is in a contemplative pose. The drawing is minimalist and blends into the textured paper background.

ELEGIA BAJO LA TIERRA
1955



Lukó
Rókka

*Cierta noche los lobos durmieron en la casa; royeron
el viejo hueso familiar, y una pavana
de costumbres estoicas caía del naranjo, y eran
 pedras de oro,
bebida sangrienta para los extraños.*

*Yo era el Hombre de Java de la familia.
Comía en una sartén, dormía
como un salvaje sobre los tejados.
Nadie leyó en mi corazón en la ciudad enterrada . . .*

*Perdonadme por lo que fuí, por lo que seré aún todavía,
por lo que no podré ser sin enviar al mercado mi alma.
Un señor con una cola larga me saludó un día,
y desde entonces pregunto a los transeúntes cuál es mi
 nombre.*

*Paseo mi espanto por la ciudad; el guardia
del cementerio me reconoce, los vagabundos, los azules
gusanos de la noche,
los monos borrachos bajo la lluvia,
pues soy el mamarracho sideral cargado de magnolias
y plumas de gallo.*

*Fui vendimiador, tal vez, nieto del Cristo amarillo,
testigo en la crucifixión, cigarra
ornamental en la hora postrera;
esqueleto caído en el monzón nocturno;
orador funeral, con la máscara de crin bajo el otoño.*

*Fui vendedor de cirios, de muertos sin identidad, vendí
cerveza,
fui comprador de grandes pipas funerarias, y zapatos
manchados con sangre y flores,
hermanos míos,
más que nada, flores,
para olvidar el té amargo del atardecer y la muerte.*

POEMA 3

*Soy Mahfúd Massís, el Esclavo,
el heresiarca de piel negra,
el loco, el desertor, el papanatas helado bajo la nieve.
Escondo mis dientes de cabro, mi cola de rey babilónico,
mientras camino por la ciudad, junto al angosto río.
Entre lúvido aceite, mi vieja sombra atrabiliaria
atravesía las cienágas,
ladrando a la majestad lunar
con su oscura casaca de muerto.*

*Puedes tocar mi rostro, su lejana mariposa de hueso;
mi semblante de ídolo prevalece,
perdido, sin alternativa en los sacos de la noche.
Vagué mil años con mi ojo miserable, comí bajo los muros,
y cierta madrugada comencé a cantar con mi gruesa voz de asesino,
a escribir estas coplas de antiguos herreros.*

*Como un pequeño dios celeste y pálido,
camino ahora por el mundo con mis ojos de perro,
escarbando la tierra, entre insectos y podridas anémonas,
buscando una cabeza querida,
un rostro perdido hace mucho tiempo.*

POEMA 4

*Mastín de casa abandonada,
el viento de la ciudad me empuja hacia un cielo sin dios,
a un firmamento inmóvil.*

*Como una rata, de una a otra estrella,
de hueco en hueco, de sepultura en sepultura,
corazón perdido entre violetas y harapos,
encuentras sólo un extraviado resplandor y lloras.*

*Busco mi pan en los hoyos de la tierra, me hundo en su coagulado
imperio,
el pan que pone azules los ojos de los hijos;
pero al cavar en los nocturnos pozos,
desentierro cabezas, fragmentos de antepasados,
una lengua cadavérica, morada por el tiempo,
que alcanza sólo a murmurar ¡maldito!
y se diluye en la terrible majestad negra.*

*De noche la perra de la vida
se arrastra, mordiendo la garganta de mis hijos,
acariciando su vientre verde,
mientras se cae a pedazos mi rostro ante el espejo.*

*Es verdad, amigos míos, contrabandistas, maliciosos bebedores,
mi censura se desvanece en la noche,
soy el corsario sin oro y sin ajenjo,
el ojo tapado por la tempestad y la huera miseria.*

Entre derruidos dioses
 bebo el vino de amatista del desesperado.
 El ojo como un pájaro de sangre resplandece,
 y bajo el brazo y su insecto alucinante
 surgen los antepasados, cargando una ampolla negra,
 descendiendo a los bajíos,
 junto al valle de Absalón y su sombra mortal bajo el caballo.

Harapientos, o envueltos en cínica tristeza,
 navegantes melancólicos,
 vagáis por los mercados, entre espectros y tapices,
 los labios amarillos de azafrán y aire de olvido.

Entre blancas escamas, sobre vuestros arrugados camellos
 dormís en mercenarias sepulturas,
 maliciosos y dulces, ágiles y contumaces,
 celebrando los ritos de la muerte en veloces danzas a caballo.

Delgados como venados, vuestra dentadura
 se clava a veces en mi vacilante cuello,
 mordiéndome la cabeza, mi cabeza de pobre americano,
 porque en mi hundida frente de pastor
 sólo anidó la muerte y el cuervo desplumado de la belleza.

Intemporales, secos, dadme vuestro poder sobrehumano,
 vuestro ensueño de colibrí, y aquella
 estructura vegetal contra el destino,
 a mí, soñador extenuado,
 defensor de derechos inútiles, vendedor de sudarios y
 bolsas de colores.

POEMA 6

*Estoy enfermo de escorbuto, de cáncer o lepra -no estoy seguro-,
de la médula espinal me cae un hilo seco
y cierto mal del que nadie conoce el nombre,
que consiste en vagar solitario, escribir cartas a la otra vida,
y dormir, y tener sueños de perro,
llorar, llorar, a pesar de ser hombre.*

*Vivo extraviado entre aranceles y pestañas, entre apóstatas fríos,
con la lluvia sangrando sobre mi corazón,
entre antiguos almendros y oro funerario,
agonizando en las contradicciones de un tiempo mineral,
perdido en las cocinas y los desaguederos.*

*A veces sueño. Mi cráneo
de salvaje jadea bajo el tambor,
me dirijo a alguien invisible en medio de la noche,
en medio de la tierra oscura y el mar.*

*Pero todo es mentira, vino de amatista de esta tarde de invierno.
Sobre el muro cae de nuevo el aire funeral,
rasgando el pecho de alondra de la vida,
arrancando el párpado, vaciando el maldito corazón,
y arrojando mi cuerpo muerto sobre los toneles.*

POEMA 7

Mañana me moriré.

*Dejaré afuera la barba, mi antigua calva de moribundo,
este sabor a perro,
a huevo de orquídea en la lengua.*

*¡Ah, tú, abrázame debajo de estos sueños,
mientras el cráneo se hunde entre la vieja estopa,
enmudeciendo su martillo sonoro, su grandeza de ángel
patibulario!*

*Pasad, entonces, fieros ancianos de mirada codiciosa,
domadores de serpientes, jinetes en dorados camellos;
¡me sumerjo en esta gran linfa de sangre!
en esta caverna en que escucho entrecortados sollozos,
maldiciones contra alguien que se levantó contra el
mundo;*

*y me miran con ojo pálido en que baila la viruela,
me escupen con su lengua de antepasados,
con su paladar descompuesto,
y yo me arrastro, y me arrodillo.*

POEMA 8

*Maldito mi linaje de perro, mi sombría estirpe de soñador,
el humo cadavérico de mis imágenes,
mi lengua de harapo, carcomida por el esparto de la miseria,
mis ojos, que vieron la injusticia, agrandando más el
hoyo del alma.*

*Maldita sea mi boca, su encendido ofidio de alcohol,
mis orejas, viejas comadres de corchio;
ellas escucharon la sentencia mortal;
se deslizan como codornices debajo de la almohada,
y crecen, crecen como una branquia, ¡gusano terrible!
llevando la palabra encadenada al corazón,
a la lengua y su rojo pantano,
donde la expresión se arrastra con su lento cuerno primitivo.*

*Malditos mis dientes, verdes como espadas,
duros como dioses terrestres, heréticos, desolados,
muertos planetas de hueso de mi contextura,
pero uniformados, bárbaros, intactos como viejas islas,
envueltos siempre en sangre, en leche de hembras desaparecidas,
como rapaces o alondras perdidas en la niebla.*

*Mis dientes me sobrevivirán cuando me muera.
Ellos me sobrepujan con su pedrería.
Atormentaron la boca preciosa,
acosaron el cuello crepuscular de mi enemigo.
Los invadió la lujuria, la negra espuma de la ira,
los cubrió la yema podrida del desencanto;
y rechinaron como sierras la postrera noche: "Padre,
se acabó la vida. Saluda a los parientes muertos".*

*Entre madreperlas y bordados, estás muerta,
entre ofidios y lenguas, con la cabeza vuelta hacia los tornados y
las inundaciones.*

*Yo velo con los lentes puestos, tendido en la negra caja,
donde esperan verdes pájaros desconocidos.*

*Me llamarás con extraños golpes,
huyendo por las charcas y los viveros, haciendo sonar tu vestido de jade.
Entre la niebla, bajo derruídas porcelanas yacen viejos amigos,
oscuros jinetes con la cabeza agusanada.
(En la habitación alguien teje, alguien trabaja ocultando sus sollozos).
Antaño por el hueco del paladar pasaron roncros vasos de ginebra y
húmedos besos:
ahora viajamos con un traje listado, y un gris estado mineral que hace
cantar su papagayo de sombra,
en medio de un relumbrar de cuernos y vacilantes formas humanas.*

¿Quién eres tú, adosada al muro, cubierta de agrias guedejas?
 Perra acosada: te veo bajo la luz temible de los zaguanes, o en la
 puerta de las hilanderías,
 enamorada de las cosas oscuras.

Cada año desciende de tu vientre un polvo negro, hijos e hijas de
 formas sepulcrales;
 los dejas junto al muro, te marchas, tierra adentro, adentro de la
 tierra,
 enajenada, sin comprender sino aquello que te susurra el pájaro de
 la tempestad,
 gimiendo desde los fiordos.

Alguien habla entonces un inadvertido lenguaje en tu derredor,
 sonando, con la voz grave del sepulturero,
 que oscila y desciende entre brascas cavidades,
 desolada e inmóvil para el ojo turbio de los dioses.

Cubierta de cieno, de alondras de pies rosados,
 ¿quién eres, desmantelada viajera? Torvas aguas carcomen las desnudas
 puertas
 y un caballo vegetal te llama en la sobrecogedora altura.

Fina, como la tela de los mercaderes,
 como el chacal vencedor, tu tierna lengua abovedada deja percibir
 su gemido en la noche;
 un agua mortal cae de mi pecho de hueso,
 y la muerte arrastra su aljibe debajo de la casa.

POEMA 11

*Niña vestida de cueros mortecinos, no me mires
con tus ojos duros como piedra funeraria,
niña mía, triste como los castaños de invierno, rígida tu mirada de ídolo;
niña invernal, Cabeza Negra, tu pecho comido por la nieve,
tus ojos de color coñac, tu enagua de viejo lino;
niña de los leprosarios, enronquecida, abyecta, pura cual la estrella
de la noche polar,
encendida, como los lotos que comen los perros;
mi corazón yace debajo de tí, muérdelo;
mi antiguo corazón de raza perdida.*

*Me dirijo a tí, entre todas las cosas visibles, a tu cuello ennoblecido por
la ira,
a tí, estremecida por la noche y su violeta enterrada, mientras de tu
vientre
vuela el cachorro terrenal con su pequeña encía de diamante.
(De entre la veste rota, el azor de tu carne huye, planeando en el aire
desolado).*

*Mujer de mi pueblo, niña cubierta de grumos, cruzas sobre mi pecho
como la golondrina en la noche encarnada;
me incorporo en mi sepultura, beso tu brazo oscuro,
tu vientre seco, como la flor del papiro.
Cual un ave de piedra suena tu aletazo hueco, oh desencatada,
tu canto derrama su licor en la asamblea
y bulle, semejante al sollozo de un minotauro marino.*

POEMA 12

*Desnuda, saludas con extraños huevos de pájaro,
iniciando tu vuelo, en un rito negro,
como si recordaras tu origen de diosa.
Desciendes sobre la blanca ojiva, te arrojas milagrosamente,
respiras apenas sobre el puñal del agua;
no eres un ave sino un pez de ojos humanos,
un alma con el pie desvanecido.*

*En un acto inmemorial realizas tu último vuelo.
El vuelo por todas aquellas cosas desaparecidas,
por tus hijos carcomidos por el hambre y la peste,
por tu corazón tullido,
por el macho imperial que te golpea el rostro.
El vuelo por los sueños sepultados bajo los muros (el sueño ensangren-
tado).*

*Estás desnuda. Dejas caer tus cabellos,
abandonas tu piel como inútil gualdrapa;
eres casi una sombra roja sobre el resplandor vacío,
un ángel de cuero vítreo, una soberbia amapola desolada y humana.*

*Señora, Rostro de Piedra,
sobre el roquerío tu grave armadura
resplandece; y un dios de oscuras materias
palidece en los largos días del invierno.*

POEMA 13

Si entrara al cementerio en la noche,
entre el oxidado aroma del oxiacanto,
podría recordar el olor de tu piel extendida de la que
brotó un día la ácida leche,
y los ojos de un niño debajo de tí —pequeño carnero
enlutado—
pero ávido, como ágil cachorro de cetrería.

Entre rancos atambores mi cadáver atraviesa la ciudad,
un pabellón de hueso sobre el corazón,
haciendo grandes saludos de muerto, — ¡oh, guerrero!—
dormido para siempre junto a los tejedores de hilo
azul y verde.

Virgen cargada de truenos y sepulcros,
perdida en el lecho nupcial,
abramos la tumba de los antiguos amantes,
desolados y rubios, cubiertos de vello amoroso desde
la sien.

Hija de olvidados juramentos entre el viento maligno,
tu padre y tu madre gimieron de amor en la casa caída,
el agua de los ventisqueros entraba en la habitación,
alguien lloraba,
perforando las ocultas tablas del lecho,
el vientre del viejo baúl y su mercancía mojada
y difunta.

Tu cabeza agusanada salta dentro de la copa de anís,
te pudres lentamente, mientras todos yacen dormidos
en la casa,
(un gallo corre en el dormitorio ensangrentado);
y galopas, como el fantasma de Gilgamesh bajo los zócalos,
como un ángel apoyado en negras muletas.

Nada queda ya bajo esta seducción,
sólo la sombra cortada, la lengua inmóvil, el talón
gastado por el polvo de la luna,
nada sino la frente reventada por el pensamiento,
el corazón, el llanto,
derramado sobre el funeral de Caín y su roja especie

POEMA 14

*Soy un toro con el pecho de jade,
el ángel glandular cargado de herramientas, que camina
cojeando desde la eternidad,
entre el cántico gótico de los peces y su corpiño de
estaño.*

*Vivo entre ataúdes, cajas para minotauros,
entre muertos con el hocico lleno de ostras y anilina
salvaje.*

*Mientras duermo, pasan los asesinos con sus odres de
opio, son ágiles, azules,
hombres de frente silvestre y fría,
llorando sobre el vientre del mar y su piedra escarlata.*

*Yo observo, riendo con la carcajada del jaguar,
con la risa ronca del comerciante en tabaco.
Al anochecer pienso en el mundo, y me crece el ojo,
el hueso de la espalda,
el hueso grande donde guardo los mitos y las supersticiones.
Descubro la hermandad oculta que une a los desgraciados,
a los que comen arroz en los cementerios, durmiendo entre
robalos y perdices,
y surge entonces un aroma de zorros, negros bubones
amándose en catres de jacarandá donde
otros muertos se amaron.*

*Sus rostros fueron roídos un día,
comidos sus miembros fabulosos,
alguien barrió su pecho, alguien se recuesta
perdido en el Otoño,
y cuyo cuello golpean el viento del mar y el agua.*

*Gladiadora en el lecho nupcial,
las hienas vienen a comer de tu carne amorosa en
la noche.*

*Una reja se abre, pénétro en tu alcoba oscura . . .
Nuestros cuernos chocan contra el ónix sombrío,
y nos amamos, vaciándonos los ojos, haciendo discurrir
la lengua
como un tigre bajo la luna de noviembre.*

*Entre vasos de ginebra yace tu cuerpo, galgo frío,
envuelto en la paja del pubis silencioso;
alguien asalta entonces tus ojos de caoba, y la cabeza
maldita del ángel -sobre la flor quemada del agua-
empuja tu estatua vacía hacia los archipiélagos,
tus ojos inaprensibles, comidos por las raposas.*

*Sobre tu vientre caen aves de pico rojo,
y la boca que balbuceó la frase perdida y querida
tiembla bajo el diente fino de los roedores.*

Ah, cómo amarte con mi transitoriedad,
con mi pobre médula de gusano,
si la eternidad está raída, y el porvenir ondula
como una culebra en la resina funeral.
¡Cómo amarte, si estoy leproso, negro, desencajado!
Fámulo de la muerte, mendigo ahorcado en la taberna,
pagué la droga mortal con la moneda cuadrada del
jíbaro,
y mi llanto de salvaje se pierde eternamente en el agua
del mar,
entre espectros verdes y vestimenta fría.
Oh, pequeña diosa, sobre tus pezones, como negros
diamantes solitarios,
entre el magnetismo de sus polos, soy sólo el moscardon
sombrío
que realiza el estéril rito de la eternidad, y vierte
su espanto taciturno
a espaldas de los dioses y su gesto helado;
o el árbol de cuyo ramaje penden viejos anillos y ostras,
largos hilos de sangre,
irradiando un ámbito de hechicería, errando sobre
el fuego,
en un juego irreconciliable y no obstante
trascendental,
donde el sueño asciende, agujereando el corazón
petrificado de Dios,
e inicia su oficio temible.

*Oh, terrible mansión –pelo de lobo,
perturbadoras murallas–;
su tierna cabeza de cobre, en medio de la tierra invisible,
no responde,
sólo agrios insectos golpean el rostro del extranjero.
Entre oscuras glicinas, su cuerpo extraño;
de cabeza en la tierra, cava, cava el mancebo furioso,
su lúgubre potestad recuerda tristes artesanías,
olvidadas entre violetas de cuero y arreos funerarios.*

*En los acantilados escucho a veces su paso de búfalo,
veo asomar su cabellera entre los pinos,
levantar la mano, terrible, indescifrable.
¡Adiós, adiós cuervo de ojos finos, ciervo de duro
plumaje!*

*Te vas, nos dejas en la miseria,
entre jardines edificados junto a caballos ciegos,
entre cerebros de piedra y largos canales.*

*Sobre este corazón comido por las piedras,
sobre este pecho raído,
escondía mi rostro en la desnuda infancia,
cuando el largo cuervo de la noche, cuando
las campanas de la otra vida,
hendían mi sueño de vapor y precoz tormenta.*

*Alguien ponía los dedos sobre la gruesa aldaba,
asomaba su cuerno rodeado de luciérnagas,
y su risa, como una parra de ceniza fría,
arrojaba en el lecho un escorpión de sombra.
Cada mañana recogían mi cadáver,
estos dedos secos, como una flor amarilla,
unos labios, ahora inencontrables,
encendían los lúgubres mecheros de mis ojos.*

POEMA 19

*Estoy muerto, pero me crece la barba.
Muerto, entre reses de plata mojada, entre
 enredaderas y sepulcros.
Nadie duerme en esta habitación, nadie
vuela en estas avenidas.*

*Dormido en duros pedestales, hilarante, seco, inmóvil,
inquiero a la cohorte solar y fabulosa
sobre el sentido de la vida, y la lengua de los pueblos
 enterrados en los ríos.*

*Evoco la memoria de mis viejos dioses, tuertos o
 licenciosos,
tu traje olvidado, tu corpiño al que emigran
 descompuestas mariposas,
oxidado bajo los lotos y la jaca roja de la muerte.
Pero envejece mi rostro como las culebras,
y escucho el paso de las momias, pesado como osos,
el rumor de su pecho imperial, cubierto de lacas y
 moscardones.*

*Angel, en la hora de los castores, déjame escuchar tu
 negra voz impostada.
Desamparado, te busco en el fuego de la tierra, en la
 córnea de los astrólogos,
mientras la noche y su ciervo de metal amarillo
me arrojan tu rostro desde el aire,
tu respiración de olivo terrenal
que arrastrará mi estatua debajo de los muros.*

*Tú, la más lejana,
bajo un palio de rosas descompuestas,
entre los sicómoros y los castaños,
sostienes la juventud de mi alma y su raída corteza
terrestre.*

*¡Quiébrame el hueso de la tristeza,
flor gutural, virgen de extraviada llanura!
Rescata la cabeza perdida como una orquídea de estaño.
Restaña el sombrío corazón que la muerte conturba y
despedaza.*

*Dormí con la desgracia.
Derribé al ángel, rompí su cuerno de seda,
su frente estalló como una vejiga de sangre, como un
ojo de obsidiana,
y materias innobles cubrieron mi piel, mi párpado de
fiera,
que envidian los hechiceros y los muertos.*

*Canta, entonces, alma mía,
mientras tu herida majestad asciende,
justifica tu eternidad,
mi soledad de hombre abandonado entre la
muchedumbre.*

Como un viejo leopardo fumo mi pipa escarlata.
Un ángel se abate sobre mi cuello, oigo su grito de
zorro en la noche.

Sobre el abismo contemplo un resplandor frío,
como la bandeja biselada en que reposa el hijo muerto,
mordido por el león de la tormenta y su cresta de
fúnebre capitán.

Solitario en la tierra, mi arma sombría,
realza su perdida majestad, su atrabiliario imperio.
Soy el abanderado de la tribu, torvo, perdido,
menesteroso,
un mendigo que cría faisanes de piedra, el anfitrión
con el corazón vacío;
un cadáver extraviado en la noche de carnaval,
un hueso roído entre los dientes de la reina negra.

Entre pobres sueños,
bajando o subiendo por émbolos amorosos,
la sombra de tu pie es la única estrella en este cielo
imaginario.

Pero haces sonar tu gaita, montada en un toro verde,
y a un extremo del corredor, tu abismada deidad,
indescriptible y fría,
sólo devora rosas de cuello ensangrentado.

Ya todo es inútil, como el ojo seco del niño abandonado,
como el sol sobre tu inencontrable sepultura,
o el pecho del gallo, que al alba canta sobre tu palidez,
e ignora que nunca despertarás, amor mío.

*Junto a los sicómoros te espera su sombría belleza.
 La mano de roja plata yace entre baladas y negros
 pastores.*

*Su cabeza de fiera resplandece,
 recuerda el espanto de un rey muerto hace miles de
 olvidados años.*

*Ni tus gritos de arriero, ni tu voz de caballero
 degollado,*

*despertarán a la durmiente inmóvil;
 sólo el urogallo y su canto eternamente verde
 te esperan bajo los chopos, oscuros esta vez.*

Dame la mano, deslízate conmigo.

*Un paso mineral ronda el armario,
 (quizá el sueño perdido, ¡ah, cuánta niebla!);
 un ángel cargado de azucenas golpea la sien anegada,
 muerta en la víspera de la ensoñación, caída
 en la corriente del Golfo, y, en verdad, ahora crece
 sobre la frente de Ofelia un papiro de sangre.*

*¿De dónde, desconocida sombra, detrás de qué sepultura
tu substancia inmóvil se arrastra,
descendiendo de los pórticos, cayendo
con tu tranquilo paso de res?*

*Infante de doble faz, fantasma de las paredes,
te ocultas en las columnas de los bulevares,
arrastrando tu ferretería, haciendo sonar tu pífano seco,
como el árbol de la muerte y su caballo de paja glacial.*

*Yo discurro bajo los puentes tocando mi rabel,
cantando, con mi voz de barítono muerto:
sólo me responde el monzón negro de la ciudad,
donde ella, con los ojos abiertos, duerme vacía para siempre.*

*Es su voz la que responde debajo del viente negro,
bajo la tierra negra,
atormentando mis huesos, arrancándoles un aria verde o amarilla,
como la semilla de un enorme zapallo funerario.
En tanto los sapos, como ancianos dioses terrestres,
me interrogan: ¿quién sois, ángel triste y calvo?*

*Como una flor sobre la negra caja
estás en mi corazón,
y te ciernes, entre ciervos de oro, descendes al olivar
oscuro,
iluminando la cresta del ángel y su ralea insondable.*

*Perro estupefacto, busco tu piel quemada,
tus ojos de precipicio, tu lengua, zarzamora de los barrancos,
tu vientre, sobre el que duermo como un abandonado de la vida,
agobiado por los impuestos y el pecho de barro del astro en
derrota.*

*Más allá de mis besos terrestres, bajo el suceder perdido,
te amo, como al collar de la diosa el pequeño salvaje,
como el enano adora la risa negra de la mujer, y nadie
osará quemar tu pelo,
ni tu frente de piedra fría, cuando miras debajo del amor,
o duermes junto a mí en el desierto de Gobi.*

*Si te miro a los ojos,
alguien que no soy yo, alguien atormentado de interrogaciones,
embiste con su cabeza en mi corazón,
y pregunta por el que devora el pasto de mi alma,
buscando a Dios entre las calles,
a Dios y su pierna perdida,
triste como los bueyes y su testuz de viejo platino.*

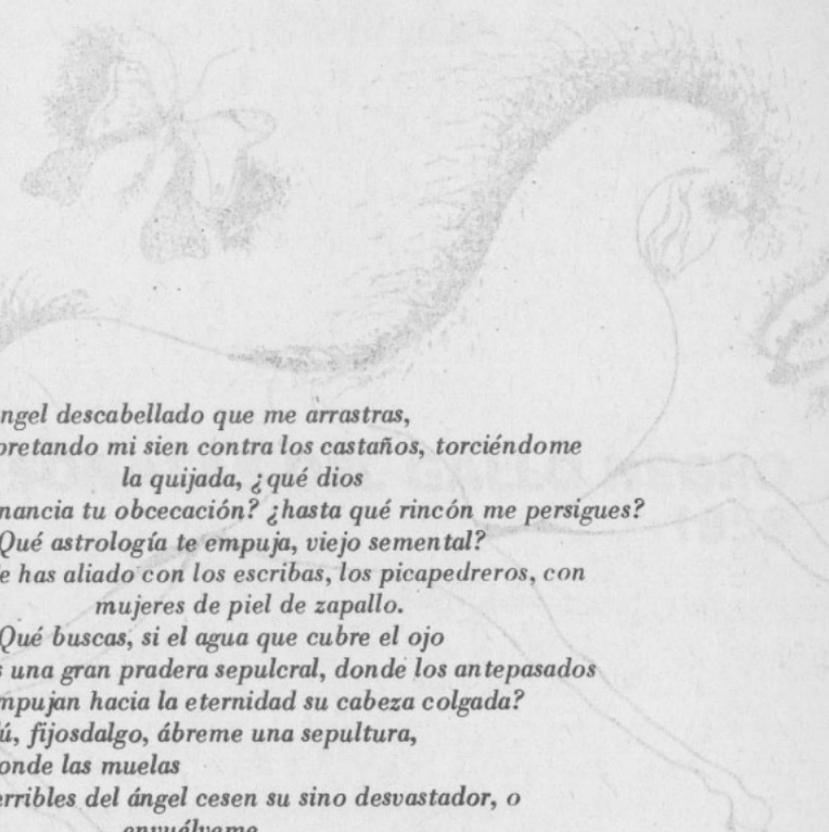
Bajo un aire de eléctricas gardenias,
vuelas con tu alegoría sexual, con tus dientes de perro fino.
Tu risa es roja, cual la flor del pájaro africano.
Deja caer su potestad como una estatua helada,
o un ibis surgiendo de la muerte, cayendo sobre el amor
como la peste sobre la ciudad antigua.

Ciudadano aciago, desprovisto de cabellera,
rodeado de hombres de piel vegetal, de lengua de caballo tordillo,
hago sonar mi tambor solitario en la noche.

¿Quién guardará los gusanos de mi amor?
¡La casa está hueca, perdida la mirada de la familia!
Las ratas, con su leve pata de mariposa,
con sus tristes costumbres de arqueólogo,
roen el viejo lecho nupcial, y una atmósfera
glacial
de pelos y cebada,
echa en la noche invernal su maleficio.

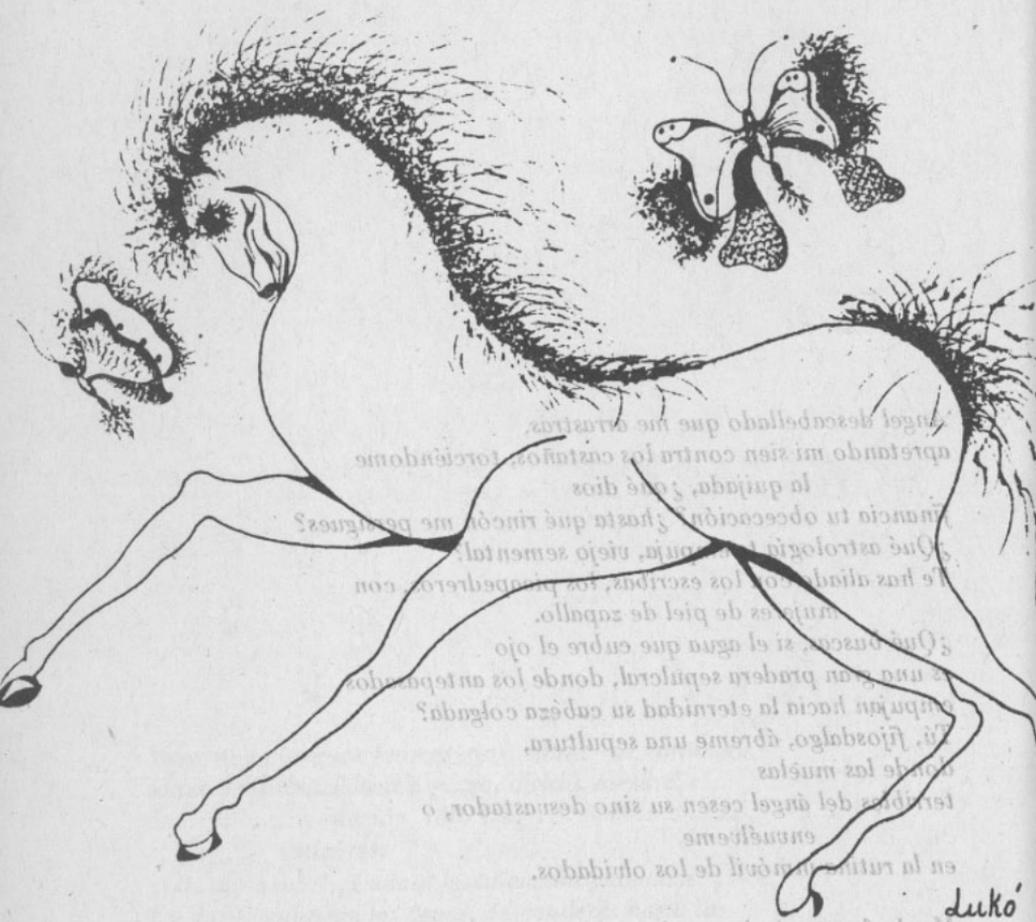
*Maestro en lenguas feroces, no siempre me contengo,
acuso a mis antecesores, juzgo, olvido, asesino,
invito a la extenuación, sólo tengo el veneno de mis
palabras.*

*¡Oh, alma mía! ¡Cuánta justificación para vivir!
Un día te cubrirán las aguas, descenderás hasta los
continentes vivos en otro tiempo;
entonces, alma mía, pájaro ensorberbecido por la tristeza,
alguien más negro que tú, alguien cuya cabeza asoma entre
los fosos,
anegará tus alas antaño azules, tu respiración entrecortada,
arrastrándote, cortando tu largo cuello,
abandonándote entre los dioses del mar, injustos y
eternamente estables.*



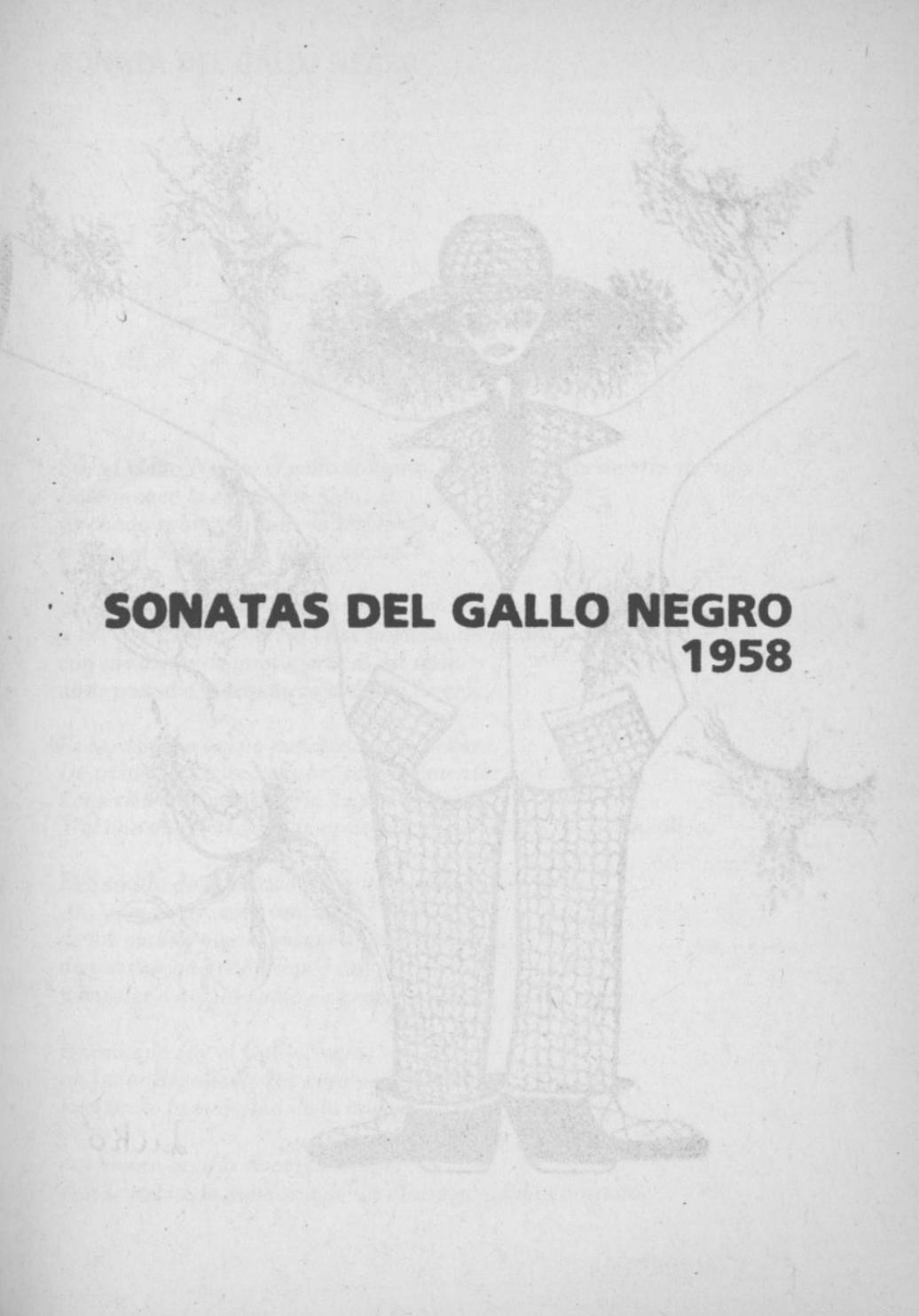
*Angel descabellado que me arrastras,
 apretando mi sien contra los castaños, torciéndome
 la quijada, ¿qué dios
 financia tu obcecación? ¿hasta qué rincón me persigues?
 ¿Qué astrología te empuja, viejo semental?
 Te has aliado con los escribas, los picapedreros, con
 mujeres de piel de zapallo.
 ¿Qué buscas, si el agua que cubre el ojo
 es una gran pradera sepulcral, donde los antepasados
 empujan hacia la eternidad su cabeza colgada?
 Tú, fijosdalgo, ábreme una sepultura,
 donde las muelas
 terribles del ángel cesen su sino devastador, o
 envuélveme
 en la rutina inmóvil de los olvidados.*

*Mas la ferretería de sus alas golpea en mi litera de piedra,
 su pecho de jabalí gotea sobre el mío, lentamente se oxida,
 dejando caer flores, cerezas de sangre,
 aplastando, ennegreciendo, encogiendo para siempre mi alma;
 y yo abandono el cuero inútil de la razón,
 mugiendo,
 sollozando,
 hasta la muerte.*

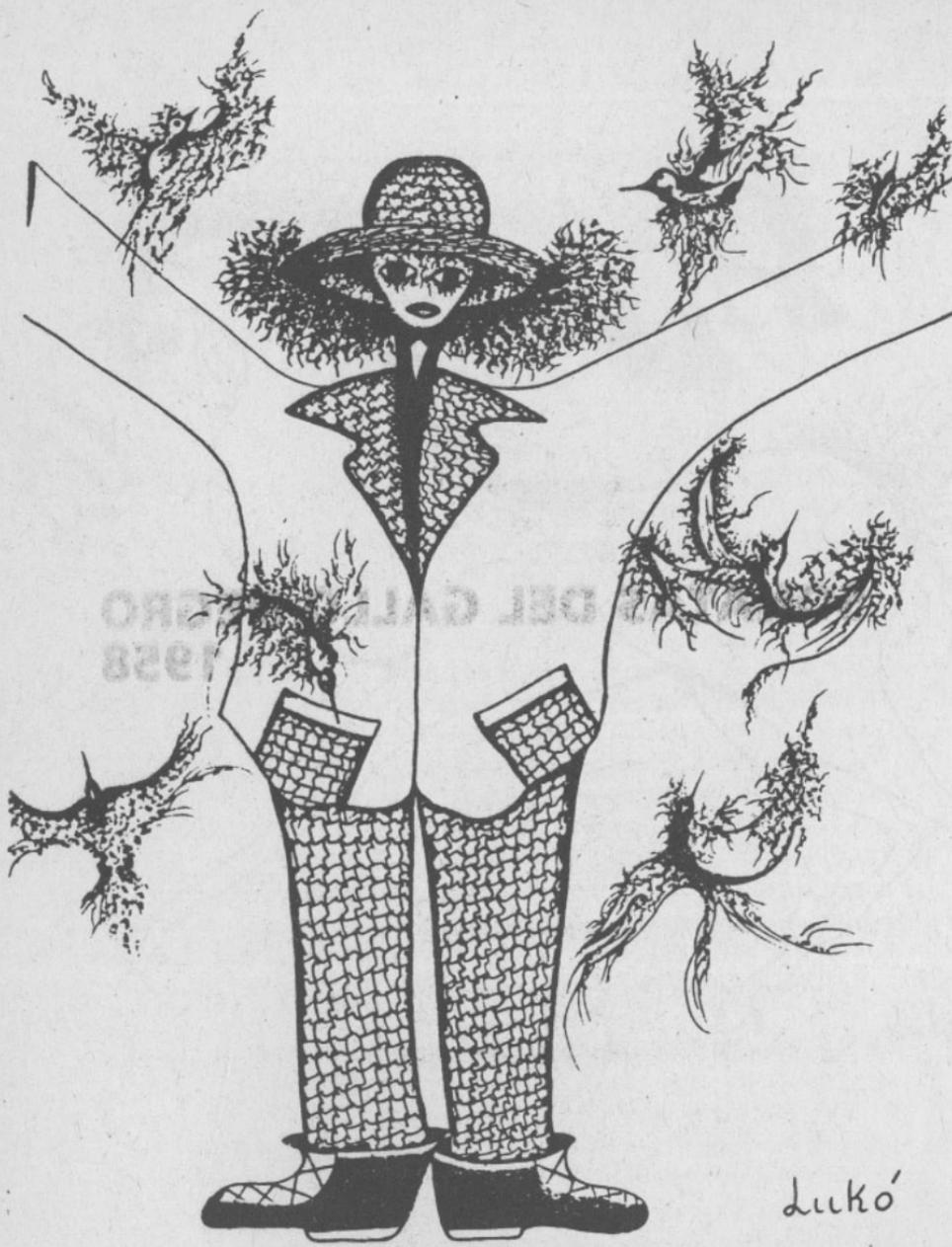


hasta la muerte,
 sollozando,
 mugiendo,
 y yo abandono el cuerpo inútil de la razón
 aplastando, ennegreciendo, encogiendo para siempre mi alma;
 de jundo caer flores, cerasas de sangre,
 su pecho de jaldal koton sobre el mío, lentamente se oxida,
 mas la festería de sus alas golpea en mi tierra de piedra,
 en la rutina, en el mudi de los olvidados,
 en unívocame
 terribes del ángel cesen su ziro desvastador, o
 donde las muslas
 tú, fijodalgo, díreme una sepultura,
 o pujan hacia la eternidad su cabeza cogada?
 a una gran pradera sepulcral, donde los antepasados
 ¿quién descree, si el agua que cubre el ojo
 mueras de piel de sapallo,
 te has diado con los escribas, los pinedretos, con
 Qué astrológia, la que, viejo semental,
 mancia tu obcecación? hasta que rincón me pesiguere?
 la parjada, ¿qué dios
 apretando mi sien contra los castaños, torciéndome
 ángel descolado que me estraza

Luko'



SONATAS DEL GALLO NEGRO
1958



Lukó

*Soy el Gallo Negro, el gallo solitario, la bestia idiota de este tiempo.
Desconozco la tierra que habito,
y echado sobre un nido de serpientes
espero al Señor de la levita oscura.*

*Se hundirá el continente con sus alondras y sus gusanos,
y El, el Terrible, con sus altas polainas de piedra,
con sus aletas de gran mariscal del agua,
dirá: poned a la izquierda al Gallo Negro.*

*Es verdad, yo cosí a puñaladas a la Belleza.
De tristeza y azarcón cubrí sus vestimentas de diosa.
Eché tierra de cementerio en sus ojos.
Y al anochecer levanté la cresta en un grito largo y melancólico.*

*El hombre de la ciudad pregunta a dónde me dirijo.
Ah, yo no voy, sólo vengo
de un mundo cuyos goznes apenas escucho,
de puertas que se cierran
y ángeles a quienes sólo entreveo la nuca.*

*Ignora que soy el Gallo Negro,
un tenor degollado que vaga por los caminos
exaltando la majestad de la muerte,
pobre y furioso,
esperando un día atravesar el mar
donde habita la memoria de un dios con el labio cortado.*

*Bajo este astro podrido del otoño,
como un dios seminal que llora por las mujeres,
fumo mi pipa como un pope rojo,
con aire egipcio de gladiador golpeado en la nuca.*

*Entre presagios y golondrinas que atraviesan la piel de la cabeza,
echo humo sobre mis obsesiones funerarias,
sobre rostros que olvidé enterrar, gruesos como marsopas,
arrastrando una flor, una peluca verde llena de pájaros,
un hueso de mono olvidado en el bolsillo.*

*Del fondo del cráneo me arrancan grandes huevos,
ciertas imágenes, un féretro destruido por la lluvia,
gusanos teñidos de azul por el fuego de unos ojos,
un párpado seco con que miraba el mundo.*

*Oigo el grito de un jinete muerto, alguien se arrastra sobre una muleta.
¿Quién es? Yo nada escucho.*

*Sólo fumo este pedazo de cerezo que me va agrietando la jeta,
cubriéndome los dientes, la nariz, como un ídolo amarillo,
y deja en mi boca un olor a caballo, a cuadrilla oscura.
Alguien, con los ojos huecos, me afeita la cabellera.*

Señora, por favor, no olvide los fósforos.

*Con el corazón descompuesto, me conservo en salmuera,
leyendo a Job, a Ababuc, a otros santos idiotas,
bebiendo grandes vasos de ginebra,
como un rey sin corona podrido hasta el alma.*

*Esta es la morgue, tal vez, la ciudad de Bizancio,
este que veis aquí es mi cuerpo: Señor, esta noche
te entrego mi espíritu, mi cartera de cocodrilo anciano.
Moriré entre ladrones, entre asesinos de color violeta.*

Estoy cubierto de azotes, de poemas vergonzosos.

¿Dónde estás María?

*Mira a tu hijo comido por los gorgojos,
perseguido desde la era terciaria,
cuando era todavía un pez, un navegante, un pobre pájaro.*

*¡Que suspendan la boda, el curso de la luna algunos meses!
Voy a ser crucificado esta mañana
para redimirme de antiguas pestes, de estas enfermedades.
Reduciré a los cobradores invocando a los dioses en la hora postrera,
chupando una esponja, bebiendo vinagre, vinagre blanco si es posible,
pero quiero enviar antes un telegrama a los editores,
un cable a Palestina,
donde mis antepasados orinan sobre el Santo Sepulcro.*

*En mi caja negra,
cubierta de alas de estaño y mariposas,
como un juez antiguo atravieso la eternidad,
navegando entre tortugas y grandes árboles, recordando
mi juventud, los años perdidos, respirando
la cecina del aire y el pájaro quebrado del alma.*

*Pero apareces tú en el papiro de los años,
extraviada en el esplendor de tus propios ojos,
saliendo de tí misma, como el fuego del pedernal que adoré antaño
y que arrastra todavía mi cruda pupila de salvaje.*

*Vienes ahora a visitar al toro enlutado, a arreglar su corbata
de ave negra, a colgar su ropa de amargo ciudadano,
y velar su esqueleto, que buscarán los arqueólogos con sus narices
fijas, con su delgada*

tez de asesinos.

*Que pase el tiempo, que pase con su potro homicida,
mientras estás a mi lado gastándote, yéndote, evadiéndote en el aire,
endureciéndose tu cabello como la piedra,
en tanto los animales de la muerte arrastran tu cuerpo y tu memoria,
enrollan los hilos de tu corazón
por los que descienes al país indecible.*

*Adelfa comida por los perros, pregunto por tí en la derruida ciudad.
Los hombres mueven sus crestas negras, sus cabelleras como osos,
tendidos, taciturnos como ancianos dioses.
Recuerdo tu origen en el otoño, y me parezco a tí, flor salvaje,
como el enterrador al muerto, como la hoja de plata al poseedor del
cuchillo.*

*Pregunto por tus ojos en que se marchitó la cara de Dios,
como la ceniza en la boca del comedor de jengibre.
Pero en esta eternidad de polvo ya nadie escucha.
De los agujeros perennes, de los tristes calveros,
los cuervos lanzan sus graznidos como zapallos oscuros.*

*Entonces muero debajo de tí, manchado de ira terrestre.
Muero alrededor de tí, ignorando la forma de tu espectro.
Y a toda forma pálida en el aire,
a todo fantasma que se te parece
arrojo una pobre flor, un diente de oro, el corazón
de un niño muerto.*

Perdón, me he extraviado en la noche.

Pero la noche está extraviada también y tú lo sabes.

¿A qué anticuario robarías esos ojos?

¿Qué caballero muerto,

*con su túnica negra, camina bajo tus pestañas,
llenando el aire de aves de cetrería? Tus ojos, puñales fríos,
o milanos sentimentales cuando aletean sobre mi corazón,
niños vagos llevando grandes cinerarias
en este atardecer en que me arrastro.*

*Oh, tú que escarbás en mi pecho cada noche,
arráncame estas hormigas del alma, arráncame la lengua.
Extiende el ramaje de tus ojos, defiéndeme
de los espectros de la cámara roja.*

*Bajo mi plexo vuelan mortuorias mariposas,
caen sobre el terciopelo,
o me llaman señalándome desde la ventana.*

¡Envuélveme!

*Me desplomo con la mandíbula rota,
entre hierros y muertos sin paladar, y tú descendes
sosteniendo la estatua de Apolo, su rama eternamente verde,
salvando el sueño, la quimera
que vive aún en el pánico de tus ojos
como un hurón de oro*

bajo la gacela oscura.

¿Dónde vi el hueco de ese Rostro?

*Bestia o ángel
cruza mi habitación, lento como un ganso de piedra,
descendiendo, ahondando en los cimientos
de esta amarga ciudad.*

*Demonio de pecho verde, ¿por qué lloras sobre mi corazón?
Atraviesa otra vez los cielos profundos,
entorna tus ojos en que reposa
el luto de la noche.*

*En medio de la sangre me persigue ese Rostro,
su piel por la que corre el agua
arrastrando los últimos muertos del otoño,
en tanto alguien golpea llamándome desde los castaños,
mostrándome un hígado seco, unos ganglios extenuados bajo la lana.*

*Baja por las murallas,
asciende entre gasas azules,
buscando el vacío, pronunciando terribles oraciones,
llenando de sueños el aire, de agallas y tembloroso cuero,
o de insectos que caen sobre la memoria,
sobre mi propio rostro
de pálido soñador mimado por la locura.*

EN LA MUERTE DE UN POETA DE VEINTE AÑOS

¡Oh, Elpenór! ¿Cómo viniste a estas tinieblas
caliginosas? Tú has llegado a pie, antes que yo
en la negra nave. HOMERO.

*Carne descompuesta por el desencanto,
intenta ahora el vuelo, la resurrección del ángel postrado.
¡Desafía la ira del dios alado y miserable!*

*Gusano enjuto, ¿bajo qué harapo
embistes sus ojos de antílope? Brutalmente melancólico,
en su pecho reinas, bucólico emperador,
horadando la greda, destruyendo
el paso ayer majestuoso, la mirada de neblí, de ciervo
rojo en la pradera.*

*Entre la humedad y el cieno, el tigre del mes de abril
echa su gemido de estopa.*

Cuántos

*antepasados en esa carne muerta, terrible alegoría
horrorizando la pesada juventud,
comida por la cólera, la negra peste.*

*Con la sombra
de tu mano
escribiste
la palabra amor en el sicómoro la última tarde.
Con ese diente mordiste
sus párpados, el troquelado ámbar de su cuello.
Sólo unas libras menos de su piel, de sus venas azules,
y ese hirsuto animal que durmió entre tus brazos, oh desencantada,
será apenas la calavera de Hamlet bajo la tierra.*

*Como un búfalo que se desprende de la manada eterna,
¿en qué milenios gotea mi corazón?*

¿Qué antepasado

*navega como un albatros
entre la madera de los parques desaparecidos?*

*Mientras escribo hunde en mi alma su gubia infernal,
arroja piedras sobre el esplendor del cielo.
Véndeme la hierba de la muerte, oh viajera, enséñame
el vuelo del ibis mágico.*

¡Soy el buey de un siglo perdido!

*Vago entre mercaderes, entre muertos mojados,
y semejo*

un enterrador con mi aire de gallina salvaje.

*Precedido de oscuro resplandor, levanto la bandera de la peste,
ejerciendo un oficio de gladiador
iridiscente y torpe, trémulo y taciturno,
con la cabeza sumergida en un funeral de aceite y cuero.*

¡Mi reino por un gusano!

He ahí en que termina

*esta hora de seducción,
he ahí el testuz, estos perros en leche nevada,
apenas una sombra, una burbuja
bajo el sol alto y cobrizo de la muerte.*

*Terribles ojos,
atados como la garra al florete, echados
cual veloces gavilanes.*

¡Ojos de extraviadas religiones!

*Cómo tiembla tu risa de hueso, cómo tiemblan tus largos dientes.
¡Lama, Lama sabachtani! Apártame de esos ojos.
Apártame de su estupor maligno bajo el fuego amarillo de la luna.*

*¡Qué jornada, viajeros! Qué viaje debajo de la tierra
para ver esos ojos secos,
penetrantes más que el neblí en la noche.*

*Evoco el olor del búfalo muerto, su grasa entre llamas azules.
Hijo de tu tribu, vuelvo ahora con el pecho quemado.
Adoré dioses de piel blanca, de sexo de platino,
y gasté mi juventud en oscuras ciudades viviendo entre osos.
Dormí con una sirena podrida,
envuelto en alhelí, en felpa preciosa,
con usureros y fenicios en el fondo de las embarcaciones.*

*Pero golpearon mi frente de salvaje,
echaron
arena en mi corazón. ¡Sólo adoraré tus colmillos,
tus ojos aterradores! Cantaré en la tribu. Espantaré
al halcón. Injuriaré a los antiguos dioses y sus ángeles venéreos.*

*Avanzo esta vez hacia la bestia, al núcleo primero.
¡En verdad, en verdad, esta noche he resucitado!*

A Hafiz, hermano mío, que se
marchó con la muerte a los
veinte años.

Indivisible y solo, con tus huesos de aceite,
tu mugido de ciervo funeral fermenta
la cerveza salvaje,
y majando tu tabaco de serpientes lloro sobre tu corazón,
hijo mío.

Estás solo, solo como los poetas y los moribundos.
Con la humedad del cielo cruje tu pantalón de estaño,
y tú sudando, sudando entre los muertos, bajo las noches de árnica,
cayendo de tí un agua negra,
sollozas sobre mi vida de úlceras y diamantes.

Solo, está solo como un ladrón de muertos,
solo entre ángeles enfermos y lagartos minerales.
Tu aliento de café amargo empaña la noche oceánica
y un aroma sideral y cabrío corre por los sepulcros.

Bracea, bracea ahora a la eternidad en tu ataúd de raso,
enorme, como si fueras el esqueleto
de un gorila
o un ídolo de oro quemado en signo de Aries.

Un gallo de coñac se cierra sobre mis ojos.
¡Soy una estatua rodeada de perros,
y lloro por tí arsénico y lágrimas venenosas que sujetan mi vida,
y los huesos me crujen como féretros,
y pies grandes, como de muertos, van llenando mi estrella.

A veces de noche un ángel va a cortarme las uñas.

*Las nubes como ganglios, pájaro carnicero.
¡Qué pavana de piojos y golondrinas!*

El mar

*ha entrado en la casa, el huevo de la tarde, el gran amor
perdido.*

*Entre los perros muertos de la estación yace su cadáver de diosa.
Señor, sobre su invulnerable
cabellera, entre la resolana y el cuero del pasado lluvioso,
envía esta noche un ángel.*

*Las rosas del huerto tienen ahora cincuenta años y sólo
el tapir sigue cavando debajo de la casa.*

Corazón,

*qué triste tonada la de esta noche. Entre la herrumbre y el bálago.
¡Déjame encender esta luz amarilla! Que no la vean
descender entre el casco. Que no le vean
la pierna colgada. La leche verde que se quemó en la teta.*

*¡Solo! Dormiré solo. Mirarás las vacas. ¡Qué hoyo tan grande
para su cuerpo de hija de la tierra.
¡Qué hoyo en tu alma!*

LA CABEZA FURIOSA

*Corazón, alondra de uranio, olvida los osarios esta noche,
el terroso final.*

*Quiebra el hueso de la conciencia,
la gubia gastada de estos sueños. Viste tu traje
de carnicero, desentiéndete, asciende
como la abubilla o baja
como el mono bermejo sobre estas grandes flores
en que los antepasados dormían,
agarrados a un pobre hilo,
desheredados en la orfandad del agua,
arrastrando antorchas de barro, fugaces y locos,
adorando dioses con cráneos de pescado.*

*Con mi tristeza de flamenco, de pájaro de este siglo,
repudio, corazón, tus hechos fantasmagóricos.
Se cortó en tí la leche ancestral, la leche ácida
de los camelleros, de viandantes
con la cabeza rapada.*

*Vivo ahora bebiendo café,
con alquitrán bajo los candelabros.*

*Pero esta vez, aguijón de plata, despiértame,
arráncame estos clavos,
estas ajorcas, esta pobre alma que crece
debajo de la vida.*

*Seré una bestia de fulgurantes
guarniciones. Bajaré la ceja furiosa.
¡Levantadme, angarilleros, porque estoy muerto!*

Favorece el tránsito de mi corazón, dios expiatorio y temible,
de una imagen a otra imagen, de un sueño a otro sueño,
vivo envuelto en la púrpura de este juego invisible,
soy un mono cansado, un perro que se ahogó en la sopa.

Se agusanó el sol, viejo Heráclito. ¡Nada permanece!
¡Se agusanó la vida! Sólo refulge el oro
antiguo de los mariscales.

El oro idiota.

Belcebú, aquí está mi alma. ¡Entrégame el metal pálido!
El hijo de mi corazón vestirá de oro, la mujer de mi corazón.
La que me ama cada noche

como si estuviera vivo

como si estuviera muerto.

(Antepasados fenicios, saludo vuestras velas rojas).

El rostro de mi padre, su traje ensangrentado.

Mi padre llorando una tarde de otoño.

El oro caía en el parque muerto, en el labio enfermo de la tarde.

Entre el polvo y la niebla, alguna noche,
entre mis huesos, oh pasajero extraño, pasajero,
encontrarás el alfiler de oro de una corbata oscura.

Te espantará su grito amarillo,
su figura tenaz, su intemporal asedio victorioso
sobre mi cuerpo

quemado por la vida.

Te avergonzarás, entonces, de mi fugacidad, de lo intransitable
que seré en aquella hora, comparando
el oro inmortal de que están hechos los ojos de los dioses,
con ese monstruo encogido, aterrado que seré,
ante el espejo cóncavo de un dios igualmente transitorio y temible.

EL DESCONOCIDO

Las aguas del río subieron hasta el
cementerio, dejando algunos cadáveres
a la vista.

Amigo:

*entre la magnolia seca de tu cadáver y este
asno con la dentadura a media asta,
cabe apenas el aria de esta tarde de invierno, el espacio
entre una y otra sombra de María.*

*Cuando te marchaste ¡que golpe de cráneo sobre la tierra!
Los ángeles y las moscas hendían el agua, y Dios,
qué tristeza en su rostro, junto a sus enanos
y su dominó sombrío.*

*Amigo agreste, fugaz, tierno tal vez en el momento de la muerte:
desde esta dura panoplia
dime ¿quién eres? ¿Cómo te llamabas antaño
cuando caminabas con tu traje
enamorando a las diosas de piernas oscuras?
¿En qué molino te molió el cuervo de largos ojos?
Yo, paisano de esta edad, lejos del territorio africano,
lejos de mis antepasados
comparo tus huesos de hoy con mis huesos de mañana,
cuando tú, viajera, hundas tu taco de oro
en mi cabeza fría,
sin recordar que en ella se estremeció
el amor, el encarnado hurón de la ira,
como en este monstruo de cartón que duerme abajo,
pulverizado, picado por las abejas,
y cuya osamenta echó fuera del ataúd la última mariposa del invierno.*

*¿De qué tierra, Viajera, de qué paraíso quemado
nos traes ese triste resplandor? ¿Qué óxido el de tus alas!
¡Apártame de tu quimera nocturna!*

Parto ahora

*al último septentrión,
comó el bisonte que busca el diamante perdido de unos ojos.*

¡Buscaré el sol!

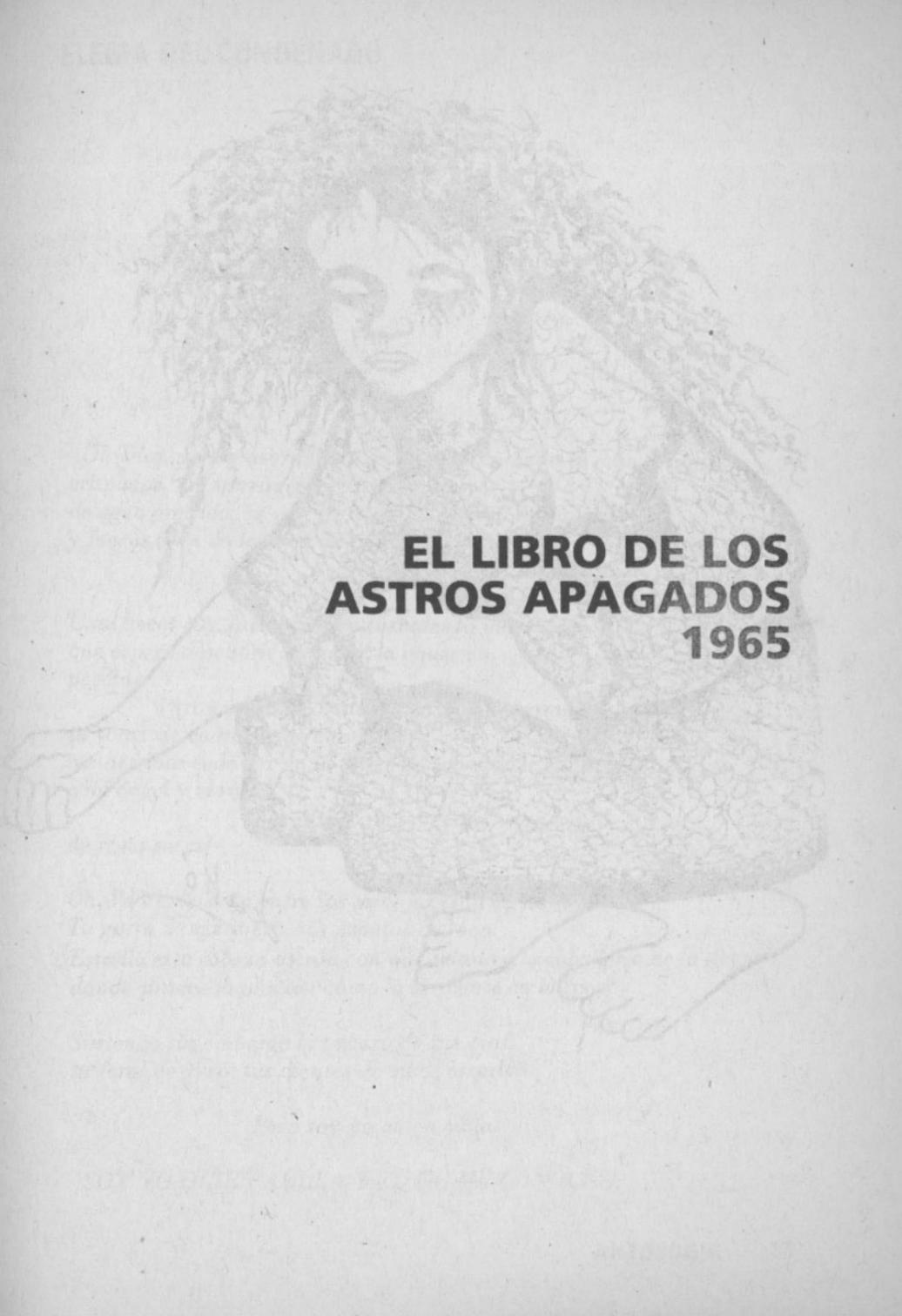
*Sol verde de los vivos. Sol blanco de los muertos.
Sol de las sombrías madonas terrestres.
Sol de los toros enormes. Sol de tus ojos.
O de Amenophis, el encantador, invadido de aguas,
de fugaces pelos humanos.*

Ampárame en esta fuga, Rey de los Cielos.

Que no descendan

*las panteras manchadas, los albañiles de la hora postrera.
Escucha la invocación del más amargo, del más decrepito de tus hijos.
Vuelve a tu paraíso quemado.*

¡Remóntate, Viajera!



**EL LIBRO DE LOS
ASTROS APAGADOS
1965**



Lukö

*¡Oh Dios, y vivir atornillado a esta hora, cuando tú, con los ojos
crispados, me sumerges en este estanque
de agua podrida, en que floto como un repollo funeral,
y juegas a los dados con mi pobre dentadura
de muerto.*

*Unas veces soy Júpiter, otras turbulento mendigo,
que espera descubrir el sueño, la imagen
perdida.*

*Pero encuentro cada vez tu pupila bermeja,
tu tórax de cuero. ¡Me embistes,
me derribas cada vez en la fosa! ¡Le quebraste la nuca
a mi ángel y el rubio*

*vapor de la juventud es un navío
de rosas secas!*

*Oh, Padre, levanta entre los sarcófagos tu escudo.
Tu gorro de marinero, tus zapatos de loco.
Estrella esta cabeza oscura con que saludo a la caballería de la tierra,
donde florece la oración como la serpiente en la roca.*

*Sostengo sin embargo el taladro de tus ojos,
tu farol de yeso, tus dientes de sílice escarlata,*

Pero soy yo quien aulla.

¡SOY YO QUIEN AULLA Y TU NO ME CONOCES!

*Lo despistado, lo roto, me sigue detrás como un caballo muerto.
Lo que cayó en el paño de las indecisiones,
el agua terca, y quedó tirado en el camino.
En este vaso con un perro adentro, y que bebo solitario en esta noche,
frente a resoluciones quemadas, a un ángel como si fuese de hueso,
penetro otra vez en mí, desciendo en un largo viaje,
oliendo el camino, fumándome el tabaco del alma,
o interrogando el enano que vive a espaldas de mi rostro.*

*Pero hay una piel oscura, un tiempo de labio leporino,
algo rasgado y esencial entre esta muerte de ahora y el candado seco
de otras floraciones.
Partieron los días, como golondrinas de arena, o la amante de tristes
ojos,
y cuanto intenté rescatar está como cuero tendido.*

*Yo te recuerdo atravesada por la jabalina del tiempo.
¡Qué largo andar! ¡Qué largo viaje para este día!
Abarcabas el espacio negro, acariciabas el hocico de las horas, y yo,
tenaz, ardiente, miserable,
retrotrayendo un azar temible, un velo despedazado en el estupor
pretérito,
pero lejano, irremediable, como una nube entre la pierna abierta.*

*El piano, con su quijada negra, con sus dientes blancos cruzados de
gusanos,*

*canta como un papa melancólico. Sus notas
caen como los huevos del esturión muerto
sobre mi corazón en esta noche.*

*Mata al demonio del piano, amiga mía, ahoga en su vientre la furia
escarlata.*

*Rompe su levita de caballero velado,
pero déjame solo, ahorcado en la cama.*

*El virrey baila el tango mientras lloramos,
agita sus orejas como toneles,
evocando a Francisca, a Leonor, a otras luces devoradoras,
pero el piano, mi niña, resuena imperial, desierto, triunfando siempre
de la fatiga,
en tanto el virrey ríe, quimérico y hostil, mostrando su halcón de oro.*

*Mata al demonio del piano, amiga mía,
escucha cómo resbala sobre los gladiolos, rompiendo
los sacos de la memoria, antiguas sombras, y vacila
como hembra preñada
encendiendo un candil, una muerte nueva en el ciervo blanco del pecho,
una segunda vida que desconozco y que rechazo
como la horma negra a la nube.*

Como el salmón que torna a la grava de la muerte,
 remonto el río, calvo, seco, desdentado,
 roto ya el oro de las ensoñaciones,
 desdichado, veloz, cabezabajo.
 Atrás: la tierra, su macho de furores,
 la tierra como una esponja negra,
 y un collar de sombras y pedradas en los ojos.

Tú que bajaste conmigo y eras un castaño claro,
 que descendías como la mano blanca sobre la tecla negra,
 dime, ¿quién fue? ¿Que bestia
 me apretó la cintura hasta derramarme,
 vagabundo, ensimismado, con un hueso en el aire de la cabeza?
 Adorabas el sol, evocabas otro lenguaje,
 pero yo estaba muerto, mutilado, vivía en Asia, en Oceanía,
 ostentaba la filosofía redonda de los perros,
 pero el mundo era cuadrado, amor mío, ¡era cuadrado!
 y tenía un florete de pestaña roja.
 Nunca pude explicar. ¡Todo es inexplicable!
 Todo intangible, húmedo alrededor, y se escapa como la hembra del
 camello. Sólo
 tú tienes forma. ¡Arrójame tu vestido,
 ahora que los sueños buscan una extraviada deidad, un presagio encima
 de la muerte.

Esta noche remonto el río, como el salmón maldito que descendió al
 mar
 y vuelve
 díscolo, envuelto en pálidas alucinaciones,
 saltando sobre los rápidos, entre duelos y ráfagas verdes,
 pero con el embrión muerto, el ojo muerto,
 buscando para caer la piedra definitiva.

*Impasible, como una reina de los ratones,
su diminuta cabeza que el sueño ha despojado,
se quiebra como un pez en la trama invisible,
mostrando la nuca blanca
sobre el algodón y sus dioses egipcios.
De su ojo cuelga el bermellón de las sombras atadas,
y la fina
guarida de su sexo es imperceptible temblor
de algo fijo y tenaz en la tormenta.*

*Nadie la reconoce en su sueño. Nadie llora.
Duerme sobre una quijada con el cuello esfumado,
y el negro toro del taller, el toro de las fuertes traslaciones,
empuja hacia un cielo de vapor el rostro cándido.*

*Los que estamos cubiertos de viruelas y mordemos
la cruda oreja de Dios, homicidas serenos,
besamos la dulce, navegante cabeza en los nocturnos mares;
apenas una ola hincha su angosto pecho, y en el aire encendido
nace un toro nuevo en el ojo
de los toreros.*

POEMA DE LAS MANOS MUERTAS

*Toma mi mano, este hueso que estará un día podrido.
Apriétala, ponla sobre tu corazón mientras dura la noche.
Con ella escribo esta estrofa muerta, reviento una mariposa cada mañana.
Con ella te digo adiós, pájaro viejo.
Mira mis manos. Sólo así comprenderás mi tristeza.
Si te rompieran el corazón, si te comieran el cerebro, tendrías estas
mismas manos
coronadas de aire invisible, de pámpanos muertos. Con ellas beberías
la sopa enlutada del invierno, rodeado de escarabajos y de hijos.*

*Perro nuestro que estás en los cielos, ¡defiéndeme estas manos!
Que no se cubran de gusanos sino en la hora
en que los hurones levantan sus patas al atardecer, y otras
manos escriban: "fue un extraño salvaje en la tierra".*

*Encontrarás mi mano sobre el velador alguna noche,
rodeada de carbón, incapaz de abrazar tu cintura,
agarrando la sombra, el tabaco
del cigarro funeral en el viento. En mi rostro -despiadado y distante-
hallarás sólo una pagoda de hueso, el resto
de una verdad enterrada.*

*Abrid la tierra. ¡Sacadle! Mirad el oro de sus dientes,
y ese aire huacho, como de caballo de otro mundo,
las grandes aletas con que agitaba el pensamiento, invocando a los
augures.*

*Pero aunque fuese la mitad de su espectro, una flor,
una mosca de su esqueleto, todo basta
para el velamen de este barco de piedra hacia lo desconocido.
Es posible llorar un madrigal, quemarse la cabellera,
caer hacia el oriente como un ramo hechizado;
pero ¡ay! necesitamos de esa brisa enterrada,
como la ola el viento para morir en la orilla.*

*Habitante de este lugar, acaso
te quede un pulmón vacío, y tu mano fluya
como la lágrima sobre mi rostro en esta hora;
desciende, cava conmigo, arrastra estos huesos hacia afuera;
después, después el mar, la oscura potestad, las tempestades,
el océano abierto de los antepasados,
eternos, sordos en el fondo del Valle,
y junto al fuego que llora al amanecer, el paso de los ratones.*

*Hierático, trascendental, antiguo padre terrestre,
yo te saludo con este fragmento de cola que el tiempo ha respetado,
con esta carcajada sideral debajo del agua negra,
ululante y feroz, en la Bahía de los Hombres.*

*Yo te pido perdón por tus ojos humanos.
(Perdona mis ojos de mono, mi mirada infinita),
y te ofrezco este nenúfar rojo, este hueso raspado,
para que tu vieja cara de monje
asirio,*

*salte desde las edades, por sobre la caña pálida,
y estreche la serpiente oscura de mi mano.*

*Raquítico, mordaz, derribado del cráneo de los dioses,
haces sonar el arpa de los terribles días,
y tu frente de mago terrenal es la epopeya de un lirio seco,
arrancado del sepulcro de las horas.*

Padre

*Nuestro que estás entre los árboles,
sobre los promontorios de la razón y los ventisqueros,
acércate, bebamos este vermut a solas;
baja de tu árbol, y hablemos largamente
de nuestra pobre fortuna.*

*Gallo muerto en la sacristía, caí en la tinaja del barbero,
alucinado, perseguido por hombres de larga cabellera.
¡Cómo veo caer la noche sobre el oprobio y las aguas!
(Infancia de murciélagos, de lúgubres sonatas, de papiros asados).
Como un ídolo chino, o un pequeño dios de porcelana,
me arrojaron sobre las coles del cementerio,
extraviado, solo,
arrodillado como un delirante en el ágora.*

¡Oh!, arrástrame

*contigo, ave de negro moño.
cuesta abajo hacia los imperios adyacentes, cerca del jadeo de tus tetas,
tocando a degüello, mientras me bordas la camisa de anagrama amarillo,
y en el lecho rueda mi cabeza asediada por las moscas.*

MERCADO PERSA

*Entre pordioseros vestidos de mariposas,
y piojos traídos del Himalaya,
contemplo el vuelo del vendedor de ensueños y huevos mágicos.
Hay una parca rodeada de flores,
un asesino, una piedra escarlata,
y yo, pobre, cubierto de manchas de resina,
compro un pájaro en medio de la tormenta,
un ave de pecho seco, como el mío.
Quiero escuchar su trémula voz de difunto,
su quimera en mi habitación, su madrigal de hueso;
sentir cómo se quema su plumaje, mientras me agito en los escombros
del sueño,
y levantarme a gritos, como si me hubieran desenterrado,
los ojos puestos al revés, bajo la sepultura.*

*Angel invasor, en esta y en la otra vida,
dime ¿de qué astro descendí, como un carnero barbado,
alado y miserable sobre estas piedras?
Bajo un ramaje glacial, en una luna que apenas reconozco,
al pie de una higuera en que grabé tu terrible nombre,
viví en el fósforo de unos ojos, que amaron la luz de este pobre cielo.*

*Pasé. Ardí como una yesca. Me echaron en una fosa.
La tristeza me siguió como una yegua. Amé una flor,
el esqueleto de una mujer. Escribí en el muro unas palabras negras.
¿Qué más? La vida se secó como la alfalfa, se quebró como un hongo
seco.*

*¿Qué sueño de fúnebre enano me arrojó sobre estas piedras?
Se me acabó la cara, como la ropa al mendigo, como la paleta al oso
viejo.*

*¿A dónde vas, joven idiota? ¿Por qué fumas
tu pipa y avanzas sobre los fosos, aullando como un demente en la
primavera?
Muere el hombre ¡ay! y su pierna sigue caminando,
buscando un rostro en la lividez del sueño, un hacha en la tormenta,
pero yo te busco más allá, máscara soñada, saltando sobre los huesos
y las cruces,
y cavo, cavo sin cesar, para encontrar tu cabeza furiosa.*

SONATA DEL PADRE ETERNO

*Si te orinaras encima de los naranjos,
no podrías hacer un mundo más irreal, más negro,
enredado en los huevos de un arte sepulcral,
dulce monstruo de homóplatos de herrero.
Bergante de los cielos, roedor de los astros profundos de la medianoche,
aquí está mi pecho, rómpelo,
échalo en tu horno, gallo de viejas invulnerables utopías,
húndelo en el ajeno de tus ojos,
de tus ojos de loco, ¡y la magnolia
de los siglos reventando en tu párpado muerto!*

*Entre arañas eternas y sombras rodeadas de pelos,
oh triunfador, ¡sólo tú y el tiempo!
tú devorando al tiempo como un toro la alfalfa,
erguido sobre la roca con tu quepís de piedra,
echando tribus, huesos al mundo y dominas
extático, fatal, como un escultor ante la muerte;
y yo debajo de tí, inconexo, agarrado a las muelas del alma,
rodando en los acantilados, escurriéndome
con la cabeza abierta, el pecho abierto, la boca abierta,
y gritándote desde abajo:
¡BARRABAS!*

ELEGIA A ERNESTO HEMINGWAY

*Los que arrastramos un pescado, o una vaca negra,
como el Viejo Amargo del Mar de las Antillas,
los que apacentamos una gran culebra por el llano
arrojamos tu ataúd como un sauce de pelos.
¡Qué golondrina, que sueño sobrevolaba tu corazón
cuando mostrabas el pecho en armas,
como el dios-padre de los mitos desaparecidos!
porque, ciertamente, en la niebla coloquial, en el designio raro,
eras la almendra sobre el tizón negro,
cayendo en la eternidad, riente, inmemorial, con la bala llorando en
la piedra del ojo.*

*Puro de alcohol, profundo como el aroma del tabaco,
augur estupefacto sobre la tierra,
montaste a la vida como a un perro,
mordiendo su oreja verde, sonriendo en la tormenta como un búfalo,
y rendido
entre el vino y la mujer, tu barba
de macho perdurable, tu barba de poderoso velamen,
era la barca fenicia y roja en el rescoldo de los días.*

*Desde mi cojera invernal, yo, americano inerme,
hijo de extraviadas religiones, pusilánime y fatal,
estrecho tu brazo peludo de triunfador.*

EPITAFIO A LA MEMORIA

*Como un hacha plegada, o un aire vendido a un viejo territorio,
pasáis como ancianos roncós
ante el Caballero caído bajo la piedra,
amarillo, sin dedos ya, como zapallo de ultratumba.
La noche y su hembra ciega echaron estos huesos en el bulevar,
despojos que pesan en el corazón
como gladiolos, o los ojos del padre muerto.
Dejad que caiga esta pierna en el mar, el mar profundo.
¡Oh, alma!, pingajo quemado, tigre sin rayas en la gran gema difusa,
lingote seco en el furor pálido,
espera un descendimiento,
una voz cayendo desde arriba,
porque, ciertamente, el cuervo de las alucinaciones,
el cuervo, reo de tristeza,
creará un día su propia fábula, su corazón por encima de la memoria,
y su pecho de oro, su viento rasgado,
muerden el oído del tiempo, apenas, y de rodillas.*

ULTIMA TARDE

*Este río que arrastra muertos y una lágrima negra,
y huevos de alquitrán y flor de espliego,
cae sobre el lecho en la última tarde de la vida,
entre atambores y guedejas de ayer, y el metal pálido
de harapos desvanecidos, de una muerte cierta en la lengua.*

*Soledad, agua de herrumbre,
topacio azul, parque enfermo al fondo de los ojos. ¡Oh, infancia!
¿por qué me miras con tus ojos de perro?
Como un lobo aúllo al pie de esta higuera, ¡Ay! perdi
los huesos de la juventud, las vértebras
del alma quedaron en los zanjones. Ahora
busco una postrera flor, un paraguas de piedra en tus cejas de luto.*

*Los antepasados cuelgan de los sicámoros,
como guerreros cogidos en los colmillos de la noche.
Adios. Hasta otra vida, dulces pagodas.
¡Vinagre, para esta locura! Para
estos sueños desnucados. Onagro y mariposa.
Mármol, dios, anciano furioso,
llamarada sobre tu pecho, apoyo de un ángel
herido en toda la barba.*

LA CABEZA ROBADA

*Arrastrándome del cerebro al alma, era el ave aterida de las imprecaciones.
Empujaba estos axiomas negros, como cabeza robada; la conciencia era
una yegua amarilla,
un cuajo peludo entre el espanto de las moscas y el hígado
de la eternidad. Venía llorando.*

*Caí entonces en las duelas de este barril, en un saco profundo, me
destrocé la nuca
y ahora soy un juez de cabellera verde,
un mercader con el rostro cubierto de mariposas,
ofreciendo una tela larga, impregnada en sudor,
una mirada entre los helechos. Me dirijo
a esta nación pálida,
en cuyos acantilados dormí extraviado de rencor,
arrojando un vino helado sobre la ciudad de los perros,
un vino agrio, de celaje brutal,
envuelto en un enigma, cayendo siempre, cayendo sobre sí mismo.*

¡Y los pelos de la luna tan largos sobre las piedras!

En esta piel salvaje de llama y de rocío,
de arsénico y perros de Pomerania,
esta cabeza doliente, oscurecida por la niebla,
es la testa del Rey de los Judíos.
Desde el costado, una piedra escarlata
invade el aire fúnebre del ropero,
la noche húmeda, la noche en que caí en Versalles,
en el fondo de esta estancia como la oreja de un muerto.

Cristo pálido, pudriéndote en la alcoba,
Cristo con el espinazo quebrado.
Las ratas te roen con sus verdes espadas,
con sus guadañas de ancestrales tribus.
En el desván, tus huesos desparramados,
tus muslos recogidos como el topacio oscuro,
entre frascos de creta y belladona.
Eres la increíble señal, el duelo irreconocible de los mundos,
Soy una rata más sobre tus tristes ojos,
sobre tu lengua empapada en vinagre;
rompe por una vez tu orfebrería negra, corre al monte,
y al ácido bagual derriba entre tus patas.
Cristo de los Ratones, Cristo sangriento de la terrible capa,
desciende sobre este fariseo, bebe conmigo una alegre copa,
la copa que romperán mañana tus arcabuces,
esta copa amarilla
en la que bebo hace cuarenta años.

*Este mar, tan duro, que mueve su escoba negra,
mar de peste en la noche. ¡Qué látigo
en las pobres espaldas! Qué rayo trastornado
en la lengua inútil, en el trapo de la muerte sin espaldar,
y la costilla vieja arada hasta el hueso.*

*Tú giras, giras sin cesar en el molino,
en el gas verde, ave en demolición en la tormenta,
huracanado, febril, alzando tu pierna de gallo,
y la orquesta del mar bajo la pesadumbre, como si nada
en la mirada del cuervo resplandeciera.*

*Pero estás vivo, como un papiro salvado de las aguas,
encendiéndote entre derrotas, moviéndote en pálidas fulguraciones;
alguien que no conoces,
alguien que no conoces muge en tu corazón
retardando la caída al hoyo negro,
al espanto negro, y una
sangrienta doncellez tiembla, echando saliva sobre esta muerte,
contradictoria, mineral, pero inevitable en su nocturno sentido.*

PALIMPSESTO DEL RENUNCIADOR

*Como un asno con su oreja de oro,
cae mi conciencia en el orto descabezado,
renunciando a los hilos de este mundo, a los anaqueles del otro,
rendido ya, como barco extranjero.*

*Con arcos de hierro, como un gladiador herido en la ceja,
con los huesos al sol y el vientre bajo la luna,
adjudico a la eternidad esta epopeya silenciosa,
esta ciencia devorada por las ratas.*

*Y entrego una rodilla rota, que se arrastró ante ti, tenebrosa poesía,
como flor desgraciada ante el oso salvaje.*

*Perdonadme, alfareros, los que buscáis los nocturnos soles;
tratantes rudos, perdonad a esta vieja iguana
que gira sobre si misma en las irisaciones de los helechos,
y vive en el terror de otra luna, con un pie bajo los sicomoros.*

EL DESENTERRADO

*Ira, ira no más, en el terrible día,
Ni amor, ni la gota fresca en la lengua;
apenas la vejiga rota al atardecer,
y aquella gran mirada inmemorial, amarilla,
todo cayendo detrás, en el desván silencioso.*

*Desenterrarán tus cartas, tus papiros helados.
Serás como Osiris; se disputarán tu traje desolado.
Sobre tus infolios y tus manchas errantes: la leyenda.
Un júbilo de espadas cubrirá la entrada en ese otoño;
pero estarás dormido sobre la delgada alfombra, siempre sonriendo,
estólido, feliz, oyendo otro oleaje.*

**TESTAMENTOS
SOBRE LA PIEDRA
1971**



lukó

Ya no sé cómo vivo
balbuciendo esta lengua, desconocida a mi propio corazón,
lengua sólida y líquida de procaces llamaradas,
lengua de santo humillado,
de generaciones que derribó el mar sobre el huevo pardo del hambre.

Hay ratas y magnolias en mi lenguaje.

Hay

lluvia, dientes, labios amarillos,
una lámpara de asesino clavada en la puerta.
Una
noche enterré a mi padre. Anduve
solo. Siempre había un muerto
en mi copa, una mirada,
una alondra que lloraba en el lenguaje más oscuro.

Destruí mis zapatos
caminando.

La pobreza

se colgó de mi cuello como un ganso salvaje.
De mi corazón
manó
sangre
negra
como de un niño ahorcado, un poco
de agua, y este tabaco intemporal de guerrillero de este mundo.

DESTINO

*CAMINAMOS por la tierra con los pasos prestados,
pasos de otros muertos, de otras sombras, a distintas velocidades,
por monarquías y presidios menores,
para encontrar al fin nuestra pobre cabeza*

c

o

l

g

a

d

a

del gancho de metal de un carnicero.

A babor y a estribor sólo columnas.

Un espectro inmóvil, una carcajada.

Y yo preguntando tu dirección, averiguando tu nombre,

la imagen de tu destrozada beldad

entre los sicómoros quemados.

TE arrastrará un asno negro.

Irás

al Valle de las Arañas. Será invierno.

Con el párpado ajado y el pájaro de las horas soldado a la boca del horno,
te llamarán. Pero

tú, torvo, horizontal,

por esta vez semejante a la porcelana,
estarás por debajo de todo llamado.

¡Qué día, corazón! ¡Qué noche! Partió
el árabe, marchito, pobre, siempre lejano como su padre.

Deja sólo

una escoba, un candil, un pan duro para la quijada de la muerte.

Un libro antiguo al fondo de la noria.

En las encinas del miedo, ya todo se cumplió,
como en los infolios que el tiempo agusana lentamente.

Perdió el oso la piel, el duelo pardo,

y ahora

se precipita

agorero,

con la nuca rajada,

pero contenido, mineral, sin lloro.

ANGEL DE ANGORA

*¡SANTO PERJURO! Quemaré hoy
tus viejos rencores. ¿Quién
regirá al demonio ejemplar, al ángel de angora?
Pasea por Londres, no más, tu perfil aquilino. Indagaré
tu linaje en la copa negra.
Pero, ¿quién
degollará al ganado ahora? ¿Quién subirá a la alta torre?
Del tiempo de los helechos merodeas esta ciudad,
bebiendo cerveza con los difuntos, rezando
el gallomaría en la caverna desgraciada.*

*Tu fiacre, cargado de cuero oscuro,
adora el oro hostil de las dinastías.*

*Come, pues,
el arroz de los amantes impulsados por una sola vela.
Es difícil
esperar al pastor, darle la bienvenida.*

*Debajo
de la lengua hay un petirrojo que nos dice adiós:
hasta
vernos, entonces, la médula mañana,
cuando la gaita del mancebo desprovisto de memoria
ejecute
la sonata
del último
ahorcado.*

PETROLEO

*CUBIERTOS de crestas de gallo,
sus antepasados cuelgan
en el Muro
de las Lamentaciones.*

Poseen

*una funeraria,
y una torre
y ruedas.*

*Por esas frentes, por esos terribles agujeros,
fluye el petróleo entre las piernas finas,
sobre sus muertos
tristes*

como atletas conservados en aceite.

¿Por qué descendes, joven de ojos rasgados?

Y tú,

animal incestuoso, no cavas mientras duermes?

Sólo yo,

pobre hechizado,

perforo lechos poco profundos,

entre la niebla, como un hueso parado.

Hermosa, que hueles a carne y a reseda,

a azafrán en esta noche,

no te comparo a las yeguas

de faraón, sino a estas torres

extáticas, a este océano quemado,

a aquella hoguera inmersa en el último sábado de la vida,

y que bulle desvencijada, plúmbea.

¡Caballería de oro!

AMANECER DEL RESUCITADO

*ROSTRO humano. ¡Higado
de Dios en las alturas!*

Gloria a tí,

*Caballero Furioso, mientras caemos abrazados en las profundas aguas,
llorando en el fondo de una copa.*

No pude cantar.

Alguien

*orinó sobre los lirios, alguien que apacentaba
los gansos de la eternidad en la niebla ¡Lloré
como un jorobado! Dejé sólo
gusanos en tu boca.*

*En las ruinas de ayer, en los viejos
coágulos en movimiento, colijo el sueño
augural
de que todo está perdido, y veo sólo ceniza,
dioses de largas tetas.*

Destruí

la esperanza

*como la quijada de un niño idiota,
pero los antepasados cantan, cargados de armas todavía,
y escucho
su gemido
apagado como esponja en el muladar,
mientras un ángel
me arranca
el último
OJO disponible.**

EPITAFIO AL CONDE DE LAUTREAMONT

PASAJERO:

*golpea esta cabeza,
este pecho en que se secó el tabaco.
Tuerce mi brazo
que azotó el fosforescente rostro divino.
Exalté la gangrena, al sapo nocturno,
al escualo de anchos pectorales sobre las rocas.*

*Fuí al conde tieso,
oscuro, original como una momia.
Evanescente y cándido, busqué una boca
vieja, un corazón de pescado, cierto paraguas
negro en la noche.*

Todavía

escucho

el tranco quebrado

del demonio:

ISIDORE, ISIDORE, ¿POR QUE ME HABEIS DESAMPARADO?

*HE aquí Aysén, la hermosa, puesta en el desnivel de los soles,
su pierna de mujer
erguida sobre las aguas.*

*La adoro
entre la niebla, echada en el río junto a su tenebroso amante,
arrastrando catafalcos oscuros,
espectros derribados en las profundidades.*

*Aysén, Aysén, dormida como Jericó entre las rosas,
temblorosa como una fresa mojada.*

*Te comparo
a mi propio corazón, a los huesos de mi propia vida
cruzada de vientos,
vestida de luto bajo tus aguas.
Empapado en sangre,
desentierro tus dioses, tu máscara increada
como un venado con las patas en la otra orilla.*

*Agrando entonces el hoyo del corazón, y bajo
a los infiernos entre el perfume
rojo de tus maderas, que me dicen adiós
como niños
con los ojos
quemados.*

*AMOR mío, mientras duermes sola, solitaria en Puerto Aysén,
fumo este oscuro tabaco a tu memoria,
mordiéndome mi pipa, como si fuera el dedo de Dios,
aterido, colgado del charqui de la lengua.*

*El mundo tiene una joroba lejos de tí,
y todos
me miran
me miran como locos estorninos,
como al endemoniado en medio de la tormenta.*

*Lejos de tí ¡qué cielo de ratones!
¡Qué año sin enero, qué ángel sin leña en la edad fría!
Y si pregunto a los transeúntes por tus ojos claros,
escucho sólo el trueno de la soledad, el toro negro.*

*Soy entonces un estropajo que mira la luna,
un ave que desciende sobre tu rostro,
o
simplemente
un cuervo arrugado, como este firmamento con cara de viejo,
detenido en el ocaso como una flor podrida
y que mueve su paleta en el garbanzo quemado.*

EL BRAZO INVISIBLE

*Te contemplo en mí, poderosa materia, funeral pámpano,
fugaz y vulnerable en tu forma, indestructible en tu discurrir eterno.
Descubre por una vez esta lúgubre quijada,
el tramo sepulcral de mi rostro aquilino.*

*Invita esta noche a Barrabás, al papa negro,
no quiero ser el ángel castrado, el inmigrante en derrota.
Recoge el velo de esta aventura: ¡acompañame, pordiosero!
Asesiné la alegría, cambié la luna por esta piedra que llevo sobre el pecho.
Alguién destruyó mi familia cierta noche.*

Ignoran

*que soy un faraón de piedra, un ave
patriarcal que limpia el legendario Río. ¿Quién
me desgarró el hombro? ¿Quién me quebró
la mandíbula? ¿Quién destrozó la cabeza de mi vástago?*

*Unos cráneos grises me comen la hierba del corazón,
la pimienta de estos ojos muertos.*

Un brazo

*oscuro,
como el ojo de Tutankamón bajo la fosa,
señala el cuero miserable de mi cabellera, el piojo
que preside mi sueño invernal, mientras acepto
la limosna del asesino, del comerciante en carbón o piedras preciosas.
¡Oh, magos, si existís en algún lugar, debajo de la tierra,
acordaos de mí.*

¡Largos brazos, largas piernas a mis sueños!

*Que pueda matar con la mirada abierta, sin que el gigante
sentado sobre mi alma, sin que los remordimientos
me partan en dos el caballo negro del pecho.*

*ENTRISTECIDO, como Odiseo,
como un enano muerto en el fondo de una copa,
remonto este estadio negro,
buscando a Dios, enflaquecido de andar por la tierra.*

*Asesiné la razón, navegué en oscuras devoradoras aguas,
y un vasallaje aterrador iluminó el perro sombrío de la memoria,
y construí versos de prosapia furiosa,
velludos, funerales,
agrios como las tetas de la vejez.*

*Dormí en un saco
rodeado de dñelas malditas, de funcionarios con la cabeza cortada.*

*Después lloré a los muertos. Bajé al limo
de las inundaciones. Sobre mi corazón cayeron
los petreles, y fui saludado con golpes en los ojos.*

*Adoré
al cocodrilo, al ibis, al animal de dura cabeza,
rebelde a los sentidos conyugales, a las áureas cosmogonías,
subterráneo y hostil, cubierto
por el gusano
de la fábula y su amaranto amarillo.*

*Gemí entonces extraviado en las ciudades,
rodé como una bestia, tejiendo la miserable paja,
cantando la canción del crótalo bajo la higuera.
Y balbucí una voz, un nombre escondido en tristes radiaciones,
provocando a los muertos, limosna oscura,
y era un aparecido de envoltura terrenal enrollado en mi negra capa.*

*¡SOY el Miserable que se ahogó en la poesía!
Pude ser capitán, degollador de escualos,
pero sólo fuí cabeza de perro
en la necrópolis de la Gran Ciudad.*

*Observo mi hígado derretido,
mis
poemas
en las letrinas,
en cuyo pórtico me espera una mula negra.*

*Las putas
y los alguaciles de rígida cabeza
me preguntan quién soy.
En las espaldas
cargo un huevo infinito, una
pierna quebrada,
un piano que gime en la inalcanzable profundidad.*

*Lloro, entonces,
por la tarea perdida,
por la sangre coagulada lentamente,
por este poema que escribo sin rencor, sin tener otra cosa que hacer,
en circunstancias -como dicen los periodistas-
que sólo quisiera tenderme junto al mar,
esperar que suba la marea
y estirar*

los dedos

como un tornillo

sin fin.

*PERRONUESTRO que estás en los cielos,
petrificado sea tu nombre,
caiga sobre nos el tu reino,
hágase tu voluntad sobre la tierra, debajo del cielo.
El pan negro de cada día arrójanoslo hoy,
y perdónanos nuestras deudas,
así como nosotros asesinamos a nuestros deudores;
húndenos en la tentación, más líbranos del animal.
Amén.*

*El hombre
 ¡qué solo!
 y Dios no tiene cojones. ¡Dios
 ya no rompe nada!*

*Tiene
 una papa en la boca: está mudo. Y te puedes
 morir llorando. ¡Pero
 estás solo!*

*Si no te rascas
 con la propia
 mano
 entumecida,
 si no echas el corazón y dices: "Carajo,
 soy un hombre", y entregas
 a tu hermano un fémur,
 un fusil,
 un cuchillo para asaltar juntos el cuartel más cercano;
 si te dejas
 llevar de la jeta por los bulevares
 como un ángel con los huevos cortados,
 no pretendas
 ser distinto
 a este mono caliente
 colgado de su jaula en el invierno de la vida;
 y que observa
 con el cráneo aplastado,
 cómo descende la lluvia, cómo
 cae el maní sobre su rostro de pordiosero,
 esperando
 que nazca
 de él un día
 el HOMBRE que tú
 miserablemente
 traicionas.*

AÑO NUEVO

AÑO NUEVO, pierna nueva para seguir andando.
Y tú, envejeciendo, siempre envejeciendo
como las tortugas.

Abrazas al hijo calvo y triste,
bebedor de sidra escarlata.

Continuarás
un año y otro año. Preguntarás la hora.
(¡La puta! Es demasiado tarde).

Alegórico
y sexual

respiras el aire de la noche.

Que siga
creciendo tu colmillo, animal adorable,
tu ombligo,
tu cerúlea lengua. Que el incienso
de las comidas siderales bajen hasta tu vientre.

Y crece
amigo mío. ¡Crece! Abriremos
una fosa para tu cuerpo de cíclope cansado.

Los que vivimos con la mandíbula quebrada,
como gusanos de César junto a los candelabros,
te saludamos.

Del viejo
libro donde otros lloraron,
cae

sangre

g-o-t-a a g-o-t-a.

Madre,
qué
angustia!

HAY QUE SUDAR PARA VIVIR

¡HAY QUE SUDAR PARA VIVIR!

*Eso dicen
moviendo sus nalgas como narcisos negros,
ellos, los buhos pálidos,
dueños del pan y la muerte,
de una bolsa con olor a pescado.
Por ellos caemos al atáud
llenándonos de sudor y flores podridas.*

¡Nos iremos a la mierda, al fin!

*Nadie
se acordará de nosotros. Alguien empujará
la sopapa de la muerte,
mientras nos derrumbamos, vacíos y mudos,
en unos ojos desconocidos, ojos
de tu padre y de tu madre envueltos en la misma sábana negra.*

*Hermano ciego,
hermana vagabunda,
esclavo que me echas el brazo encima,
hijo mío respirando en las cloacas,
¡qué oscura luna sobre nosotros!*

*Yo os conjuro por vuestras manos gastadas,
por vuestros vientres secos,
por las tetas de vuestras mujeres,
por nuestras espaldas cargadas de terrores,
que todo
lo doliente y ácido,
que todo lo quebrado que anda en nosotros todavía,
se crispe y aulle como perra antes del degüello,
haciendo estallar un tambor,
una última*

*ostra de sangre,
un incendio definitivo en el cielo
cansado ya de santos leprosos y escribanías.*

REMATO mi cerebro (está escrito en las aguas)
con sus tuercas y anillos, su vertiginosa lengua.
¡Se remata
con chimenea y todo!

Un poco
de grasa es cuanto necesita, una
mano de cal,
una gota
de amor
quién sabe.

Lo entrego, sin embargo, con cierta angustia.
Mantiene
su estructura de caoba, sin incrustaciones,
anterior a Amassis, mi pariente definitivamente seco.
Si no hay interesados, se permuta
por una maleta, un trozo de pan: es necesario
comer en esta casa.

DORMIR.

Cerrar a veces los ojos.

Construido a prueba de golpes,
se estremece

todavía; y se remonta

en
las
noches
para aullar entre los perros
la palabra
JUSTICIA

TAMBORILERO

¡DESTRUYE

tu tambor! Deja

de bailar como un oso por las calles.

No celebraré

tu baba amarilla,

ni tus pantalones gastados en el trasero del alma,

o cuando saludas a aquel pasajero de la muerte.

Deja de aullar.

¡Muerde! Que nadie

vea cómo uno que nació de entre las piernas

de una mujer

y chupó de un pezón semejante a una crisálida,

baila como una bestia

con sus testículos en el barranco de la calle,

para atrapar una moneda con olor a tumba,

un pedazo de trapo

con sabor a jengibre.

Te pido, hilarante camarada,

nacido en la edad del bálago y la peste:

¡rompe

tu caja! pliega tus pobres alas de pájaro,

y entra en la ciudad,

escupiendo sangre

y suelta

una

m

o

s

c

a

de horror

en el rostro blanco

del Papa.

A UN VAGABUNDO ENCONTRADO MUERTO EN LA CALLE

ESTE que yace aquí en el esplendor de las moscas,
este con la boca abierta
ES MI HERMANO.

Esta
madrugada trajeron su cadáver.

Los insectos
caminan todavía

por sus ojos.

¡Y yo no le conocía!

Vivimos

juntos mil años, lloramos
sobre la misma piedra,

cabalgamos el mismo asno,
¡pero éramos como tijeras abiertas!

Un niágara

había entre nosotros.

He contado

por primera vez tus costillas, medido la extensión de tu mirada.

¿Qué
ciel_c de ratones, qué arcanos bajo tu chaqueta raída!

(¡Oh, aguacero!).

“Alcohol -dirá el buho verde- un viaje al infinito”.

Te traigo

la última botella, Que un escuadrón
de pájaros, que el canto
del gallo te acompañe.

Volveré hacia la vida.

Estaré solo.

Caminaré solo.

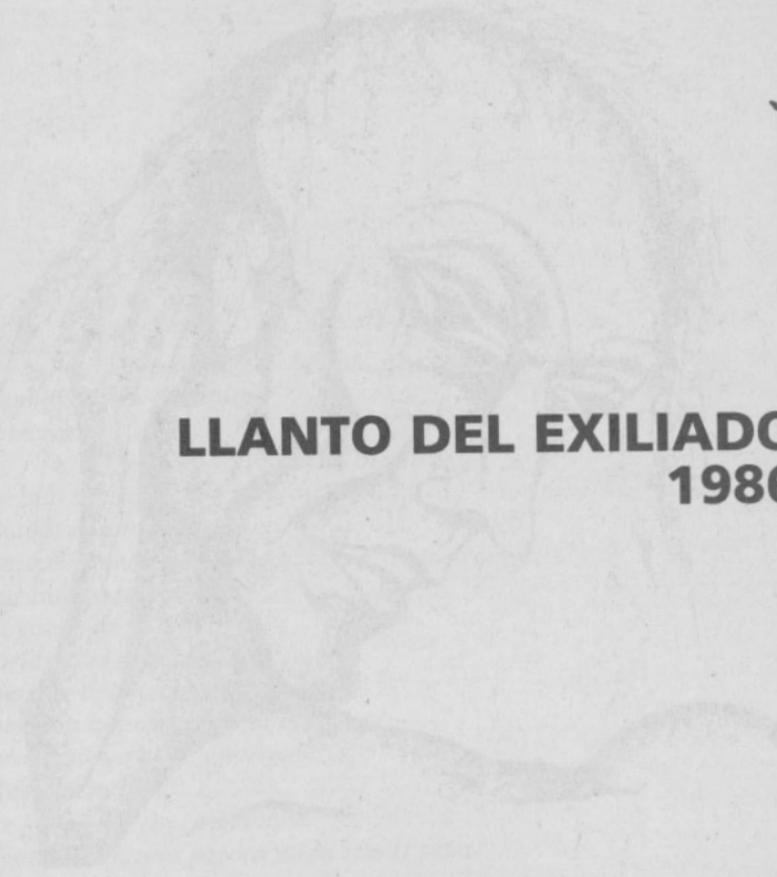
¡Con tu costillar seco en la palma de mi mano!

OTRO TRAJE

*ESTE traje de perro que llevo,
traje de malhechor
muerto hace siglos en esta tierra,
y en que los huevos del tiempo dejan su magra trompa,
quiere erguirse como soldado, ir a la sierra
donde mataron al Comandante.*

*Pero
¡qué piernas cansadas! ¡Si llevo
tres mil años metido en esta pirámide, podrido, glacial,
y América, qué América, exigiendo, siempre exigiendo
machos terribles, y no
un animal cansado como yo, angélico, lúbrico, ensimismado,
haciendo versos huevones que nadie lee,
que ni yo mismo leo,
porque aprendí a escribir sin haber leído el libro del mundo.*

*Madre,
 vuélveme
 a parir
 de nuevo,
tírame al barro,
quiero ser un soldado saliendo de una casa vacía,
lejos de los poetas,
o de las putas con alas de mariposa,
o
por último
déjame en Bolivia, aunque me corten los dedos
con los que intento escribir
esta canción
de loco
derrotado.*



LLANTO DEL EXILIADO
1986



A Chile, donde nací,
donde no moriré acaso,
pero donde otros han muerto
sin razón
y siguen aguardando en la colina.

Me alimento de azufre.

Soy

*una ciudad sin puertas, un animal que allá
envuelto en su gabardina
de terror.*

*Me preguntan, cuando atardezco,
por qué he dejado de respirar hundido en estas piedras,
y hablo con los pájaros
como el espectro de Gilgamesh entre las ruinas,
evocando a la que lava
sus guedejas
a orillas del mar, o al que bebe
sangre y desencanto
como un heliotropo al anochecer.
Pero aguardo a los nigromantes,
a los que matan*

gorriones

y comen limones pardos en la crucifixión.

Porque yo conocí antiguos

rostros

en las alamedas cuando irrumpió la ira

glacial, grandes varones,

mujeres

dulces como hilanderas,

mientras el sol lisiado del otoño

reemplaza a la llovizna en el cielo oscuro del Sur.

II

*Mi sombra atraviesa el agua,
echa su carcajada
de espeso oro,
se cubre de pelos y camina entre la gente
dejando una baba tórrida y blanca.
Del alma me salen
huesos,
plumas de cuervo escarlata.*

*Mi esqueleto
se desploma sobre el follaje, pero se diluye
en discursos idólatras, en rosas de ceniza,
me apoyo en la vieja dama del cementerio
o en aquellas jarcias
que hablan de civilizaciones del antiguo monzón.*

*Niña mía, cuya cabellera llega hasta el mar,
olvida esa mariposa de santo
salobre,
 aquella ferretería desparramándose
en este invierno raído, hasta encontrar
la máscara
destrozada del ángel y su astrología irreparable.*

*Si lloro sobre estas piedras,
es porque un rostro flota en medio de la destrucción,
evocando un país de peces fríos,
de mujeres
que maldicen en medio del aceite negro,
de esta arena hecha de carbón
azotada ahora por inextinguibles aguas.*



*A piedra de mi país, a río gastado
me comparan,
o a los pantalones de un loco
que va en medio del invierno sin reparar en la terquedad
de la muerte.*

*En tanto
derrochas tu belleza junto a ollas hirvientes,
destruyéndote, mujer mía,
o preguntando, siempre preguntando,
cuándo, oh Dios,
y por qué trajeron este cadáver en medio del día.*

*Enormes girasoles
te envuelven cuando haces esas preguntas,
pero qué hacer si preguntando
se muere, poco a poco, como aquellas
gardenias
de manicomio en que el rocío es suave como tus piernas.*

*Arroz quemado, arroz negro,
así nace esta canción de la que soy
mi propio verdugo, ruiseñor enterrado en la noche
de los glaciares.*

*Miro hacia el Sur con obstinado rencor,
escupo cada noche
sobre mi pellejo que recibe la caricia
del agua, cuando, en verdad, mi herencia es el huracán, la caspa,
la bazofia por comida, y no merezco
el aire de este bolsillo olvidado.*

*El ave perpleja, allá, el hambre, Lonquén, esa caverna,
y yo tragando clavos en este exilio de oro,
envejeciendo, enmoheciéndome,
viendo cómo se me encoge la calavera
y caen los dientes impregnados
de ron
en la noche del Caribe y su imperial caoba.*

*Soy el renegado
que vive en galpones habitados
por asesinos.*

*Una deidad me humilla, digo
incoherencias, mi lenguaje es el de un loco,
o el de un anciano que llora a su padre enterrado
bajo una higuera.*

*Entiendo
que no me entiendan; soy sólo un santo postrado
que baja de aquellas
ruinas
donde los muertos cuecen su pan. pero nadie
oye cómo*

*me desgasto
bebiendo este oscuro café en el sótano salobre.
Sé que me llevarán
atado,
que encenderán la fragua antes que unos ojos
tenaces, irreductibles,
arrojen su último fulgor.*

*¡Ay, alma
de estirpe de lobo y ojo acanalado,
no quemes más incienso,
bajo la torre,
que hay uno que tose y se ahoga en medio de la lluvia
y cuyo lamento consigue despedazar otros sueños.*

Eras la carne, la miel,
mientras yo fumaba
aquella noche de los cigarros largos,
y la casa estaba rodeada
por enmascarados que pronunciaban tu nombre.
Había un lazo,
en él te colgaron, compañera,
tu perfil se perdió y yo continué viviendo,
Ahora hay en el cuarto una gardenia por única compañía.

Destruyeron la luz, degradaron tu belleza.
Por eso digo ahora: ojo por ojo y molar por molar,
una garganta por cada rostro horadado.
Mi odio es ya anterior
al verdugo
y a quienes pasaron y dejaron ceniza ardiente.

A veces, a solas,
te llamo para saber si respiras todavía, aún,
si pusiste agua a los crisantemos
y entonces se oye tu rumor en la cocina
donde un gato
arcaico
mordisquea tu collar en la tarde
aguamarina y muere
de amor bajo su horóscopo de cristal húmedo.

Sólo silencio y una golondrina
muerta cuando pasó la turba
de Nerón,
y tu cadáver, como el de Ofelia, se fue por el angosto río.
Por ese mismo río volveremos

a rescatarte,
compañera.

Con un tambor y un poco
 de hierba negra,
 pienso
 que cualquier lugar es bueno para morir.
 Pero hoy, qué tristeza,
 que ganas de morder las piedras, porque hoy,
 precisamente hoy,
 mi pequeña madre ha muerto en su casa de Santiago,
 a diez mil kilómetros de aquí,
 a un millón de mis manos que envejecen cada tarde.
 Y me pregunto qué hago en medio de esta destrucción,
 en esta autopista en la que estoy
 colgado,
 sin saber qué hacer,
 caminando entre árboles de terrible verdor.

Otros hijos
 viste
 destrozados
 o caídos en la noria,
 triturados o carcomidos o sedientos de púrpura,
 como vasos reventados en la frente
 de un dios.

Pero guardabas
 tus lágrimas en el fondo del antiguo
 baúl, y todo se fue volviendo grava, manto miserable,
 en tanto el ausente,
 el hijo viejo,
 evocando esqueletos queridos,
 te enviaba botellas de ácido cruel,
 un poco de sal arrancada a la boca de los perros,
 o hablaba como un caballo
 que hubiera perdido
 la razón
 entre vejámenes y la lenta lluvia.

*Los vi aullando
o persiguiendo ratas entre escaños
oscuros*

*en Australia
o Canadá, o Europa, o evocando
el sueño senil de la patria a lo lejos.*

*Cómo entender a esos hijos
de la tempestad,
cómo herirlos recordando un tiempo de pájaros,
de vientos bajo la niebla.*

*Rostros
de aquelarre hablando ahora la lengua de Racine,
como un serrucho que entrara
llorando
en las maderas del ataúd
o en las vigas del impredecible otoño.*

*Una libra de carne se perderá, un poco
de sangre en la maldita
piel madura.*

*Cuando volvamos, si se vuelve al fin,
estaremos cubiertos de algas, de desconocidas minervas,
pero no podremos
ya más
vernarnos a nosotros mismos,
ni el hueso de la cadera, ni el lívido
carnán: el hijo pródigo no murió
en la larga
ausencia,
sino al golpear la puerta
de sus hermanos,
dormidos,
irremediables,
ahora desnudos en el huerto.*

Piedad para el estuprador o el comedor
de pescado,
para el que fabrica dioses
de porcelana,
piedad también para mí que me alimento con los bofes de la muerte.

Me uní a los lacerados, los vagabundos, los irritables,
salí a la calle buscando
una nuez,
una mano tullida,
un rincón donde hablar con los capitanes del primitivo mar.
Mi estilo era el de la hiena.
Pero, ay, me molieron como al ajo pálido.
Ninguna
mujer quiso dormir conmigo,
y estoy cargado de reproches.

Fuí coronado

como todo aquel que muere
en el estío, comió
berros y bebió vino
salvaje.

Mis amigos
son los vendedores de alcanfor,
los asesinos. ¡Entonces no sé explicarme, pueblo mto!
Sólo hago crujir mis dientes, mientras
el pervertido
aroma del otoño canta en el arrozal.

Pero,
¿quién llora en la oscura vasija? Alguien enteramente desnudo,
yace decapitado sobre el ónix y tú,
hermosa mía,
pequeña y cabizbaja continuas en medio del humo,
antigua arena que me hace cantar
como un albatros negro
al que ha sorprendido la denodada tempestad.

*Aquellos moscardones
desafiando el poder de los cielos, y tú,
animal de ansiedades, escuchando el paso del demonio
contra la pared.*

*¡Cuánto acontecer, cuánto agasajo a la miseria!
El invierno*

baja

*a los sótanos donde yacen los últimos
ruiseñores,
buscando la oscuridad, otros pechos amados.
Desde la ventana
observo un topacio negro, aquella piel
africana, un vientre que provoca el naufragio del mar.
Sollozad, entonces, entre los almendros,
porque nada ha sido dicho
ni se dirá.*

La parábola

*cae del ventisquero hacia el centro del ojo
como un candado de ron que quema
la garganta cercenada
por piedad.*

*En este antillano
mar*

*me entrego a sueños de color marrón,
pero tú, virgen
engañosa, con tu sexo de ciruela*

mojada

*invitas al retorno contumaz, al diluvio
de arsénico y pepas amarillas,
lejos, ajeno de mí, como si tuviera la espalda muerta.*

Ciertos muertos me saludan, vienen
de Palestina,
preguntando cómo y por qué, llorando,
mientras cae la lluvia y llenan sus cántaros diciendo adiós
entre églogas y responsos terribles.

Ah, queridos espectros, santos agónicos,
¿está mi padre ahí?

Cada noche
me echo a sollozos en medio del limonar,
o frecuento la casa
que los idólatras llenaron de sangre y prolongado furor.
Entonces, abuelos traslúcidos,
me lavo con agua sucia y azarcón, y digo
que grandes varones

de cuero y sal
salieron de vuestros muslos, como el diamante
del ingenuo carbón y vivieron
en tolderías con el sol como única
limosna, potros negros en medio de la tempestad.

Para esos guerreros, un canto de piedra, oh mendicante Dios,
cuando se me cae la piel
o abro aquellos hornos lacerantes
para hacer un oro duro como ojo de halcón,
y entregarlo

a los combatientes
de este tiempo fugaz e irresoluto.

*A veces mujo en los establos
sin decir quién soy,
de qué cárcel soy prófugo o que ángel
alimenta mi memoria
en medio del alcohol y decrépitas manchas de soberbia.*

*Echado en la paja, en la noche ruin,
hablo,
tierra mía,
de tu crucifixión,
y digo que fuiste rodeada de mulos y payasos mojados,
de estopa, belfos de huracán,
que te echaron cal y no hubo
piedad para tí,
no hubo nada, nada sobre ese polvo blanco,
ni la húmeda luz,
ni el aroma de la pobre
flor de los que jamás regresan.*

*Construyeron
hornos, gusanos eléctricos, atizaron
el ojo devorador.*

¿Cuántos muertos eructaron esta noche?

*Las hienas
celebran su venida con vómito negro,
y escuchan sus aullidos
de perros seniles disputando los huesos de la muerte.*

*Oh Dios, cuánta contradicción,
cuánto subterfugio
para vivir.*

*Hoy veo nuevos rostros
junto al mirador, auscultándome o punzándome,
o abriéndome los riñones,
mostrando a los ahorcados en el muladar.*

*La verdad, vivo ahora con el pelo erizado,
y ya no tengo respuesta para tanta
pregunta espectral.*

*Sólo sé que hay ciertas
palabras,
que bajan de una luna negra, aun la palabra amor.
Para qué tanta pirotecnia, digo,
si sólo busco a quienes viven bajo el ciprés
y comen laurel quemado.*

*¡Cuánto sudor,
cuanto olor a hiena invade el poderoso cielo, incógnito Dios!
Abre ahora la bragueta y mea
sobre los valientes soldados
de Chile,
mea sangre en sus hocicos,
y ponte del lado de los que lloran en el trémulo jergón.*

*Sé que soy
apenas
un grano molido en la piedra, un poco de mostaza
en medio del rencor,
pero los nombro putos y asesinos,
porque, a fin de cuentas, soy hijo de mis palabras,
y con ellas maldigo a los tigres
dientes de sable.*

XV

Poseo la tristeza del mercader.

Ay, decidme

en qué depravado reino
subí a la cruz o fui atado a una piedra.
Pude heredar al verdugo,
pero mi corazón estaba hecho de despojos.

¡Un animal muerto bajo la hierba!

Mis dioses tenían los pechos

carcomidos,

y las mujeres
de la tribu se entregaron al vencedor.

Partí a América.

Pero nadie entendió los signos del proscrito,
nadie identificó mi sombra
y no queda
sino este trozo de lengua
con que predico en el mercado.
Ellos esconden su rostro en medio del muérdago,
me rodean de grandes moscas,
mientras un ángel ciego está parado en la puerta ahora.

En la ciudad

camino

con un cigarro colgado de la jeta vacía,
pero alguien me señala
valiéndose de un ardid, y entonces
digo
que soy un herrero que sólo sabe herrar pájaros,
e iniciando una matemática del terror
acepto por fin aquel dinero
prestado.

De verdad, de verdad, un gallo
me arranca las palabras mientras duermo,
y desde mi exigua
eternidad
es el granizo
el que cubre la ciudad cuando lloro los viernes.

XVI

Pequeña virgen,
sobre tus pechos orinaron los perros.
Pero, ¿dónde estás? ¿En qué tumba abierta?
Tu piel cuelga ahora en la última
arboleda de Santiago.

¡Ah, corazón, no existe oro
que justifique esta manera
de vivir! Todo está atado y los hermanos qué lejos;
arañas de grandes
pezones
tejen ahora en el telar de la casa.
Madre: vestido de pordiosero te llamé esta madrugada.
Te habías ido
por aquella ciudad en que se llora y anda desnudo.
Pero lo sabes: viví con escaso
ropaje y comidas
frías. ¡Me mató un toro negro!

Me llamaron
el extranjero, el que recoge las monedas y habla
de un país largo
y perdido,
angosto como este ropero
por donde entra el mar y moja mi chaqueta de opulento mendigo,
en tanto
arrojo una golondrina muerta
contra el cielo, preguntando a Dios
quién soy.

¡Y me responde un aullido!

XVII

III V X

En el Cementerio del Este, en medio
de terribles flores
y unas guirnaldas que trajó
el aguacero, el cura Vives dijo que unos
hijos de puta lo habían
matado,
pero que era seguro que sus ojos
de vikingo
encenderían de nuevo las calles

de Santiago.

Todo era absurdo, como si un ángel
se pusiera
a orinar en la calle.

Recuerdo aquella noche

con Joan Baez, cuando
te pusiste a cantar una feroces canciones mejicanas,
y abrazabas
la guitarra como a una mujer
que se te hubiera muerto.

Mientras,

reíamos a morir, pues quién iba
a pensar,

a esa hora,

que su cabeza roja como el cobre de Chile
se quedaría fría en una calle
de Washington, cristal perdido.

Recuerdo que lo enterramos,
pero en Caracas
llovía,

continuaba lloviendo, como si a Dios se le hubiera
roto la mandíbula, y cuando
partimos,

cuando nos íbamos a morir a nuestras casas,
a decir nunca más, nunca más nunca, como si lo supiéramos,
escuchamos la voz de Orlando en el viento:
el último

corrido lo cantaré en Santiago, compañeros,
En mi Santiago,

cuando vuelva.

*La verdad, no tengo de dónde agarrarme a veces.
Pienso que estoy ciego, que todo
fue abortado
y Palestina cuelga su último muerto
en el olivar.*

*Y tú, Líbano
de las maderas resonantes, cómo fuiste
asolado. Mi sangre
está ahora en la viscosa boca del tiburón.
¿Y Chile? ¡Qué piedra! Ah, ya no tengo pasado,
y no puedo volver.
Mi lengua de carnicero
no puede asociarse ahora a la velocidad
de las aguas, y digo
qué pobre historia de arúspices
es ésta
en que yazgo
cubierto de hojas y sueños de cáñamo y resina.*

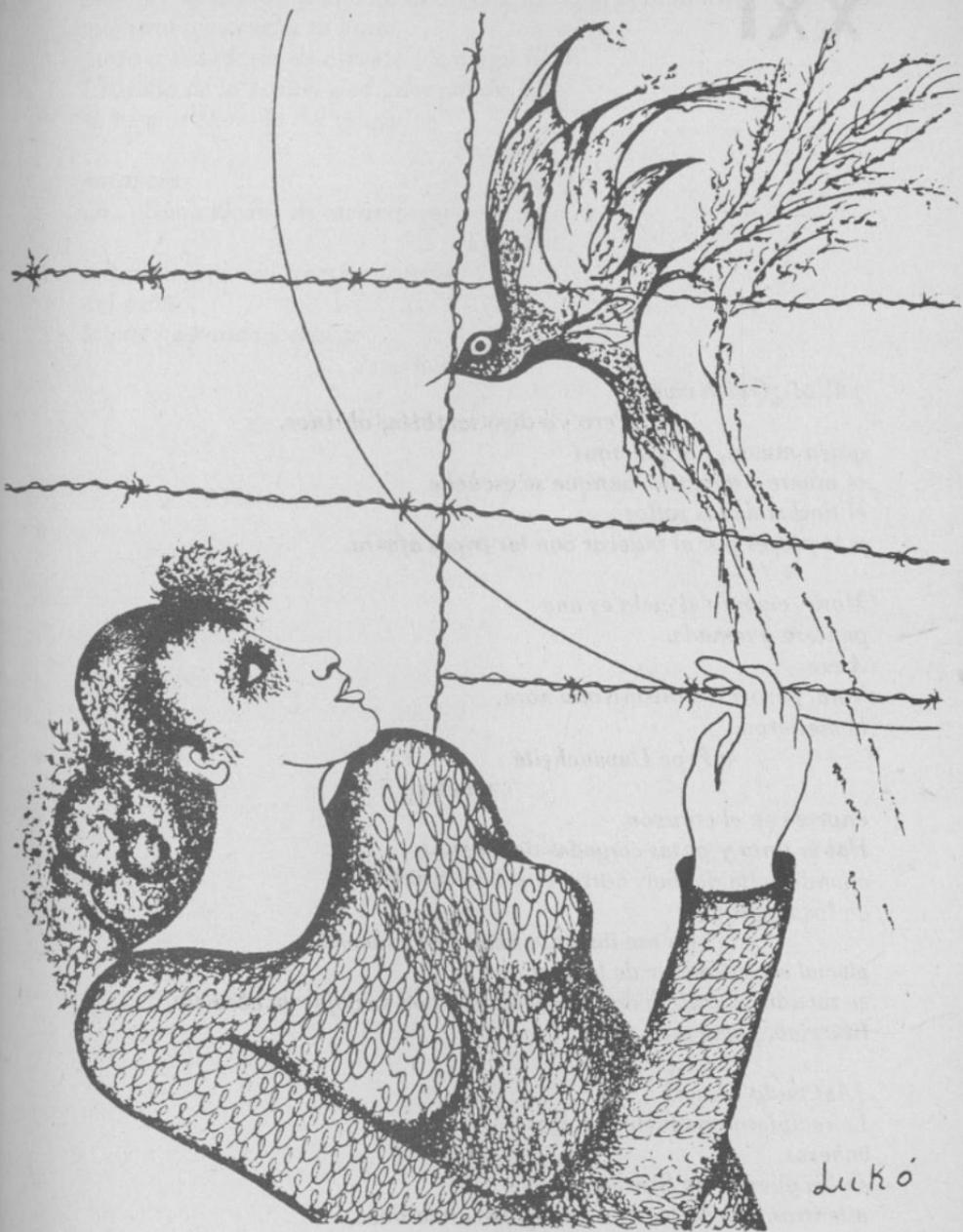
*Cuando descubro mi rostro,
un transeúnte pregunta de qué prisión vengo.
Escucho una multitud, un alarido que reconozco,
como reconocería un dedo
cortado, o tu propio
rostro, madre, cuando te morías
y yo estaba en Caracas
esperando el diluvio sentado en una tinaja negra.*

*Tu piel de gacela
recién salida del agua,
tus ojos tan proclives a la locura,
y aquella forma tuya de respirar en el terco oleaje
abren su terrible espacio en el verano.*

*Te decía: no podemos envejecer,
morir en esta
ciudad
en que la muerte roe el viejo hueso
del amor, aunque la lluvia
moje tus alas de mariposa en el desaguadero sin fin.
Siempre habrá, mujer mía,
una gota de alcanfor, un insecto de oro
pronunciando nuestros nombres en la amatista del mar.
Si muero en Caracas,
simplemente de tristeza o de terror,
después de haber tragado tanto gas negro,
avisa a los mendigos
y que venga el león oscuro, el ángel vengador,
y traiga aquella sopa
agria
de los encuentros perdidos.*

*Podría
verme morir
con estos ojos que todavía sostengo,
ahogarme entre líquenes y ollas sin hervir,
oir crecer tu cabellera
junto al velador.*

*Pero quiero al final
del otoño enviar este mensaje: nadie conoció
mi corazón, ninguno escuchó llorar
a mi corazón,
cuando el viento de la tarde destruyó mi casa.*



Luko

XXI

¡Alto! ¿Quién vive?

*Pero yo digo también, oh Dios,
quién muere, porque aquí
se muere a menudo, aunque se escuche
el timbal de los gallos
y te pasees por el bulevar con las tripas afuera.*

*Morir, cuando el cielo es una
pantera quemada.*

*A esa
hora, pero a esa mismísima hora,
le metieron*

a Pepe Duvauchelle

un clavo

enorme en el corazón.

*Había tinta y putas cargadas de racimos
cuando salía del bar, borrachos de alas negras
en los tejados.*

*En ese instante desató una escena
glacial ese adorador de la noche,
se sacudió el traje y después se quedó con sus ojos de absintio,
litúrgico, pavoroso.*

¡Así pudo volver!

*Le recibieron pañuelos, dulces
cabezas*

*en las puertas de Santiago,
mientras observaba, con un cigarro en la boca,
como pensando en el exilio y su triste espaldar.*

Siempre le estaban pidiendo un hueso, un agua para morir,
mientras aguardaba su hora
junto a bebedores de cerveza y amargo licor.
Urogallo de la noche, gladiador pálido,
tu raza es ahora la del vengador.

Prepara

entonces

una última escena de escombros:

el pueblo

arrancando, en la tromba dorada

del otoño,

la piel hedionda y salvaje

de la hiena.

XXII

Padre: me arrojaron en este pozo.

¡No hay ámbar ni Dios que pueda salvarme! ¡Sólo hiedra!

Entonces, mujeres,

llorad por mí, llorad sobre este frustrado

corazón, porque sólo la noche

y su rosa

africana

podrán mirarse en este espejo en que veo un rostro

triste, devorador.

Mujeres muertas, papiros

de sangre

hay bajo este portal,

y tu, padre mío, tan lejos,

tan sin ira,

sin conocer este aire lívido en que debo existir.

Cada vez que vuelvo una trémula

hoja,

o recojo una mariposa en el destrozado tapíz,

me pregunto por qué y para qué y nadie responde a mis lamentos.

Yo

que salí de tu primer

hueso en esta pobre América,

no supe comprender,

preguntabas, apenas,

por qué estamos aquí. ¡Qué lejos está Palestina! Y yo sólo

quería llorar.

Quisiera, si es posible,

cancelar esta deuda cortándome

los brazos,

esta lengua desmesurada cubierta de carbón

y dejando para siempre de dormir.

Poder decir: marchemos juntos a Palestina.

Pero ella ya no está, y tu y yo andamos perdidos.

Hay noches

en que veo generales con los huevos

ardiendo, y digo

la puta que los parió y otras cosas igualmente necesarias.

Hijos de la hiena

manchada,

ensuciaron la luz de gas carbónico y negro.

bebiendo arsénico en jarrones de cuatro asas.

Escupieron sangre de mujeres

que vejaron con flujo de sílice y sarro hirviente,

y a los que hubieron sed

vomitaron

la lengua.

Pero vendrá, estoy seguro,

la hora de los vaticinios y los tambores fríos,

el muro en que caerán como fetos ansiosos.

Todo llegará a su hora, hermana distante,

como llega el huracán o el indomable

sueño, pero no oirían ya más

el canto del gallo,

sino

el llanto del asesino,

el quejido del buho, tétrico y tenaz,

después de escuchar

su propio

graznido.

Humillado,
ignoro por qué se santifica
mi desnudez, cuando sólo poseo este mágico
terror, o camino
como el faisán dorado
cubierto de sal entre los vencidos.

Hijo del estupor,
me alimento

de muertes sucesivas,
de ellas extraigo mi engañosa juventud
que hace gemir a los perros en la ciudad,
pues mi corazón se halla todavía en Santiago,
donde las piedras
celebran su última eternidad.

En Caracas,
sólo unas turbias monedas, y un ángel
con la lengua

cortada
calientan la sopa del exiliado, su vaso de rencor.

Pero a veces

irrumo en sollozos

y saludo
como quien sale de su tumba para beber,
y tiemblo sí alguien me toca
la espalda.

Cómo vivir, digo,

si cada golpe me parte la ceja
y nadie se asoma al fondo del corredor
que una vez cerró mi mano de pordiosero.

*Se vuelven implacables los amigos,
piden perdón,
aúllan o han llorado,
y entonces el rostro se les pone negro.*

*Tengo a veces
el alma con olor a pescado, y qué lejos
estoy, madre.*

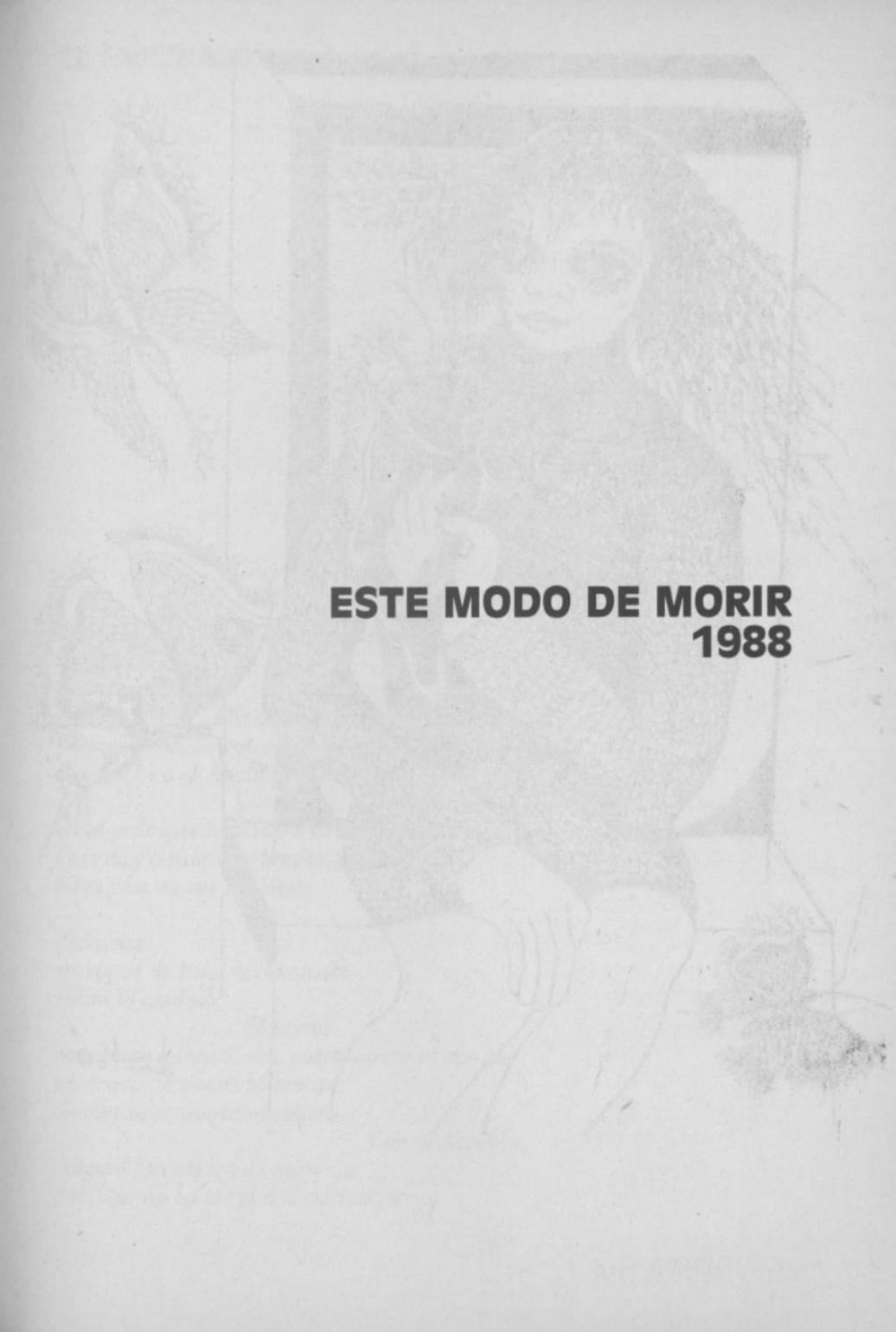
*Cuál es mi nombre
me preguntan a la entrada de cada caverna,
y viajo en trenes que atraviesan cementerios, echando
humo agrio y tenaz como un pecho escondido,
en vagones en los que se escurre el agua,
con bebedores de café
o comedores de jengibre y moscas taciturnas.*

*¡Tanto estigma para vivir, hermano ausente!
Tanto salvoconducto para morir,
agendas, cinturones, encaje escarlata.
A veces me llevan al acantilado y me sacuden el traje,
del que caen escorpiones,
hiel fría
unas monedas mojadas en llanto.*

VXX

*Hay que pagar el peaje con vinagre, a veces.
Me llaman el extranjero, y dicen
que me vaya.*

*pero hace tiempo que me marché con el sudario en la maleta,
muriendo sin explicación, como todo
aquel a quien arrojan
de su estrella
y puede elegir su propia sepultura.*



**ESTE MODO DE MORIR
1988**



Lukó

*Descubridor de tumbas me llaman
en la casa
de los perdidos.*

*Mis antepasados
persiguieron una alondra en el desierto oscuro.
Pero fuí yo el fascinado, el servil.*

*Dura fue la guerra
en el país que habito en el Occidente desolado,
País de Piernas Quebradas, echado
a los pies de sus mujeres.*

*Envuelto
en ropas de lino, echo aceite
sobre la ciudad.*

*El sueño
comienza a invadir las parras, pero es apenas
un trozo de cuero hilarante,
elemental, insecto absoluto.*

*Como Absalón,
colgaré tan alto, que mi viejo
costillar no lo mojará el pálido junio.*

*Se quedará solo, sin pasaje para este mundo.
El resplandor pagano se perdió
en la arena,
y quien derrotó al relámpago y detuvo horóscopos y relojerías,
arrastra ahora un mármol negro.*

Luminoso

*le parió su madre: hoy es sólo un nombre,
un escorpión en el escudo.*

*Le dejaron en el puente, lejos del agua.
(A él orgullo de naciones).*

¡Y está solo!

*Ellas partieron con sus velas fenicias y sus pezones oscuros.
El, debajo del caballo, llamando desde la oceanía negra,
blanco, desnucado,
atroz en el paisaje abierto.*

Caíste sobre la casa. Yo era sólo el testigo.

*Adentro, la especia
ardiendo,*

el alcohol con su cola de pájaro.

*Pero El, el tenaz, vestía su levita oscura,
alzaba su voz*

en la tarde del tabaco.

*Llama al último rruiseñor para revivir los dispendios,
alma mía;*

*todo está cubierto de azarcón
y los tábanos sollozando*

en la paja inundada.

*Sobre esta mesa en que yacen
grandes
cangrejos
proyecto mis crímenes, crímenes bajo la lluvia
contra muertos recién afeitados
metidos en sus pequeños
estuches.*

*Son mi copa
de ron
en este puerto del exiliado.
¿Pero cómo escribir en este cuaderno
en que corre la sangre
de ranas
amarillas?*

*Quiero ser entendido. Nadie
me reconoce
en este sudario de rencor.*

*Ahí va, dicen, el onagro maldito,
con sus peces rapaces y sus dientes
de sable.
Me moriré aguas arriba, lo supongo.*

*Animal idiota,
qué lejos está tu salvación.*

*El pálido
grillo del Sur se marchitó en tu otoño, cuesta abajo
en el húmedo planeta.*

*Soy ahora el cantor
con aliento de perro, un asmático
abriendo un saco de arroz,
el muerto que sacan del bar a medianoche
Me digo a veces a qué seguir,
tratando de sostener este rostro marcado por la desgracia,
y pregunto a los habitantes de este lugar
si aquella*

verónica

*ensangrentada
que veo en la toalla del gladiador
es mi cabeza que arrojó el ángel sobre la piedra.*

Amanecí cargado de culpa, digo, dicen todos somos asesinos.

¡Tengo

un ratón

en el alma!

Pero hoy, precisamente hoy, sin que tú

severísimo

juez de muerte

muevas tu gendarmería,

soy yo

yo

yo

yo quien entra solo en la jaula, echa el agrio candado

para escribir la palabra muerte

como antes la escribía,

y pedir en el nombre de Dios que me triturén,

me hagan pedazos,

me pongan a fuego lento, amigo mío,

y me saquen los ojos, la última papa del bolsillo,

POR LO QUE OTROS PUTOS HICIERON SOBRE LA TIERRA.

*Fantasma que esta noche conmemoro
en lucha con mi propio
corazón,
filudo, sin el mecanismo de la rosa.
Pero, ¿a dónde huir? ¿A qué amparo someterse?
¿A qué estirpe entregar
este tambor?*

*Las horas se acumulan a la sombra
de las grullas, mientras tú bailas
en el acantilado, diminuto amor,
olvidado de mí, en un acontecer sin estribos
ni nido de aguas.*

*No hay santo que me salve
de esta destrucción, ni toro
en esta caverna
en que la piel expande
su gemido de rencor sobre las dunas.*

*Entre el llanto y el bálago,
sólo encuentro un ángel, un aliento de piedra
que inunda las caballerías
y enmohece el hacha de mis sueños de barbarie.*

*¡Qué terrible pared entre nosotros!
La edad de un árbol, el valor de un pasaje
hacia la muerte.
Pero arrojé mi zapato al otro lado
de la vida.*

*¿Quién aúlla ahora como un lobo perdido?
Estaré muerto tal vez.*

*Amigo Mahfud Massís,
no te inquietes, no agites la cola
como un perro
ahora
que nadie
pronuncia
tu nombre.*

Cada poema se agusana a su debido tiempo.

Pero

----- estoy

----- seguro

algo quedará de tí,

-----un trozo

de solomo, una metáfora roja,

un guiñapo de toro que alguien olfateará bajo la piedra negra,

llevándose

en el hocico

el último pedazo

----- de

----- cielo

que no mojaron los hisopos.

Entrego mi cabeza al tribunal,
con sus ensueños, sus estreptococos,
quiero librarme

del ángel
que me arroja a estos dominios.

¡Basta ya
de esparadrapos, de antiguas navegaciones!
Pequeña reina, sálvame
de aquella mujer de piernas torcidas
ahora que estoy en el
banquillo.
Sálvame de ese juez de incandescentes nalgas.

Me entrego
voluntariamente
para trabajar en la cocina, o preparar
venenos silenciosos,
con aquel joven tullido,
o esa gran dama vestida de blanco
que es una gallina ciega.

Te entrego

de

r

o

d

i

l

l

a

s

esta g-o-t-a

de

s

a

n

g

r

e

- Tú y yo hemos llorado.

Quiero

engendrar

en tí

mi

propio

Cristo.

-- El último entre nosotros.

Después
comerlo
devorarlo

C
C A R L O
U
C
I
F
I

Será	pero
la	sin
única	morir
forma	ya
de	más
devorarte	pero
de	nunca
devorarme	más

NOSOTROS

EL JUEGO DE LA SOGA

Saltaba a la soga. Soñaba con ser un pájaro.

¡Ahora llevo la soga al cuello!

Pido tan sólo que me dejen solo.

Que por favor no aprieten tan fuerte.

¡Cuánta soga ha corrido desde entonces!

Amarré y desamararé tantos nudos.

Ella y yo vivimos atados a la misma soga.

C
o
l
g
a
m
o
s

*de la misma
liana.*

Pero alguien, no sé quién, continúa dando vueltas.

Los brazos, el corazón, todo es una amarra.

¡Ni Dios podría

reconocerme

en esta primavera amarilla!

El pájaro de ayer ha volado.

Se interna irremediabilmente en el mar.



Lukó

A Claudia y Nathalie

*Cuando haya partido, pero partido de verdad, partido,
y descubran mi momia al fondo de una noria,
observarás una sombra siguiéndote
en el paisaje.
Seré yo, circundándote,
tocándote en la llama del verano.*

*Aunque me inundaran de ron
o aceite negro,
estaré junto a tí cuando la neblina
venga del lado del mar,
y caminos
lentamente,
sola dentro de tus zapatos,
con aquella certidumbre que emana de tu belleza,
o cuando quieran*

*golpearte
los pájaros
que viven en las grandes rocas.*

*Seré entonces un terrible
albatros,
y quienes
piensan que todavía duermo en la leñera,
se sorprenderán de encontrarme armado como el verdugo
de negros mocasines,
si pretenden destrozar tu blanca orquídea
en la noche de los viejos papiros.*

*Del libro oscuro, como un dios de magra cabeza,
la sombra maldita del gallo,
el gallo negro,
el de las fúnebres irisaciones y los patíbulo secos,
levanta su copa de caballero en la neblina.*

*Tu rostro, en cambio, hechizado entre las vigas,
yace en medio de tribulaciones
y oro exiguo.*

*El caballo moro.
¡La amatista a la sombra siempre verde del gallo!*

*Este gorrión muerto que dejaste en la almohada.
Este pan de aserrín, ¿significa
que me voy a morir,
acaso?*

*Estos zapatos blancos.
Este traje.
Aquel puñado de tierra escondido en la pared.
¿Es que
me voy a morir, acaso?*

*Esos mirlos llorando al fondo de tus ojos.
Tu mirada desde el umbral.
El agua que cae y moja los cerezos.
¿Es que
te vas
acaso?*

*¿De dónde vienes, ángel de tórax salvaje,
vagabundo y hostil bajo el número
cero?*

*¡Te devuelvo estos dientes
colgados! ¿Para qué tanto sudor, tanta
tierra robada?*

*En marcha, pues, sobre el Sendero
de las Resinas, y enciende el candil,
ídolo taciturno.*

*Y vosotros, angarilleros,
haced sonar los viejos tambores,
que está mostrando su muslo la joven madrugada.*

*Atado a tí, como el aullido al perro
o el amuleto a la pierna de la reina salvaje,
estoy sentado a la puerta
de mi horóscopo,
cansado de ensuciar objetos en la tierra
o de buscar un mirlo en la madera*

oscura.

*Me queda sólo
el pudor nativo de las bestias,
pero,
¿a dónde ir, Madre del Rostro entre las Rocas?*

*Duerme en mi alma un mercader fenicio.
Mi madre es verde en sus verdes ojos.
Y si me miras bien, guardo despojos
del Toro de Apis en su altar egipcio.*

*La vida, empero, me hizo un orificio
cerca del corazón. Viví de hinojos.
Herida el alma por enormes piojos.
mendicante, feroz y sin oficio.*

*A veces, pobre tigre entristecido,
suelto bajo la noche mi alarido
y escarbo como un loco en el osario*

*Dura sombra que al final se ha ido,
llevo adentro un dolor mal escondido:
nací para león y fui canario.*

Ahora que veo mi pantalón

c

o

l

g

a

d

o

*como si para siempre me hubieran cortado
las piernas, pienso que será fácil
abandonar este ropaje,
tirarse por la ventana,
caer en el amaranto de una estrella.*

Pero

*cuanto hago es encender un cigarro,
clavar una rosa roja en el ala de un pájaro,
llamar al nigromante
para impedir la entrada del mamut a través de la puerta.*

Ahí está
 colgada
como un muerto
en el aire
sucio del ropero,
echando humo todavía,
imitando mis gestos de idiota,
cuando tosía en el
café
el último invierno.

¡Mi pobre lengua
colgada del infinito!

*¿Quién durmió aquí? ¿Qué gusano
cayó
en estas esclusas? En esta casa extraña,
a la orilla de una fosa,
oigo caer la nieve, la muerte desde el cielo,
sin fuego ni dioses que adorar.*

*La vida es sólo una esponja, un trozo
de cuero apenas necesario,
lo mismo que esta cabellera que descubro
en mi cama alquilada,
con restos de piernas, de tobillos helados,
el lecho donde durmió Ulises, el de los ojos profundos,
abandonado, sin alma ya, tan lejos de la tormenta,
buscando otra luz, otra sombra, una postrera
caída*

hacia los pastos invencibles.

*Me puse los zapatos del muerto.
Tenía llenos de cera sus ojos
de leopardo.*

*Aquellos zapatos
señalaban sin dirección hacia el desconsuelo,
a un hombre pudriéndose
como un trozo de cuero o una aleta de pájaro.*

*Quiso hablar, bajar hasta el huracán
de los ibis ancianos.
Después el desierto, el rumor*

*de la hiena.
Y ella perdida en la ciudad
entre luces de bengala quemándole
el vestido.*

*Perro
que vive entre las cebras,
hablo con los difuntos y los perdidos,
salgo desde el fondo
de mí
cargado de piedras amarillas
sólo para maldecir, pero sigo extraviado en la tribu.*



OJO DE TORMENTA
1960 - 1989



duko'
1987

MONUMENTO DE SANGRE AL GUERRILLERO

*Si te dicen que me he sacado los ojos, que una
gran mosca negra, como aleta de muerto, recorre el Mar de los Dego-
llados.*

*que todos
los perseguidos de este mundo
te estamos llorando
en estas calles en que se acabó la luna,
te juraría que es verdad, lo juraría
por tus manos cortadas, que viajaron del lavadero
de Vallegrande, donde fuiste mostrado
como un ígneo dios caído en una red de piojos, o un potro blanco de
cabeza de oro derribado en las cloacas.*

*Hiede el Continente, pudriéndose debajo de los muros, como
sepultura de traidor o jeta de enajenado, o nuestro
propio atribulado corazón, aterido de cobardía.*

*¡Oh, Capitán,
gallo invulnerable para nuestro ánimo de inveteradas
meretrices, garrapatas del orden, del buen sentido, de la cama
cuajada de libélulas, en tanto
el negro, el indio, o el esclavo blanco de Latinoamérica echan humo
de costillar rojo, olvidados, como bastón de ciego en la posada del
asesino,
con grandes piedras de pus en las mandíbulas,
con bragueros de sangre, con esputos de sangre, con meollos de sangre;
millones*

*de cristos crucificados te aguardan en el estercolero, miriadas
de niños, diurnos, heridos, estrangulados pájaros,
niños parados a la puerta del horno.*

*¡Oh, apóstol de ideología
de las montañas idolátricas, oh
ennegrecido, barbado halcón, tu nombre estallará en la siesta de oro
como la palabra amor bajo los aguaceros, pero
tú arrastrabas tu asma inmortal, perseguido, quemado,
tomando el último mate bajo los cielos del pavor,
traicionado por quienes llevaban el trasero en el alma, tergiversado,
maldecido, asesinado.*

de esta tierra miserable y enorme, también estoy herido.

Del costado izquierdo

de mi corazón cae sangre, congoja sobre mi mano

sin gatillo que oprimir, sin noche que desollar, sin una muerte que

justificar,

sin un día para morir.

Yo te saludo esta madrugada, decapitado Capitán.

De tus manos cortadas,

de tus entrañas rotas, bajará el último rayo: el águila precederá a

los guerrilleros

pálidos y seguros junto al tigre escarlata de la noche,

ululando como el viento

y su sombrero de viudo sobre las encinas,

despertando a los milenarios, desarrapados fantasmas, derruídos como

ancianos veleros de Latinoamérica,

y una VOZ,

una sola,

como golondrina de sangre que atraviesa el firmamento de hielo,

estremecerá el tuétano de la eternidad y los siglos errabundos:

¡HASTA

LA VICTORIA

SIEMPRE!

ORACION A SIMON BOLIVAR EN LA NOCHE NEGRA DE AMERICA

*Atraviesas la eternidad con un hueso de caballo,
incendiando el abismo como si fuese el abanico*

de una vieja diosa.

*Corre el tiempo,
el agua verde entre tus piernas de coloso,
como la flor indígena de la metáfora
o el lienzo
manchado*

sobre la cara

de Cristo,

seco como tú, magro, arando en el mar,

arando.

*Capitán, macho de amarguras, ¿en qué oscura
caja reventó tu sueño*

entre el gusano y el oro del atardecer americano?

Como en las lúgubres consejas

o en las leyendas de los reinos perdidos,

entraron las grullas en la noche,

y traidores

vestidos de luto

encendieron sus velas amarillas.

Y tú, atterradoramente pálido,

aterradoramente embrujado, (¡América! ¡Oh América!),

rodeado de rameras y blancas moscas salvajes,

de generales leprosos

y enanos

de largas trenzas.

Sobre el Chimborazo,

donde el Tiempo duerme en su silla de ópalo

petrificado,

echaste una vez tu cuerpo diminuto de gran soldado de América,

forjado en hornos

en tumbas abiertas,

en inocultables sollozos.

Te mojó el tiempo, te golpeó con su barba de madera fría.

Un follaje glacial cubría tu rostro de alucinado,
por el que bajaban piedras,

tormentas,
galerías,
ciudades quemadas,
pueblos que lloran como barcos perdidos.

Yo te comparo a la sal, a la locura,
a los poetas, a los grandes hechizados,
a los que iluminan la razón de cadalsos y mariposas.
Te comparo a la noche, terrible madre del día,
a un cristal que se quiebra en medio de la asamblea,
o a un cielo de trigo en que yace

una mujer
con la cabeza incendiada.

Recuerdo tus ojos de idólatra,
jurando por la carne humillada del hombre americano,
juramentos enormes como pájaros

de neblina
sobre el Monte Sacro.

Y junto a tí, Simón, el Viejo,

monumental, huracanado, mercancía
exiliada en medio de la aurora, escoria de oro,
inventando otros escalofríos,
gárgolas de pecho humano entre la lava errabunda y las adivinaciones.

Jaguares melancólicos devoraron tu corazón

como el neblí al astro ilu-
minado,

arrastrando catafalcos, firmamentos desaparecidos,
agitando un cascabel de miseria,
un plato

de sangre

ante los propios ojos.

Envueltos en trapos escarlatas

nuestros hijos,

¡MALDITOS!

gritan, malditos desde el fondo
de la tierra, desde el fondo del aire.

Cabezas Negras, rufianes coronados
hoy transformados en radiantes verdugos.

VIAJE A IRAQ EN DIAS DE GUERRA

Con un diente de leopardo,
con maleficios y colmillos todavía verdes,
yo, Americano del Sur, entristecido y salvaje,
salgo de mi astro mineral

hacia tu cielo de velamen rojo.

Y digo

adiós a mis demonios perplejos, a mis dioses baldíos,
oh Iraq de los sueños como pájaros
quemándose

en los ojos

del desesperado.

AMERICA

no es la esmeralda que deposita al amanecer su huevo de oro,
ni un paisaje extraviado en el estupor
pretérito, ni el cobre que asoma
su cabellera como la cabeza de un loco,
ni la aguerrida plata o el petróleo negro, ni aquella
orquídea colosal que crece

como herejía en el corazón,

sino la paloma degollada, el magma
hirviente de los volcanes

gigantes

parricidas.

Los perros aúllan en la noche porque nada ha concluido:
hay espectros que caminan, la boca llena
de pedernal y sílice

inacabable.

De verdad, de verdad, yo vengo de un continente
inconcluso, con un cuajo
de sangre árabe adentro, de linaje
lúgubre, escarlata.

Alguien me arrojó sobre este navío
donde engendré hombres, mujeres de ojos oscuros
que llevan mi nombre cuando anochezco
y mueren como ángeles
sin redención en la rueda del mundo.

Arrastrando monedas

quijadas

candelabros,

llanto inocente desde los glaciares,
maldiciendo

siempre maldiciendo,
ejerczo este oficio de rufián de las palabras,
de terribles palabras extraídas del pecho de los muertos
que caen en el azufre sordo.

Y aquí estoy otra vez, abrazando
tu sueño, tus leyendas que caminan como niñas desnudas
entre los eucaliptus del Bagdad de antaño.

Tus ríos sagrados

tu León Negro

detenido en las puertas de Babilonia,
los lleva mi corazón por los acantilados, y amé tu índole
pacífica y genial, tu ser inmutable.

Tus dátiles son como pechos de mujer en la madrugada,
y tu sueño, racimo de agua o mariposas,
me golpea el rostro,
con la angustia de un rosal oscuro.

Destituyeron la felicidad, quisieron
herirnos aquellos enmascarados en las arboledas,
NOS ROBARON PALESTINA, y entonces
pusiste tu corazón bajo los meteoros,
entre cantos de guerra en el viento amarillo.

Cigüeña de ópalo, un inmenso
fósforo se enciende en la noche degradada,
y ahora seduces con pactos profundos
en medio del actbar, cubriéndote con mitologías
de sangre, junto a las estatuas de rencorosa piedra.

Digo que

vengo de América,

*vengo desde el Sur del sufrimiento,
donde cuelga la justicia como la lengua de un ahorcado,
y hay pájaros*

de rencor

*que irrumpen en medio del agua,
voces como tribus cósmicas en la hierba,
anunciando tormentas,
clamor ingente de árbol que llora,
voces de testuz y ojos en que arde la resina,
y cuernos*

*o cuchillos pálidos
hundiéndose en el costillar salvaje mientras agonizan
temibles, ancianos dioses, injustos y funestos.*



GUERRILLEROS DE PALESTINA

Desnudo,
al pie de esta cordillera despiadada y blanca,
yo,
Mahfud Massís,
cuajo de Palestina en el continente americano,
habitante
del Tercer Mundo,
del tercer ojo,
de esta luna vacía,
alzo mi voz como un potro contra el firmamento oscuro.

No lloraré por tí, vieja tierra de mi padre, ni por
tus muertos, o tus mujeres violadas y arrojadas a la sentina negra,
ni por tus niños de heliotropo, que mi corazón adora,
ni por tus casas, de antepretérita piedra, habitadas por cuervos venidos
de todas las naciones,
cuervos de ojos azules, o verdes o amarillos,
o rojos como amapolas de sangre,
ni por tus ancianos, que cantan bajo las lonas a un cielo sin pájaros,
ni por tus oraciones a un Dios que murió de infarto hace mucho tiempo.

¡La lágrima sólo
lame la piedra!

Resbala como un muerto,
cae como agua sobre el acero ensimismado. Ahora
le canto al Ojo Seco, al ojo sin humedad, y bebo
mi jarro de lágrimas cuando estoy solo, cuando
ni la muerte puede verme, y tú, mujer, piensas que estoy dormido.

¡Sudor y lava! Eso quiero!

¡Salid, entonces, héroes de las carpas
y los agujeros fríos! Tenéis las llaves. ¡Echad al tigre
de vuestra alacena! Volved al lecho
donde vuestros padres se amaron, y murió el abuelo
oyendo el clamor de las majadas y sus balidos de aguamarina la última
tarde.

Ahí: ellos, los del ghetto de Europa. Los quemados
en hornos, los desechados como cuero de escriba después de la tor-
menta,
los despojados de su piel,
o molidos en la piedra, los clavados, los desmembrados, los gaseados
en Auschwitz,
los desecados caídos en la higuera de la muerte,
los ensacados,
los que no aprendieron la lección, viejo Toynbee, y enviaron
sus mastines rabiosos a Palestina, sus jaurías
vestidas de rabinos o de escualos de luto,
o al General que mira con un solo ojo, duro como agua de muerto, a sus
termitas y sus verdugos,
a sus chivos heráldicos.

Precipitáronse
"como saco de sílice" y un viento enorme
como aullido de loco en los barrancos, quemó la dulce tierra,
los limoneros temblorosos
como pecho de viuda a la hora de los recuerdos;
tus granados
infinitos,
tu artesanía
inocente, cuando trabajabas la madreperla, o tallabas la madera del
olivo eterno.

Abrieron los vientres en Deir Yassin, pasearon a tus muchachas desnudas,
bebieron entre sus muslos húmedos, quemaron
tus símbolos, echándote napalm y aceite negro,
y partieron tus hijos cargando a la espalda la última calavera de la
memoria.

Pero
en las tolderías
allá lejos
en todo lo húmedo y terroso y visceral y ciego,

en las hornacinas del terror, y en el flujo de la carne muriendo cada día,
entre mandiles y ratas mojadas,
entre sueños leprosos y humo y cuerdas y ropas enterradas,
entre el alquitrán y la borra,
entre tantas
y tantas cosas que olvidó la tierra,
reventó
de súbito

una granada de sangre:
cien mil cabezas como granizo escarlata, con la palabra JUSTICIA tallada
en cada ojo, en cada hígado desesperado!
De cada carpa saltó un guerrillero al corazón de la noche, de la terrible
inmemorial noche,
el niño hecho ahora guerrero furioso,
con un incendio en el esparto de la lengua seca.

Para vosotros, hijos iluminados de la sombra, esta rosa fría, esta
sangre que todavía me quema, y desde los acantilados,
desde esta roca sideral de espantos y de huesos,
transformo mi lenguaje en pólvora.

Enciendo mis propios
mitos, y sobre un caballo de indómita cerviz os acompaño
en vuestro viaje.

Y digo:

¡GLORIA A VOSOTROS EN LAS ALTURAS

Y AQUI ABAJO!

Gloria a los gladiadores
en el amanecer de piedra. Bienaventurados los pechos
en que bebisteis la amarga, planetaria leche,
la mujer que os dio el primer beso,
la que os tapa

la cara en la postrera inmarcesible hora negra.

Celebro, entonces, vuestros testículos de machos,
vuestras

manos crudas, y en vuestro
nombre alzo mi voz en Latinoamérica como quien levanta una espada,
y quemo incienso a los dioses

¡PORQUE YA HABEIS NACIDO!

CANTO Y LUCERO PARA LAS MUJERES DE CHILE

Mujer,
tú que pariste al hombre y compartes su almohada de espada y de
tormento,
al hombre, heredador de la vida y la muerte, pero que tú amas
por encima de su rosa negra;
a tí, amamantadora de soldados
o de varones tristes,
a los que el hambre asesinó sobre la piedra fría
y arrastró su corbata de luto como una serpiente en los acantilados;
a tí, hembra de esta tierra, larga como un grito de terror,
respirando ansiosamente me dirijo:

Quiero decirte que a través de milenios de color escarlata,
la vida fue sólo una moneda de cuero para nosotros,
un cráneo helado,
un chorro de pus cayendo desde lo alto de las constelaciones;
para otros la luna era una moneda de oro,
una esterlina

infinita
una pierna de mujer colgada desde la altura.
Tú percibías
sólo sus cavernas glaciales, su rostro de estupor
en tu vivienda desolada,
y era apenas
un cadáver amarillo, un pálido sillón donde soñaban
los poetas idiotas.

Hay ciertas escenas,
ciertas visiones violentamente iluminadas.
Veo

a tu hijo devorado
por la pantera de la fiebre, sus ojos como carbones al anocheecer;
escucho el mugido de su garganta,
fuelle roto en la herrería de la locura;
te levantas,
lo velas, lo cubres entre sollozos, en su lecho llueve
interminablemente como en el postrer invierno de la vida;
tú y tus tizanas querían salvarle (olvidadas, tristes aguas);
veo a tu padre, quebrado, mordiendo el pasado como una almendra

maldita; mirando el crepúsculo -osamente seca, espantapájaros
en el deshielo, torvo, mineral, oscuro-
a tu madre, enterrada antes de tiempo, echando
al mundo un cachorro derrotado, trozo de luz dentro de una botella
negra,
al que comparte tu lecho, y rueda
en las botillerías como un navío de alcohol,
gavilán degollado.

Otras cosas descubro, que no puedo nombrar, porque la boca
se resiste al descalabro del ojo;
la boca tiene vergüenza del ojo y se vuelve a babor y a estribor como
la muerte;
pero yo digo que es hora de acabar con los bailarines
y quemar sus máscaras,
y decir la verdad, nada más que la verdad, como en los antiguos jura-
mentos;
esto se acabará de una vez, mujer de esta tierra
avasallada por las aguas:

te aguarda
otra quimera, otro sol, un original y desconocido lenguaje;
un ángel carmesí reemplazará al ángel negro;
pero antes hay que arrojar
a los perros del valle, arrastrarlos más allá de la última puerta;
o a los museos, como cuajos de sangre o trajes
aterradoramente vacíos;
al que sorbió tu médula,
y azotó a tu padre y desvencijó a tu amante;
para eso pido tus manos, tus fuertes, hermosas, acongojadas manos;
manos acariciantes, que ahora evoco para más grandes decisiones;
todo debe cambiar en esta primavera, y tú, hermana mía, guardas tu
veredicto como un topacio ardiente;
de pie en las altas torres te aguardamos, agitando pañuelos,
haciéndote señas con objetos queridos;
señales que tú y yo comprendemos, en medio del trueno y las tem-
pestades.

Un día podrás dormir como una diosa de la especie humana,
y parir hombres omnipresentes, ídolos de pecho ancho como ignoradas
praderas;
hasta entonces, te digo, amiga, hasta entonces, y sonrío como Neptuno
debajo del mar, alborotando este oleaje, una hora antes de la
tormenta.



PARA LIBIA UNA ORQUIDEA ROJA

LEYENDA DE LAS CIUDADES ENTERRADAS

A la orilla

del cosmos

norafricano

enfrentas al mar ilustre

de las navegaciones,

todavía con olor a sándalo,

a sueños nacidos en el estupor oscuro de la memoria.

Claro oleaje

acuna

tus ciudades

decapitadas

ciudades enterradas con los pies desnudos, evocando

constelaciones, fauces ignoradas,

doncellas de alabastro en las ruelas del olvido.

Tu corazón

sobrevivió a los augurios y las devastaciones.

¡El tiempo,

y aquellas utopías de lotófagos

o civilización de atlantes,

el desierto

sepultando tu arqueología,

un mar más hondo que la muerte.

*Pero el traje de tus mujeres envolvió el cuerpo
quemante de Minerva.*

Madre de Reses

te llamaron los augures,

y tu nombre es de mujer dice la conturbada leyenda.

En el principio

las aguas del cielo
inundaron tu esmeralda,
después la arena, su dragón inexorable,
la arena buscando el camino
• del mar.

Quemó tus pastos,
y tu sueño se sumergió en el polvo
fino,
como hembra que se rinde
al beso del centurión, envuelto en aceite solar
y terrible cuero.

Aristóteles te dispensó
su asombro.

Pero fuiste devastada
en el tiempo irascible: fenicios -bronce, púrpura, boca quemada-
griegos de mármol frío,

romanos
o turcos de incuria amarilla hollaron tu corazón,
tu fuerte corazón de granada
que prevaleció contra el diseño.

EL CORAN

Entre códigos y visiones y blancas neblinas
descendió sobre tí el gran

segmento
coránico, infundiendo normas
y aquel estilo
desértico, ancho como el vuelo
del halcón.

Mahoma, el Angel Profundo,
definió tu estirpe y un nuevo
resplandor
tembló bajo los estandartes.

Por sino arcaico, o quizá
por intrínseca oniromancia,
la arabidad se alzó por sobre los presagios,
y el Islam te abrasó en el incendio

místico
del Magreb y el Africa Negra.

INFANCIA DEL HEROE

Un pequeño

beduino

camina

leguas de luz para aprender ciertas palabras.

La palabra honor, por ejemplo.

Su nombre

es MOHAMMAR.

El destino de su tierra

era oscuro como el café.

Amargo como la aceituna

que no cae del árbol.

Sólo carneros de sombra había

sobre los pastos, bebiendo el agua que caía

de la espalda de la noche.

Al fondo de su carpa, en Abu-Madi, qué extrañas
consejas:

el monstruo derrotado por los caballeros

de la luna blanca, y aquellos

MUJAHIDIN, de sangre tan roja

como la rosa mordida

por el amor

la última tarde.

Sólo el silencio

invadía tu corazón, niño árabe de ojos profundos,

envuelto en tu túnica de madreperla

fría.

LOS AÑOS OSCUROS

El tiempo

extinguió sus mariposas.

El tiempo oscuro del gladiador insomne de Trípoli o Cirenaica,

y aquella conjura contra un rey sepultado

bajo su propia alma.

¡Cuánta devoción!

de asceta, cuántos gallos tuvieron que cantar

para que llegara el canto libre.

Sólo estaban

la orfandad, aquella cólera silenciosa
en medio del naufragio.

Y otro sueño, como el de la primera
mujer, PALESTINA,

garza blanca en el festín
de los buitres. Talismán bravío.

Ella,

la asesinada,

la inmolada,

desgarró tu corazón, joven capitán
africano, y sollozó tu corazón
cada vez

que se asomó

la aurora.

EL LIBRO

Desde la raíz
más acerba de los helechos,
el hombre trae las muelas despedazadas.
Sólo dolor hay para el proscrito,
hiedra para el que cae en los dientes de la noche.

Alguien trasiega entonces

la tarde luminosa.

¿Por qué buscas a Dios en los guijarros?

Nadie antes de tí, pueblo mío, dijiste.

La rosa

calcinada de tus ojos
será de nuevo luz, roca marina.

Nunca

más llorarás por el amor perdido, ni serás
degradado

o escupido.

Y escribiste un Libro,

verde como la hoja

que cubrió a la primera mujer.

Un libro de cereal puro,

abeja de pasión en el coral rojo de la tarde,

o escritura

de carnes abiertas

para el alma

escarnecida,

antigua como la palabra amor
o como ponerse a llorar a la orilla
del agua.

Un libro que descubre el tercer ojo,
el tercer diente del día,
cuando la luz baja sobre su propia sombra.

Aunque saliste del topacio de la noche,
te llaman asesino,

pero inauguras abecedarios
en la antigua heredad,
mariposas de oro

que tiemblan como el rocío
en los labios resecos de la muerte.

LA NACION ARABE

Caen en la cólera, en el rencor a veces.

¡Sus ángeles dispersos!

¡La Gran Nación!

Y tu clamor, Libia, en la mansión
desolada, desafiando al Asno Rubio,
sola

como torre en la tormenta,
porque en los hornos abatidos de la noche
cae lluvia salvaje,
y la pupila no puede percibir su propio ojo.

El tigre en el ramaje,
y la ganadería

temblando
como animales de ceniza entre la sed y el agua.

DESDE AMERICA

Desde esta orilla,

cargado

*de ancestros y sangre apasionada,
de hechizos y antiguas sombras,
represento el dolor del perraje de América.
El viento enciende aún mi corazón original y bárbaro.
Amo la flor aunque me falte al agua.
Aquí*

enterré

a mi padre,

*la madre que abandonó los cedros
para volverse polvo, luz ignorada.
Me dejaron*

sus huesos

y este sudor aciago

en que transformo mi escritura.

*Te canto, Libia, con mi voz de desterrado,
esta canción de los mendigos,
de los desheredados,*

de los desaparecidos

*en el jardín alucinado de la muerte,
de aquellos a quienes cortaron la lengua durante la noche,
de los vaticinadores, de las putas tristes
que beben ron a la hora en que sollozan
los pájaros.*

*Desde aquí proclamo
tu potestad, tu internacionalismo sagaz que sube
a la roca más alta, y esos ojos que buscan
a Dios, irreparablemente.*

*En el nombre de América devoro
este puñado de sal,
me lleno de tabaco la lengua.*

Pero escucho,

*en lo oscuro y tenaz, un costillar que se raja en la tormenta,
a alguien que hace preguntas como HASTA CUANDO y POR QUE
en tanto*

*los ojos gotean sangre
en un ánfora negra como el ultraje.*

AGONIA Y ESPERANZA

Humo

*y dolor
hay en los huertos en que crece la muerte
como un rosal.*

*Desde este limo de orquídeas,
de cerviz enterrada, sin embargo,
surgen ahora rostros, bocas de perplejidad hiriente,
gallos en la pubertad*

*arma al brazo,
para reivindicar la vida en medio del asombro
que gime entre los robles*

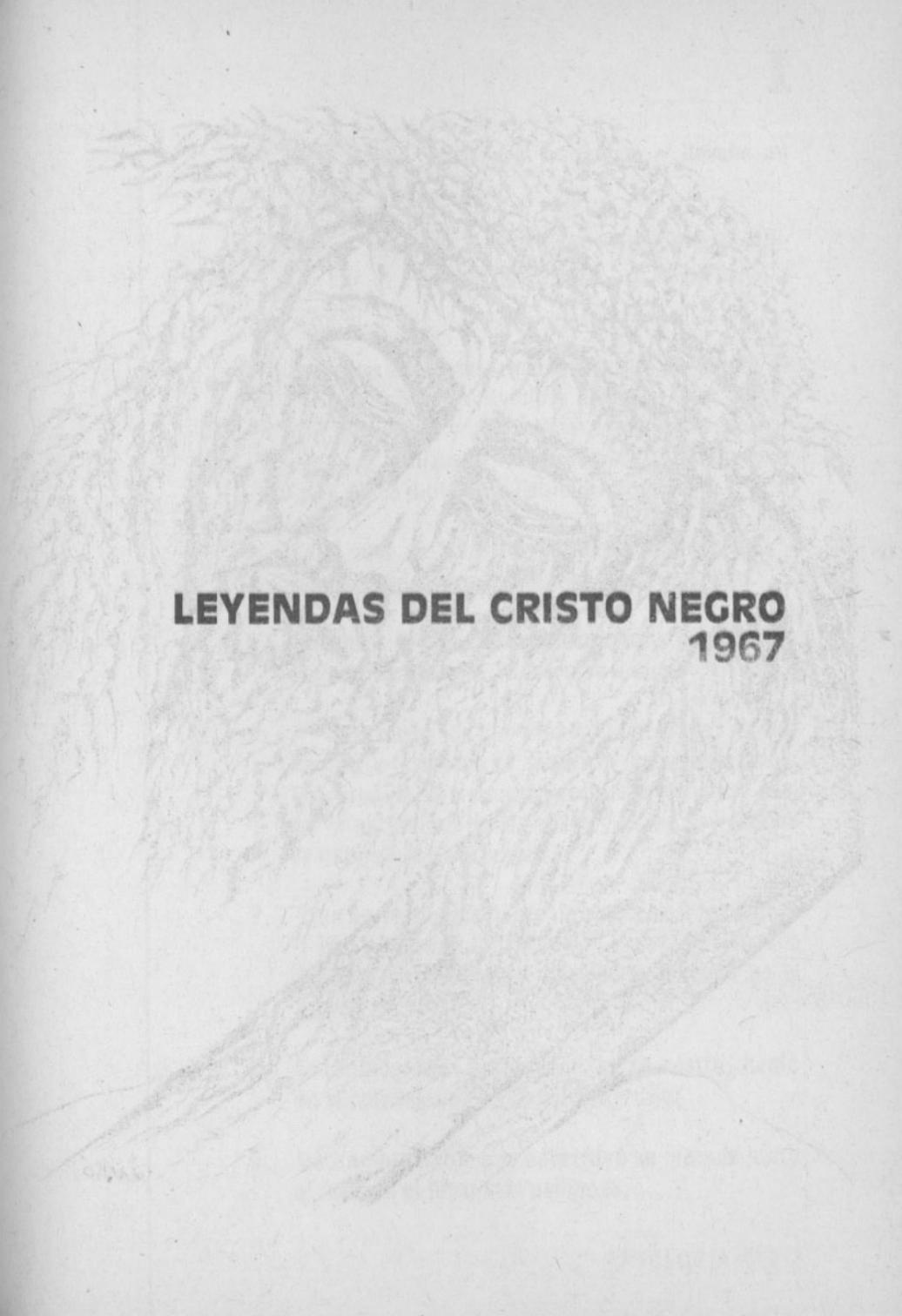
*de América
y recobrar la perdida majestad del hombre libre.*

Recojo entonces

*estos saldos rotos en los vasos del amor y del miedo,
e irguiéndome
sobre leyendas y terrores, como ojos de tanto llorar,
yo te saludo*

*tierra africana, antes que aparezca
el sol, y rescatemos*

*la luz que robaron al corazón
en la noche glacial de los testigos sin memoria.*



LEYENDAS DEL CRISTO NEGRO
1967



Lukó

CAMINABA Jesús por la ciudad, y llevaba un gran martillo.

2. Y uno había en medio de la turba, el cual dijo: He ahí a! Hijo del Carpintero. Y le pellizcó la mejilla.
3. Entonces Jesús descargó el martillo en medio de su rostro. Y enfrentando a la turba, dijo: Varón soy de verdad y de justicia, mas antaño fui golpeado y pellizcado muchas veces. Y como viese unos niños junto a él, habló diciendo:
4. Cada uno de estos pequeños de grandes ojos y pies desnudos, necesitará mañana un martillo.
5. Entonces la plebe, y los borrachos y las prostitutas vestidas de rojo, rodearon a Jesús.
6. Y una mujer de grandes labios, díjole: ¿ Has venido a predicar la violencia ? Replicó Jesús: No predico la violencia, porque la violencia está en la naturaleza de las cosas, y yo no soy ajeno a la naturaleza de las cosas.
7. Y un borracho que había muerto a su hijo, clamó: ¡ Hablas verdad, oh extraño ! He ahí que anoche escuché el canto rojo del vino, y muerto he al hijo de mi corazón.
8. Entonces Jesús, escupiendo en su rostro, habló en el lenguajes de las parábolas y dijo:
9. Un hombre había que construyó su morada junto al mar, en el lugar más peligroso.

10. Y el tifón, y los animales del mar entraron en su morada. Mas él decía: ¿Es mi culpa que el viento y las bestias del mar se asienten en mi casa?
11. Y dormía en el umbral de la casa, y holgábase en ella con las hijas de los pescadores.
12. Mas la sal y la muerte habían invadido el aire de la casa.
13. Y los días del hombre fueron contados.
14. Por lo cual os digo que aquél que buscare el peligro, lo hallará, y aquél que caminare por entre pantanos perderá la vida.
15. Oído lo cual, el borracho comenzó a azotar su rostro contra las piedras.
16. Entonces uno de la turba dijo: Homicida es, y quería arrastrarle ante los jueces.
17. Dícele Jesús: Desde la matriz de tu madre vienes cargado de culpas. ¿Cómo juzgarás a tu hermano?
18. De verdad, de verdad te digo, que para este oficio de perseguidor de hombres necesitas nacer dos veces.
19. Porque entre el perseguidor y el perseguido, ¿qué hay sino la letra muerta?
20. Diciendo lo cual, Jesús fué por el camino. Y ninguno se atrevió a seguirle.

- HE AHI que un varón cargado de púrpura caminaba a grandes pasos, empujando a la multitud.
2. Dícele Jesús: ¿ De qué reino eres ? ¿ De qué principado de Oriente ?
 3. Mas el varón caminaba sin oírle, y Jesús iba descalzo. El cual dijo:
 4. De cierto, de cierto, los días de tu reino están contados.
 5. Volvióse el varón cubierto de púrpura, sus ojos como llamaradas. Soy Príncipe de la Iglesia, dijo. Y pisando el pie descalzo de Jesús, alzó su voz diciendo: Nada hay en común entre nosotros.
 6. Y sacando de su pecho una gran cruz, hecha del madero del olivo, clamó: Por este Crucificado, ¡ apártate ! ¿ Por qué ensucias el polvo del camino ?
 7. Más de pronto su mano comenzó a secarse; desprendióse de su cuerpo como piedra estreme-cida. Y hubo expectación entre las gentes.
 8. Y como la cruz yaciera entre los pies de la turba, dijo Jesús: Al polvo vuelve, del que no debió salir jamás.
 9. Porque, ciertamente, un día estuve loco, y ascendí a la cruz, y armé la mano de Longino. Envié a mis hermanos al Circo, y fueron devorados.

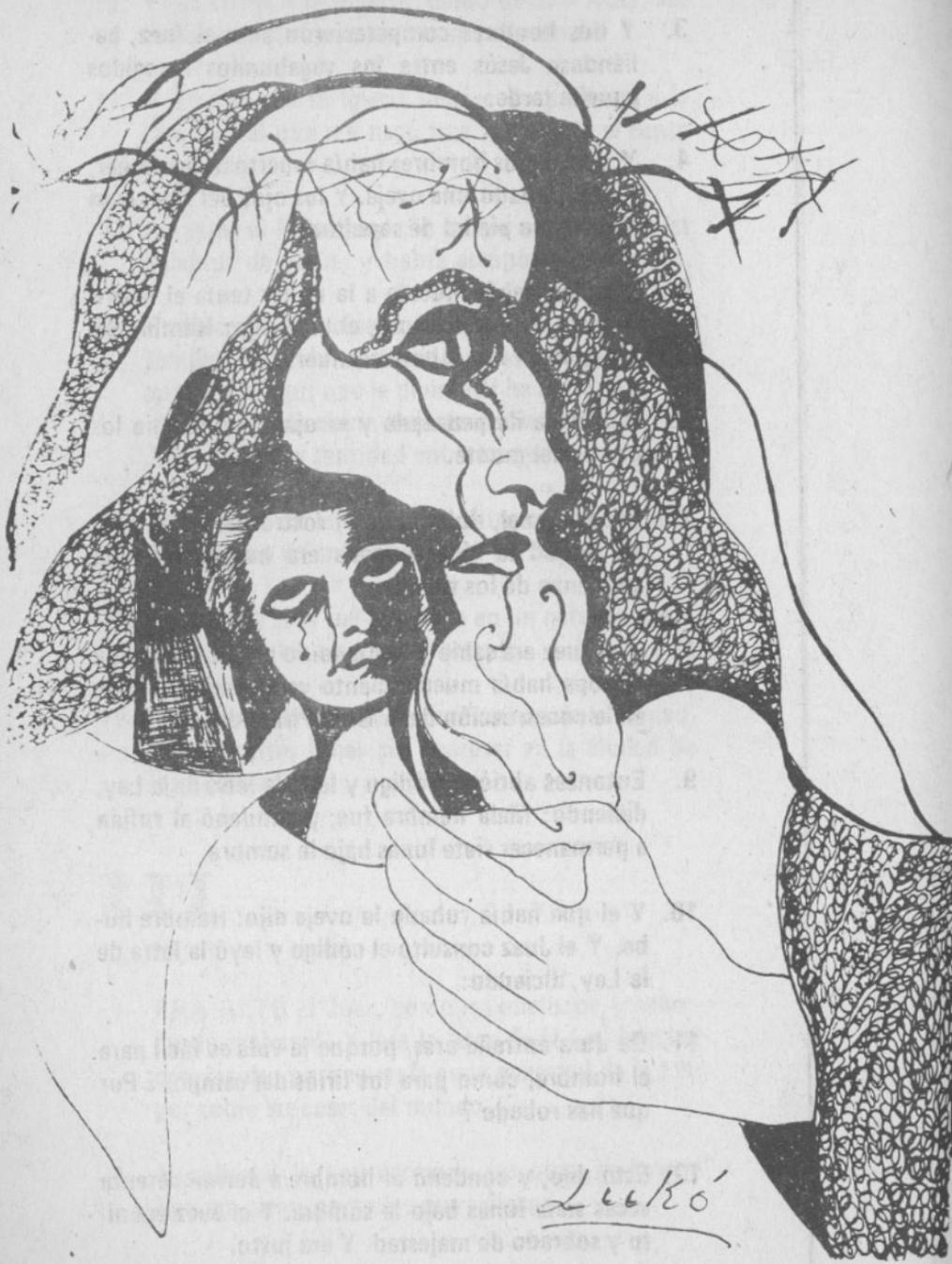
10. Y los arrojé a la muerte, como César o Atila: sus cadáveres apestaron los caminos de Roma.
11. Y he ahí que la iglesia llenóse de púrpura, a la sombra del que me negó tres veces bajo el canto del gallo.
12. Empero, el Príncipe de la Iglesia no entendía las palabras de Jesús, y había estupor en su rostro.
13. Entonces el Príncipe de la Iglesia se encaminó al templo, llevando su mano seca, y diciendo a gran voz: ¡ He aquí que la divinidad ha entrado en mi mano y secóla como hoja en el cierzo de otoño !
¡ Milagro es, y santidad entre las gentes !
14. El Príncipe de la iglesia fue entonces santificado, y echaron a volar las campanas del templo.
15. Y su mano seca fue guardada en un cofre y custodiada entre los tesoros del templo.
16. Mas Jesús fue apedreado en la plaza de la ciudad, y estuvo tres lunas sin aparecer en la ciudad de los hombres.

III

ERA ALTO el Juez, como los obeliscos, y sobrado de majestad. Y leía la letra de la Ley hasta el crepúsculo, porque creía en la majestad de la Ley por sobre las cosas del mundo.

2. Y aplicaba la Ley cerrando los ojos, porque la Ley era ciega, como los murciélagos.

3. Y dos hombres comparecieron ante el Juez, hallándose Jesús entre los vagabundos recogidos aquella tarde.
4. Y uno de los hombres había muerto a una mujer, y otro robado una oveja. Y los ojos del Juez eran fríos como piedra de sepultura.
5. Y quien había muerto a la mujer tenía el rostro morado de los rufianes, el cual dijo: Hembra de fornicación fue. Ahora es muerta.
6. Y habíala despedazado y arrojado su carne a los perros del monte.
7. Oído lo cual, dulcificóse el rostro del Juez, pues en verdad la vida humana era barata desde el comienzo de los tiempos.
8. Y el Juez era sabio y había leído en los libros que Cheops había muerto ciento veinte mil hombres en la construcción de la Gran Pirámide.
9. Entonces abrió el Código y leyó la letra de la Ley, diciendo: Mala hembra fue; y condenó al rufián a permanecer siete lunas bajo la sombra.
10. Y el que había robado la oveja dijo: Hambre hubo. Y el Juez consultó el código y leyó la letra de la Ley, diciendo:
11. De dura entraña eres, porque la vida es fácil para el hombre, como para los lirios del campo. ¿Por qué has robado ?
12. Esto dijo, y condenó al hombre a dormir setenta veces siete lunas bajo la sombra. Y el Juez era alto y sobrado de majestad. Y era justo.



Lukó

13. Mas el hombre que había robado la oveja lloró en el fondo de su corazón, pues la mirada del Juez aterrábale en gran manera.
14. Entonces Jesús, alzando la voz, dijo: Ciertamente, la Ley de Moisés era más justa.
15. Y el Juez vio que quien así hablaba hallábase entre los vagabundos; y grande ira asomó a su rostro, porque nadie sino él conocía la Ley.
16. Mas, sujetando su lengua, dijo: juzgado serás por la letra de la Ley. A lo que replicó Jesús: y a tí, ¿quién te juzga? Si nadie está por sobre tí en la Gran Ciudad, ¿quién te juzga?
17. Y conocía Jesús que el juez amancebábase con aquellas cuyos hombres había enviado a la sombra por innumerables lunas. Y díjolo.
18. Y los vagabundos miraban a Jesús con estupor, pues era uno de ellos quien así había hablado al Juez de la Gran Ciudad.
19. Se conturbó entonces el rostro del Juez y tornóse negro como piedra de cadalso.
20. Y condenó a los vagabundos de la Gran Ciudad, y a Jesús que estaba con ellos. Mas nadie preguntó a Jesús quién era porque había potestad en sus palabras.
21. Y dijo Jesús: día vendrá en que la Ley será quemada y quemados sus jueces. De cierto, de cierto os digo, que una nueva Ley adviene, en la que el chacal verá reducida su cabeza.

22. Y quienes tuvieren sed de justicia, no morirán de sed, como yeguada en el desierto, mas su voz será oída entre los hombres.
23. Y el que se ensañare en su hermano, más le valiera tornar a la matriz de la que le parió, porque no habrá gruta ni valle que lo esconda.
24. Y dijo al Juez: De verdad te digo, que quien aplicare la Ley ahora, estará muerto para el día de mañana.
25. Entonces palideció el Juez. Y de su boca manó sangre; sus ojos extinguiéronse como velamen quemado.
26. Acontecido lo cual un vagabundo dijo a Jesús: ¡ Tú eres la Ley ! Mas Jesús respondió: No soy la Ley, sino la Vida.
27. Entonces muchos comenzaron a creer en él; mas Jesús echóse en el suelo entre los vagabundos. Y aquella noche no lloró.

IV

ACONTECIO que andando Jesús, encontró a un niño desnudo en la puerta del templo.

2. Su carne estaba seca, y las moscas descendían sobre su piel como lluvia oscura.
3. Y he ahí que un varón de albas vestiduras apareció con un látigo en la mano, diciendo: ¡ Aleja tu podredumbre de la Casa del Señor! Mas el niño estaba dormido, y el sol caía en su rostro.

4. Entonces el varón de albas vestiduras dejó caer el látigo sobre su piel y dijo: ¡Cuán duro menester es cuidar esta Casa ! Y su rostro llenóse de santidad, pues la Gracia del Señor había entrado en su corazón desde la adolescencia.
5. Y los burgueses que entraban al templo volvían el rostro, murmurando: He ahí que está desnudo, y parece un pequeño endemoniado.
6. Y cuando hubieron penetrado en el templo, habló el santo varón diciendo: Bienaventurados los humildes, porque de ellos será el reino de los cielos.
7. Y bienaventurado el generoso, por lo que si tuviere dos trajes, dé uno a su hermano; y si tuviere casa grande compártala; y si tuviere dos zapatos, despréndase de uno, porque es preferible andar cojo que caer en la ira del Dios Justiciero. Y si poseyere mujer hermosa, también compártala; y esto decía porque compartía las mujeres de los burgueses de la Gran Ciudad.
8. Y dijo el santo varón: Aquél que escandalizare a un niño, átese una piedra de tahona, y arrójese en las sombras del mar.
9. Porque quien no se pareciere a un niño, vagará solitario en la tierra, despreciado será, como saco de carbonero.
10. Dijo entonces Jesús, mostrando al niño: ¿ Y éste, quién es ?
11. Respondió el santo varón: Ciertamente, no es un niño. Pues he ahí que los niños son blancos o

rubios como los argáñeles, y éste es sucio de rostro, como los habitantes de la Gehenna.

12. Entonces los burgueses comenzaron a salir del templo, y quisieron escupir al niño oscuro.
13. Mas he ahí que el niño oscuro no estaba ahora en la puerta del templo; en su lugar había otro, cuya piel era como el nardo bajo la luna.
14. Y habiéndose mirado los unos a los otros con estupor, preguntaron a un vagabundo si le había visto. Y dijo el vagabundo: De cierto, había un niño en la puerta del templo, oscuro como los pájaros de la noche, pero he ahí que un hombre triste le tocó en el rostro.
15. Entonces todos corrieron llamando a Jesús, mas no fue hallado en las cercanías del templo.

V

REVELAME el destino, dijo un hombre a Jesús en el pabellón del mercado.

2. Y al abrir su diestra, ésta estaba llena de sombras, porque su corazón era sombrío como las mareas. Y la multitud los rodeaba.
3. Señaló entonces Jesús a la parte baja de la ciudad, donde habitan los quirománticos y los augures.
4. Dícele el hombre: A ellos fui. Y había impetrado la gracia de los adivinadores del fuego, y de los astrólogos y gitanos que erraban en el mercado. Mas estaba vacío su corazón.

5. Entonces, dirigiéndose a la multitud, habló Jesús diciendo: ¿Conoceis el pasado? ¿Cómo pues, habréis de conocer lo que vendrá mañana?
6. De cierto, de cierto os digo, el pasado y el porvenir son uno solo, y no es distinto el gallo de vuestros corrales del que cantó en los muros de Jericó el último día.
7. Porque el destino del hombre es como un sueño que recomienza sin cesar, y acaba en la tumba, y un destino es semejante a otro como gotas de agua en la piedra del tiempo.
8. Y como hubiese un niño entre los circunstantes, le mostró diciendo: Claros son sus ojos, como guijarros de río, mas día vendrá en que lloren sobre el polvo de la tierra; sus manos suaves como los lirios, arrancarán un día la entraña de su hermano.
9. Porque, ciertamente, Caín fue niño, y mamó del pecho de su madre, y amó a las zagalas de vientre moreno. Empero, su rostro tornóse duro como cuerno de ciervo en la madrugada.
10. Como el hombre no entendiese las palabras de Jesús, dijo: Maestro, ¿cómo habría de ser yo y otro a un mismo tiempo?
11. Respóndele Jesús: De verdad, eres tú y tus antepasados girando en la misma noria; y eres como acémila que arrastra un carro de generaciones muertas, para morir tu mismo en la noche. Y vendrá entonces tu hijo y tirará del carro, y vendrá el hijo de tu hijo.

12. Y el ojo del niño habíase vuelto opaco, y miraba a Jesús como el ojo de Caín envuelto en tinieblas.
13. Sonríele Jesús, diciendo: ¿ Dónde irá el buey que no are ? ¿ Dónde irá el hombre que no muestre los estigmas del hombre ?
14. Y volviendo a un lado el rostro, dijo: Si viniere de nuevo el Hijo del Hombre, sacrificado será y arrastrado como bestia de acemilero. Escrito está que el hombre sea un devorador del espíritu del hombre.
15. Porque vuestro destino está tallado sobre la piedra, como la huella del animal primitivo en el muro del tiempo.
16. Y la lengua de Jesús era difícil, porque hablaba en imágenes, como los poetas.
17. Conmovióse el hombre y dijo: ¿ Cómo puedo cambiar mi destino ? No maté, no robé, no fornicué con las hijas de la ciudad.
18. Respondióle Jesús: Te fuera más fácil romper el hueso de un rinoceronte que cortar el hilo de tu destino, pues el hombre no es amo de su destino, sino su esclavo.
19. Mas adviene el día en que cambien los tiempos, y los hechos de los tiempos, y los hechos de los hechos de los tiempos, y el hombre será como trigo nuevo.
20. Porque, ciertamente, un día el hombre estallará como vino fermentado en bota vieja; su voz resonará como el canto del trueno.

21. Entonces el hombre cayó de rodillas, diciendo: Señor, Señor, dignate mostrarme ese día.
22. Dijo Jesús: Le verás, como yo veo éste. El espíritu del hombre es largo como un puente que marca el fin de un camino y el comienzo de otro.
23. Iluminóse el rostro del hombre, el cual tomando la cabeza de Jesús, clamó a gran voz: ¡ Maestro, de verdad, de verdad, tú eres un puente !
24. Respondió Jesús: A fe de vagabundo que sí, y generaciones pasaron sobre mis lomos, mas heme yo mismo al otro lado del mundo.
25. Entonces Jesús salió por la puerta del mercado, pues era ya la hora de nona; y sólo un hombre le seguía.

VI

UNA PECADORA fue traída ante Jesús, la cual había fornicado con los hijos de la Ciudad.

2. Y habiendo sido besada por muchos varones, vivía en los extramuros de la Ciudad, en el Barrio de los Leprosos.
3. Y un anciano que la arrastraba por los cabellos, exclamó diciendo: Emporcó nuestra ciudad con sus iniquidades y avergonzó a nuestras mujeres; destruyó la virilidad de nuestros hijos.
4. Los cuales declararon ante la multitud: Abrió sus piernas en el albañal, y echó arena en nues-

- tros ojos; quemó nuestra sangre, como hoguera arrojada entre la seda de los bailarines.
5. Entonces la turba pidió que la mujer fuera lapidada, que era el castigo destinado a las meretrices.
 6. Y la turba aullaba en medio de gran júbilo.
 7. Alzóse entonces Jesús, diciendo: Bebisteis del pozo, y ahora lo cegáis, hijos de puta.
 8. ¿Quién hendió su entraña sino vosotros? Sólo recogéis el veneno que derramasteis en la copa.
 9. ¿Quién de vosotros, hijos de la turba, no entró en ella y se holgó en sus pechos?
 10. Entonces los hijos de la turba bajaron los ojos, y escucharon en silencio a Jesús.
 11. El cual, hablando a un anciano, que había cogido una piedra, dijo: Tú, que arrojas piedras hogaño, ¿no cabalgaste sobre su madre antaño?
 12. Y el anciano recordó que había cabalgado sobre la madre de la mujer en su juventud, quien había vivido en los extramuros, como su madre, y la madre de su madre, y la madre de la madre de su madre.
 13. Bajó el anciano los ojos conturbados. Dijo entonces Jesús: Corrompisteis el tronco, y ahora escupis sobre el fruto. Bebisteis la miel y vomitais acíbar.
 14. Oído lo cual uno de la turba dijo: No forniqué con ella, ni con su madre, ni con la madre de su

madre; no me eché sobre su piel, he aquí que arrojé la primera piedra.

15. Replicóle Jesús: No hay piedra que arrojes que no golpee tu frente. Porque, de verdad te digo, no ha nacido aún quien pueda tirar la primera piedra.
16. Porque quien lo hiciere, ensuciará su mano: he ahí el comienzo de su iniquidad.
17. Y aquél que dijere: Soy puro, será impuro por su misma pureza, porque humilla a la especie.
18. Sólo quien reconoce su estigma será limpio, porque él buscará el lavadero.
19. Y habiéndose alejado de la multitud, uno de la plebe quiso agredirle. Dícele Jesús: Mi sangre no te limpiará. Y tomando a la mujer, púsola ante la turba diciendo:
20. Antes será ella limpia que cualquiera de vosotros, pues no esconde su pecado. Porque ¿quién encontrará la verdad ? ¿ El que camina en medio del fango, o aquél que enloda la suela de sus calzas, y dice: fango es, y destruirá el cuero de mis calzas ?
21. Quien caminar en medio del fango sufrirá náuseas, mas, de cierto os digo, que sólo el que sufre náuseas hallará la verdad.
22. La verdad está más allá del último camino, y aquél que sólo bebiere vinagre no conocerá el sabor de la hiel.

23. Y habiéndose acercado Jesús a la mujer, la besó en los ojos. Después de lo cual entró por la puerta del cementerio, donde durmió aquella noche.

VII

ERA LA VISPERA de Navidad y Jesús había descendido de los cerros. Y he ahí que la ciudad estaba llena de luces encendidas por los gentiles.

2. Y un hombre cubierto de harapos huía de la multitud, la cual daba voces, diciendo: ¡Al ladrón! ¡Vive Dios! ¡Echadle mano!

3. Y la multitud corría en la víspera de Navidad y había gran algazara.

4. Púsose entonces Jesús delante del hombre y dijo: ¿Temes que la tierra acabe bajo tus pies que corres de aquesta manera?

5. Detúvose el ladrón, y quienes le seguían cubriéronle de escupitajos y golpes el rostro, porque era la fiesta del Señor y el robo estaba prohibido.

6. Y de entre los harapos del hombre cayó un pan, que era el pan de Navidad que preparan en la fiesta del Señor, y en su corazón había espanto.

7. Y como estuviese humillado, levantóle Jesús, diciendo: ¿De qué le acusáis? Y la multitud mostrando el pan, replicó: Ladrón es, y hoy es el día del Señor. ¡Castigadle!

8. Preguntó entonces Jesús al ladrón: ¿Por qué has robado? Y como guardase silencio, vio que el costillar de su cuerpo era delgado como el costillar de la muerte.
9. Y quienes le perseguían eran gruesos, como gansos cebados o marsopas.
10. Y dijo Jesús: ¿Quién es el dueño de ese pan? Aquel es, replicáronle. Y mostraron a un varón de ancho pecho, que era el burgués de la Ciudad, el cual era rico por sobre todos los mortales de la Ciudad.
11. Dijo entonces Jesús: ¿Por qué robaste sólo un pan? Y las gentes mirábanle sin comprender. Mas, volviéndose Jesús al burgués de la Ciudad, dijo: De verdad, de verdad, ningún hombre de pecho tan ancho entrará en el reino de los cielos.
12. Entonces uno de la multitud le apostrofó, diciendo: ¿Predicas el asalto a la propiedad? Y respondió Jesús: Con dos manos le parió su madre, ¿por qué tiene por cien? Y mostrando al ladrón: Este nació con dos y nada tiene.
13. Y otro inquirió a Jesús: ¿Quién eres? Y respondió Jesús: Antaño prediqué entre pecadores, viví con prostitutas y vagabundos.
14. Creyeron entonces que Jesús estaba loco y quisieron apedrearle.
15. Preguntó entonces Jesús al ladrón: Hermano, ¿dónde vives? Y el ladrón extendió su mano, y señaló las aguas negras del río bajo el puente.

16. Porque el hombre vivía solo, y era solitario como los muertos.
17. Dícele entonces Jesús: Yo también estoy solo en esta noche; tú y yo celebraremos la Navidad juntos.
18. Dicho lo cual, Jesús y el ladrón descendieron al lecho del río y celebraron la Navidad juntos.
19. Y aquella noche el ladrón lloró.

VIII

ACONTECIO que andando Jesús vio a una mujer vestida de rojo; y tenía los ojos pintados como las mujeres egipcias. Y estaba desnuda hasta los muslos.

2. Miróla entonces Jesús, y dijo: ¿Qué haces, mujer, vestida de rojo en el umbral de tu casa? Y Jesús era alto, y oscuro de tez y de miembros bien formados.
3. Entonces la mujer posó en Jesús los ojos y amó a Jesús.
4. Y Jesús pensó en su corazón: A otra como ésta amé en otro tiempo, y Magdalena era su nombre. Su trenza era oscura, como cuervo en noche cerrada.
5. Entonces Jesús entró en la casa y estuvo con la mujer, y amóla.

6. Y apareció hermosa en su desnudez. Sus pechos húmedos, como el belfo del lobo nuevo.
7. Y como viese un crucifijo en el muro, dijo Jesús: ¿Por qué le tienes?
8. Mi aliado es, dijo la mujer. Y al pie del crucifijo había un ánfora donde la mujer guardaba el dinero de su pecado.
9. Entonces Jesús, volviendo el crucifijo contra el muro, dijo: De verdad, de verdad, a éste no le conozco.
10. Y habiéndolo dicho tres veces, escuchó el canto del gallo, y extrañó a Pedro.
11. Y la mujer arrodillóse ante el crucifijo, invocando a los Hombres de la Noche.
12. Mas he ahí que de pronto entró un hombre armado, diciendo: ¡Hembra mía es! ¡Dinero mío! Y tenía el rostro de los rufianes.
13. Mas Jesús mostrando a la mujer dijo: Con su cuerpo lo ha ganado. Y el rufián levantó el arma contra Jesús, el cual permaneció inmóvil.
14. He muerto una vez antes de que tú nacieras, dijo entonces Jesús.
15. Y tomando el dinero, lo dividió en dos partes, diciendo: A César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios. Y habiendo entregado al rufián la mitad de las monedas, puso la otra parte al pie del crucifijo. Y mostrándole, dijo al rufián: He ahí a tu aliado.



Lukó

16. Creyéndole loco, el rufián interpeló a Jesús: ¿De qué ciudad eres? Porque la lengua de Jesús era extraña, mas éste permaneció con la boca cerrada.
17. Y preguntó la mujer: Ciertamente, ¿quién eres?
18. Pero en el rostro de Jesús había gran tristeza, y volvióse y no dijo palabra.

IX

VAGABA Jesús en la noche del sábado. Y he ahí que escuchó el clamor de una turba que bajaba a la ciudad, arrastrando a un endemoniado.

2. El cual, viendo a Jesús, echóse entre las piedras, clamando: ¡Maestro, a tí he venido!
3. Su vientre desnudo estaba cubierto de grandes gusanos, oscuros como langostas.
4. Y mostrándoles, dijo: Son los sentimientos de mi corazón que bajaron hasta mi vientre. Porque he ahí que entre mi vientre y mi corazón no hay muralla.
5. Castigábale entonces la multitud por sus pecados, hendiéndole el rostro. Y los sacerdotes estaban a la cabeza de la turba como mulos enjaezados.
6. Y el oro de sus vestiduras y el unguento de sus axilas producían gran admiración entre la plebe.

7. Y los sacerdotes la azuzaban, diciendo: ¡Herídele!
8. Entonces Jesús tocó al endemoniado. — ¿Por qué le herís? -dijo-. Limpio es por la mano que le ha tocado.
9. Ocurrido lo cual los sacerdotes celebraron conciliábulo, y preguntaron entre sí: ¿Quién es éste?
10. Y la turba había traído piedras negras del río. Y uno había, de nombre Barrabás, el cual sostenía un bloque de granito.
11. Dícele Jesús: ¿Tánto trabajo te das para aplastar la cabeza de tu hermano?
12. Quebrantáronse entonces los brazos de Barrabás, y la piedra precipitóse sobre su rostro.
13. Y habiendo acertado a pasar un hato de cerdos, hablóles Jesús de esta manera: ¡Cómo! ¿No vais vosotros también vestidos de brocato? Y los sacerdotes mirábanse unos a otros sin entender palabra.
14. Mas, mostrando al endemoniado, conminaron a Jesús a que le entregara. Y el endemoniado miraba a Jesús y había pavor en su rostro. Luego dijo: Carne de pecado soy, y estaba humillado en su entraña.
15. Dijo entonces Jesús: Pecador es: él lo dice. Mas, ¿quién de vosotros no ha blasfemado en el templo y defecado en sus altares? ¡Y nada decís, hijos de ramera!

16. Y habiéndose encendido su rostro, bajó los ojos y realizó un prodigio en la noche del sábado.
17. Y he ahí que a la cabeza de la plebe no estaban los príncipes de los sacerdotes, sino siete cerdos portando candelabros de oro.
18. Y estaban ahora cubiertos de brocado, las insignias de oro del templo estremeciéndose sobre sus ijares.
19. Entonces, a una señal de Jesús, el ható se desvió del camino real buscando el estercolero.

X

DIJO EL ESTETA: Creo en la Belleza: es la última verdad del hombre.

2. Respóndele Jesús: Por la verdad fui crucificado entre ladrones y subí al Monte de la Calavera. Empero, tú deambulas por la Ciudad, lampiño como los dioses griegos.
3. Entonces comenzó Jesús a escribir en el asfalto del mercado, y era desconocida su escritura.
4. Y escribía en la lengua de sus mayores, en tanto la multitud caminaba con los pies descalzos sobre la escritura.
5. Conturbóse el Esteta y dijo: Ciertamente, a tí te conozco, mas no conozco estos signos.

6. Replicó Jesús: Quien no conoce estos signos, a mí no me conoce, porque entre los signos y el hombre no hay más distancia que entre un ojo y otro ojo.
7. Y señalando a aquellos que caminaban sobre la escritura, habló diciendo: La escritura que no llevare la huella de la multitud no prevalecerá, mas será como ala de mariposa.
8. Mas la escritura de la multitud no habrá de ser como badajo de mujer pública, sino como viento fuerte del desierto.
9. Pues quien como perra de albañal aúlla, no lleva en sí la multitud, mas lleva escarnio.
10. La multitud huele mal, dijo el Esteta. Replicó Jesús: De verdad, de verdad te digo, que de animales de gran hedor está hecho el unguento de los reyes.
11. Y mostrando a unos hombres desnudos, que parecían endemoniados, dijo: Aquél que despreciare a uno de éstos porque huele mal, a mí me desprecia.
12. Será como sepulcro de albayalde, y un día dormirá en el aire de su sepulcro.
13. Y aquél que buscare la verdad, vagará desesperado sobre la tierra, porque la verdad es difícil como el amor y la muerte.
14. Y habiendo caminado juntos, he ahí que encontraron a un asno muerto.

15. Señalando la boca del asno, dijo entonces Jesús: De cierto te digo, que en este asno muerto hay tanta belleza como en las golondrinas del cielo, o en las rosas de Jericó, la antigua, o en las mujeres que gozó David, mi antepasado.
16. Y aquél que no fuere capaz de encontrar la belleza que duerme en el cuerpo de un asno, cosechador de apariencias es, y sus ojos se secarán antes que su mano.
17. Y el Esteta, riendo entre dientes, dijo: En los establos está la belleza hogaño y ahora pontificas, hijo de los establos, porque en verdad Jesús había nacido en un establo.
18. Respóndele Jesús: Sobre un asno entré en Jerusalén. Hubo quienes entraron en carro de oro, mas polvo son en el polvo del tiempo.
19. Entonces Jesús ensombrecióse y no dijo palabra. Y entrando por la calle de los mendigos, se encaminó hacia los cerros.

XI

EN EL CORRER de los días, Jesús sentóse a la mesa del Anfitrión de la Ciudad.

2. Y era de oro la vajilla, la mantelería traída de más allá del mar.
3. Y junto a Jesús estaban los grandes y los jueces, y los sacerdotes y los escribas con sus mujeres.

4. Y la servidumbre servía con majestad, como en los tiempos antiguos. Cantaba el vino en los corazones.
5. Mas de pronto Jesús apartó de sí los manjares, volcó la copa de vino bermejo y dijo: ¡Llenad la escudilla de vuestros perros!
6. Y alzando la voz, clamó: ¡De cierto, de cierto, hoy beberé un vaso de vinagre!
7. Oído lo cual el Anfitrión tornóse pálido, y dijo: ¿Así pagas mi pan y mi vino?
8. Respóndele Jesús: Dices mi pan y mi vino, y no enrojeces. ¿Quién te dió potestad para que así hables?
9. Entonces los jueces y los escribas, y los grandes de la Ciudad, y los sacerdotes comenzaron a murmurar contra Jesús, y hablaron entre sí diciendo: ¿Quién es éste que así habla?
10. Y dijo Jesús: Uno hubo que del agua trasegó vino, y multiplicó los panes a los ojos de la multitud, y nada guardaba en sus bodegas. Cuanto dio salió de su propia carne.
11. Mas he aquí que vosotros estáis comiendo de los muslos y los brazos de vuestros hermanos.
12. Y el vino rojo que lleváis a vuestros labios, como si fuese la lengua de vuestras mujeres, no es sino el sudor de vuestros hermanos.
13. Y el canto que inicia el vino en vuestros corazones, no es sino el llanto de los que vagan

hambrientos sobre la tierra. Y la tierra está yerma como pecho de viuda.

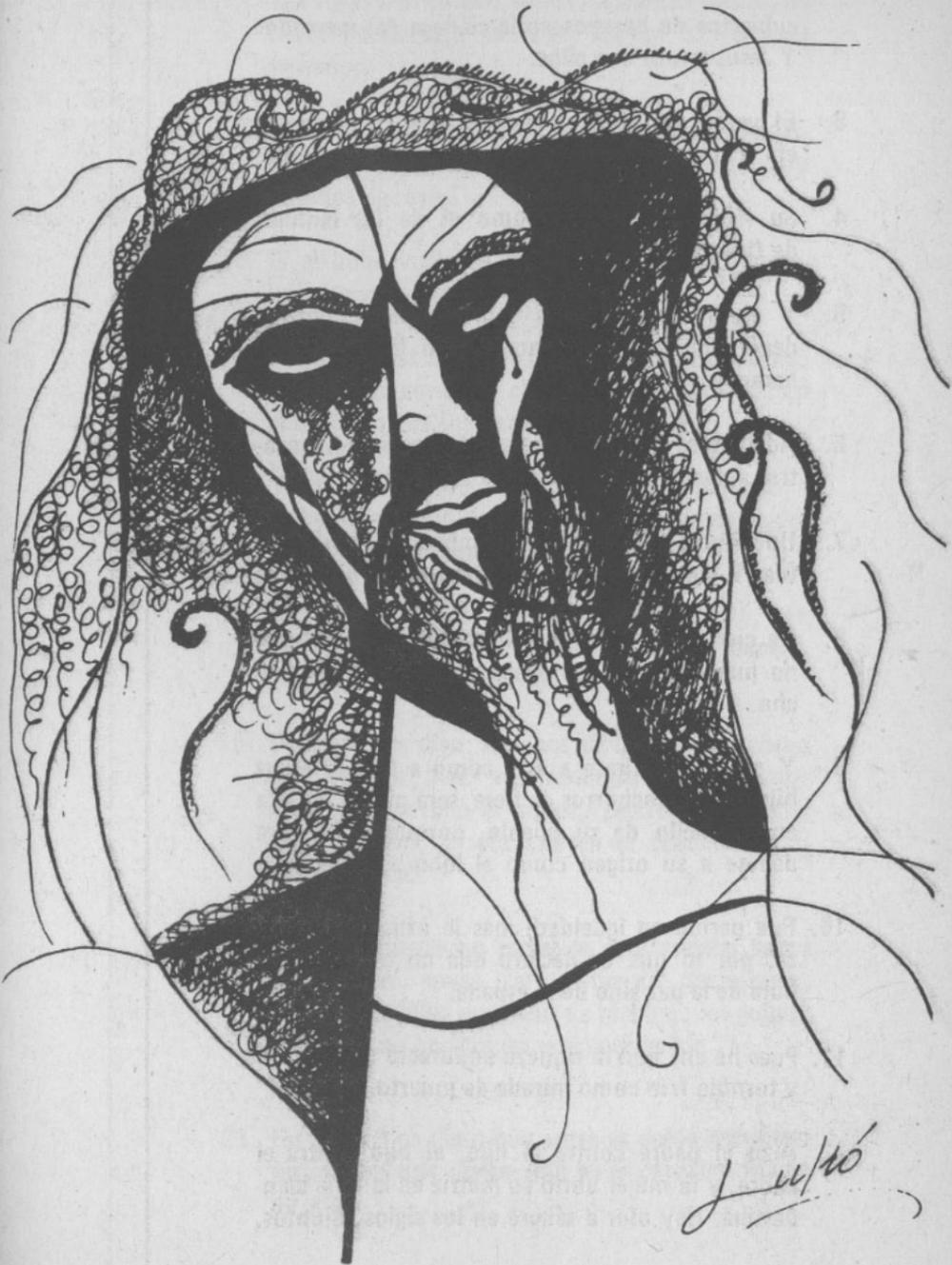
14. Porque la tierra fue hollada con escándalo, y en ella apacentasteis a vuestras queridas.
15. Y los frutos de la tierra, escasos como las aves del cielo durante la tormenta, los llevasteis al mercado como baúl de usurero, y recibíais cien y dabais uno.
16. Y exigíais en tributo un ojo para que así el corazón no se manifestase en la angustia del ojo.
17. Entonces dijo uno a Jesús: ¿No obedecemos la Ley y pagamos diezmos a la Iglesia, y damos dinero a los pobres en el día del Señor?
18. Replicó Jesús: ¡Putos e hipócritas! Hicisteis la Ley del tamaño de vuestras calzas y ahora dormís junto a ella como rameras.
19. ¿Qué podéis dar sino lo que destináis a vuestro estercolero?
20. Mas, de verdad, de verdad, día viene en que el pedir y el dar no ocupen lugar en vuestra lengua.
21. El hombre ha sido robado como hostería de ciego. Vaga desnudo y marcado en el paladar, porque padeció hambre.
22. Mas, ¿Quién que tiene sed de justicia no anda magro por los caminos? La grasa que cubre vuestros cuerpos constituye pecado, porque a costa de otros engrosáis, marsopas.

23. Cuando hubo hablado Jesús, he ahí que un niño irrumpió en la sala del banquete. Y era seco como los espinos.
24. El cual, husmeando los manjares, púsose en cuatro pies y comenzó a aullar como los lobos.
25. Entonces el Anfitrión arrojó al aire un pan, y el niño lo cogió entre los dientes, y comenzó a molerlo como piedra de molino. Y las muelas del niño producían un ruido semejante a la tempestad y a la tierra cuando se abre.
26. Entonces erizáronse los cabellos del Anfitrión, y clamó: ¡Un extraño día se acerca! ¡He ahí que un niño semejante a un molino crece sobre la faz de la tierra!
27. Y el niño comenzó a devorar la mesa y los manjares, y los manteles traídos de ultramar y cuanto había sobre ellos, y sus quijadas eran duras e implacables como la muerte.
28. Y hubo terror entre los circunstantes.

XII

UN VARON patricio subió a la tribuna del mercado, diciendo: Varones y hembras de la ciudad, mi corazón es puro como el oro de mis antepasados. Y extendió los brazos sobre la multitud.

2. Y el varón patricio aspiraba a la primera magistratura entre los magistrados de la Gran Ciudad. Y aquellos a quienes hablaba estaban



cubiertos de harapos en la ciénaga del mercado.
Y Jesús estaba con ellos.

3. El varón vestía albas vestiduras, y su presencia era como el sol en la ciénaga del mercado.
4. Su hablar era dulce, como el de las féminas de Oriente.
5. Y abríanse sus brazos sobre la plebe, porque decía amarla y extasiarse en el hedor de sus harapos.
6. Adelantóse entonces Jesús, diciendo: ¿A nosotros amas? ¡Luego no amas a los tuyos!
7. Uno hubo que amó a los hombres, y sacrificado fue. Y volviéndose a la multitud habló diciendo:
8. De cierto, de cierto, aquél que vive con el león, no puede amar a las ovejas sino para su provecho.
9. Y quien no mirare a éste como a león y a sus hijos como cachorros de fiera, será piedra muerta en el cuello de su pueblo, porque el hombre débese a su origen como el lobo a la manada.
10. Fue parido en igualdad, mas le ofuscó la riqueza, por lo que os declaro que no es llegada la hora de la paz sino de la espada.
11. Pues he ahí que la riqueza endureció su corazón y tornólo frío como mirada de muerto.
12. Alzó al padre contra el hijo, al hijo contra el padre, y la mujer abrió su matriz en la feria clandestina. Hay olor a sangre en los siglos adjuntos.

13. Las rosas del Líbano, ni los ungüentos traídos de tierra de Cartago pudieran limpiar la tierra de su hedor.
14. Y quienes derramaron sangre y echaron hedor, súbense ahora a la tribuna, enjaezados como caballos de reyes.
15. Si el buho vuela en la oscuridad, ¿cómo no habréis de ver en medio del día?
16. Y habló Jesús: Grabad, pues, estas palabras en vuestro corazón; el que no guardare lealtad al lecho en que fue parido, renegado es.
17. Y el que mejorare su comestraje vendiendo a su hermano, hijo de ramera es, aunque su madre fuere mujer honesta.
18. Y el que abjurare o vendiere su veredicto, con sufrimiento morirá, emputecido en gran manera. Pues, ¿cómo resistiréis a la bestia feroz?
19. De cierto os digo: Cuidaos de los que se cubren con vuestra piel, ansalzándoos y llamándoos hermanos, porque la riqueza destrozó la familia en el mundo, y sólo existen el acuchillador y el acuchillado.
20. Y os conjuro a no poner la otra mejilla, como dijo Aquél cuyas carnes fueron desgarradas; vuestras mejillas mudaron de piel bajo los golpes, mas la mano que golpea está encallecida.
21. De verdad os digo, que antes es dable encontrar justicia en una piedra que en el corazón de uno de ellos.

22. Así habló Jesús al pueblo en el Sermón del Mercado.

XIII

HABIENDO transcurrido muchas lunas, Jesús descendió al Valle de los Niños Pobres y caminó sobre su ceniza, y era de noche.

- 2. Y habiendo hundido sus dedos en la ceniza, dijo: Polvo miserable sois. ¿Quién indagará por vosotros?**
- 3. Justo es que el viejo muera, mas he ahí que vosotros fuisteis como aire de la mañana en la boca del horno.**
- 4. Os destrozaron como a torcazas hajo el dedo fuerte del cazador: os quemó el rayo que no discrimina.**
- 5. Grillos de condenado ataron a vuestros pies, como estigma de los tiempos.**
- 6. Y hambre y dolor hubisteis, antes que el vello cubriera vuestro rostro.**
- 7. No conocisteis mujer, ni su misterio húmedo en la noche.**
- 8. Y vosotras, hembras pequeñas, que no fuisteis penetradas, y las que no pudisteis parir y arrasó el viento nocturno.**

9. ¿Dónde están vuestros verdugos? ¿En que holgado lecho echan su flujo de caballos?
10. Mullidas son sus alfombras, grueso el capitel de sus moradas.
11. De rojo y azafrán andan vestidos. ¿Quién los insta por sus crímenes?
12. Vagasteis como espectros. Fueron arrancados los dientes de vuestras encías para que no comierais el pan de sus bodegas.
13. Vuestra lengua fue cercenada a fin de que no hablaseis ni modulaseis ante los hombres; vuestros ojos fueron cegados, para que no reconocierais sus rostros endurecidos como piedra de cantero.
14. Pudisteis ser profetas o guerrilleros, sabios o arqueólogos.
15. Artesanos, poetas, héroes antiguos; aurigas, sudorosos labriegos.
16. Cazadores o navegantes, hombres y mujeres desnudos en la noche.
17. Y habiendo hablado Jesús, entró el sepulturero del Valle que traía un niño muerto. Y habiéndole alzado para arrojarlo en la ceniza, dijo Jesús: ¡Tente, enterrador de hombres!
18. Replicó el enterrador: Mi trabajo es. ¿A dónde irá la carroña?

19. Acercóse entonces Jesús al niño y sopló entre sus ojos, y el niño entreabrió sus ojos. Y dijo Jesús: A fe, enterrador de hombres, dfa se acerca en que ningún hijo de mujer sea enterrado antes de su hora.
20. Porque todo hombre tendrá una hora para la vida y otra para la muerte.
21. La carne que traes al pudridero fue vejada y pignorada su hora para la vida; cortada fue como amarra en el desembarcadero.
22. Y quienes cortaren las amarras, serán cercenados: sus cráneos sonarán como cascajo a orillas de los senderos.
23. Su cuerpo se cubrirá de yeso, y pongo la luz por testigo, y dígo te que todo aquél que llegare al Valle, vendrá llamado por su propio sueño. Ninguno escarbará en su ceniza.
24. No derramarán lágrimas sobre ella, porque el destino del hombre estará cumplido en la faz de la tierra y las aguas.
25. Y habiendo tocado Jesús al niño, éste echó a andar buscando la salida del Valle.
26. Entonces Jesús, escupiendo hacia lo alto, sentóse sobre una piedra y permaneció inmóvil durante cuarenta sombras.

XIV

UN PORDIOSERO lamentábase a gran voz en el bulevar de los gentiles.

2. Y los dedos de sus pies eran deformes, como el maíz reventado en la ceniza.
3. Sus ojos se habían vuelto oscuros, como pájaros muertos, y había mucha adversidad en los estigmas de su rostro.
4. Y el hombre tenía la diestra extendida, como árbol viejo después de la tormenta.
5. Acercándose entonces Jesús golpeó su diestra.
6. ¿Así defiendes tu vida? -pregúntale Jesús-. Y volviéndose, comenzó a mirar una gran piedra, diciendo: A esta piedra hablaré, porque, ciertamente, antes se gastará la boca que el oído sordo.
7. Como el mendigo mostrase la mano tumefacta, la turba comenzó a murmurar contra Jesús, diciendo: Es un mendigo como él ¿por qué le hierre? Y miráronle con ojo torvo.
8. Entonces Jesús provocando a la turba, dijo: ¿No atacáis, corderos?
9. Y como nadie respondiese, clamó: De verdad, de verdad, entrará a mi reino el más hirsuto de la manada antes que la oveja del rebaño, porque mi reino cambió en el agua del tiempo.
10. Porque he ahí que la sal de la tierra fue hollada con escándalo.
11. Y mostrando una multitud que estaba humillada sobre las piedras, dijo: Grandes bestias hollaron el corazón de la multitud, y no hay incienso que ahogue el hedor de sus pisadas.

12. Mirábale la turba sin comprender, y uno que era tuerto, dijo: No hay ahora grandes bestias en la Gran Ciudad.
13. Replicó Jesús: A fe de tuerto que no ves sino la mitad de lo que dices.
14. Aconteció entonces que descendió de su carroza el Jefe de la Gran Ciudad, el cual era grueso, como cetáceo marino, y cuatro mujeres sostenían su vientre y sus muslos.
15. El Jefe de la Gran Ciudad avanzó entonces tapándose las narices y diciendo: Paso, hermanos míos, paso al Jefe de la Gran Ciudad.
16. Y señalando al pordiosero: ¡Cuán hermosos son tus pies, hermano mío!
17. Y poniendo una moneda en su mano, díjole: La paz sea contigo.
18. Y habló el tuerto diciendo: He ahí a un varón justo.
19. Y otro dijo: Ciertamente, su corazón es tan grande como su vientre.
20. Y otro: ¡Bienaventurada la teta de la que succionó cuando niño! ¡Loado quien echó su flujo en los muslos de tu madre! Y la turba cantó un himno, loando al Jefe de la Gran Ciudad.
21. Gritó de pronto Jesús: ¡Sólo legañas hay en vuestros ojos!
22. Cual rameras sois: oís el ruido de la moneda, mas permanecéis sordos al trueno de la tempestad.

23. He ahí que la Gran Bestia ha pasado entre vosotros y no la reconocéis.
24. Entonces uno levantó la voz y dijo: De oro es su corazón. En tu boca hay procacidad y hablas como los profetas negros, oh extraño.
25. Dícele Jesús: El oro fue acaparado por César, y ahora es cuervo anidado en el pecho de los señores. Y como le mirasen con escándalo, entregó un cuchillo al hombre, diciendo: he ahí su pecho, ábrelo.
26. Dijo el hombre: Uno hubo llamado Jesús, y fue muerto. ¿Cómo habría de matar a mi hermano?
27. Respondió Jesús: Tú también estás muerto, pues la mano que no es capaz de herir al tigre carnicero, está seca, como hierba dentro de un sepulcro.
28. Entonces el hombre caminó como dormido, e hirió el pecho del Jefe de la Gran Ciudad.
29. Y como hurgase dentro, preguntó Jesús: ¿Sólo arena hay en ese lavadero?
30. Dijo entonces el hombre: He aquí que algo semejante a una sombra se ha ceñido a mi mano, y mostró un ave negra, como las aves que viajan en la noche.
31. Y dijo Jesús: Maldito el que ve y no cree, pues grandes cosas están ocurriendo en la tierra. Y tomando el ave negra que habitaba en las entrañas del Jefe de la Gran Ciudad, púsola bajo sus pies, diciendo: Aquél que no se alzare contra el amo duro, sólo escribirá su epitafio en la arena.

32. Más le valiera entrar de nuevo en la matriz de la que le parió, escondido de los hombres.
33. Y tocando la mano del mendigo, sanóla, diciendo: Lo que hago, deshago, no por voluntad de mi Padre, sino mía.
34. Y la mano del mendigo resplandeció por primera vez.

XV

UN HOMBRE había en la ciudad del reino, el cual tenía un ojo en la espalda. Y el ojo era grande, como tronera de ciudad muerta.

2. Y era turbio como aquél que acechó a Caín. Y el hombre había hecho mofa de sus hermanos y bebido su sangre en su ánfora negra.
3. Lo cual habíale traído poder y otorgádole potestad sobre otros hombres.
4. Y había levantado pirámides en la ciudad, azotando la carne de sus siervos, y unido las piedras con cal de sus huesos.
5. Y, golpeándose el pecho, había desafiado a la altura, diciendo: Hijo soy de mis obras. Y tenía un carro de oro.
6. Y la multitud congregada empujaba el carro, proclamando: ¡Llor a él! ¡Bienaventurado el látigo que ahate nuestras carnes, pues nuestro pan sale de las axilas del poderoso!

7. Estando Jesús entre ellos, dícele uno: ¿No empujas el carro de nuestro padre?
8. Respóndele Jesús: Veo sólo un ojo en su espalda, enorme como su pecado. ¿Necesita de un carro para arrastrarlo?
9. Entonces un hombre vestido de harapos acercóse al poderoso, diciendo: He aquí que un vagabundo se niega a empujar el carro de nuestro señor.
10. Instado Jesús a que hablase, dijo al poderoso: A fe que si las palabras tuviesen poder, no viajarías en carro de oro. Porque he ahí que los que vagan por los caminos no son esclavos de tu palabra sino de tus hechos.
11. Entonces el hombre poderoso conminó a la plebe a que colgase a Jesús de un madero y lo azotase, y la plebe desgarró sus vestiduras.
12. Y el cuerpo de Jesús era oscuro como valle de sílice.
13. Y dijo al poderoso: Tú también yacerás desnudo en el fondo de tu sepulcro, porque tus ropas serán desgarradas.
14. Y quienes las desgarraren serán aquellos que empujan el carro ahora. Mas tu ojo continuará sobre tu espalda y atormentará tu sueño. Y tu sueño será tan pesado como tu ojo.
15. El poderoso mostró entonces una pirámide que ensombrecía al sol, y dijo: Yo la construí. Es más alta que la de Cheops, y dentro de ella habitarán innumerables hombres.

16. Oído lo cual, Jesús señaló una piedra, diciendo: Anda y levanta esa piedra. Y como no pudiese moverla, dijo Jesús al poderoso:
17. He ahí que no puedes mover una piedra. ¿Cómo, pues, has levantado esa pirámide que oscurece el sol?
18. Y volviéndose a los siervos, dijo: Bebe vuestra sangre, mas vosotros bendecís el mendrugo. Levantáis pirámides y ciudades, y dirá él: Yo las hice. Y vosotros empujáis el carro, ancho como carro de faraón, y desensilláis sus caballos.
19. ¿Acaso no queda vello sobre vuestros testículos? He ahí que con sus labios, suaves como los de una mujer, conmina el trahajo de vuestros brazos.
20. ¡D y destruid el carro y cuanto está dentro de él, pues su propio ojo le acusa!
21. Todo aquél que os escarnece y escarnece a vuestros hijos lleva un ojo en la espalda: por él será reconocido.
22. Mas los siervos pedían que Jesús fuese sacrificado.
23. Jesús entonces huyó hacia la parte baja de la ciudad, en la que vagó desnudo mientras duró la noche.

EN LA PLAZA de la ciudad había una multitud, y en medio de la multitud un hombre cuyo rostro estaba humillado en la tierra.

2. Sobre los lomos había un perro negro, fornicándole, y el hombre permanecía inmóvil como mirada de ciego.
3. Y la multitud azuzaba al perro, y el perro era terriblemente oscuro.
4. Y habiéndose acercado Jesús al hombre, dijo uno de la multitud: ¡Tente, extraño!
5. Detúvose Jesús, diciendo: Hijo de mujer es. ¿Por qué azuzáis sobre sus lomos a un perro?
6. Dijo el hombre: Hay un alacrán en su paladar. Su lengua es como fuego de avispero.
7. Entonces Jesús separó las quijadas del hombre y tiró de su lengua, y he ahí que había un alacrán en su lengua.
8. Y una mujer se apartó de la multitud, diciendo: Virgen soy desde el vientre de la que me parió, más emputeecióme ante los ojos de los hombres.
9. Y otro dijo: Escarnecióme, y mis hijas caminan con el rostro cubierto, como hijas de vergüenza.
10. Y dijo otro: Echó sobre mi el estigma de Sodoma y mostró a su progenie, diciendo: He ahí mi simiente. Y su rostro era duro como el pedernal.

11. Entonces Jesús habló así a la multitud: ¡Vosotros, hijos de la multitud, traed vuestros asnos y vuestros perros! Porque, de verdad, de verdad, la calumnia es como viento de otoño que derriba las hojas.
12. La lengua de la calumnia es cual uña de leopardo que mata sin discernimiento. Podéis defenderos del áspid, mas la lengua envenenada prevalece.
13. La lengua vil está cubierta de rosas, más hay podredumbre en sus resquicios.
14. Muere el calumniador, empero su lengua continúa moviéndose como bastón de pordiosero.
15. Entonces Jesús llamó a los perros de la vecindad, y los azuzó contra el hombre, diciendo: Carne negra es, como vosotros.
16. Y alejándose, sus pasos eran apenas perceptibles sobre la tierra.

XVII

COMPARECIO un anciano ante Jesús y dijo:
Mis cabellos blanquean como pájaros bajo la cal; tempestades cayeron sobre mi vida.

2. Y he ahí que mis muslos, mástiles de velero antaño, hoy son caña sin nudo, maderos carcomidos por innumerables aguas.

3. Quebrantóse mi espalda; ahora busco donde morir, como ave que busca su nido en la tormenta.
4. Y he aquí que el hijo de mi corazón hase tornado contra mí, y se volvió mi enemigo; no acató mi vejez, no sobreseyó mis canas.
5. Irguióse como guerrero; dirigió contra mí su alabarda.
6. Constituyóse en juez de mis actos, en contralor de mis acciones; farfulló ignominia y escorpionnes salieron de su boca.
7. Maldijo la matriz que le parió, y a la que le amamantó rasgó el pecho. Más le valiera haber amamantado víbora.
8. Las lágrimas de la que le parió inundaron los salares. Abrieron brecha bajo sus pies, mas no conmovieron a aquél que guardó en sus entrañas.
9. Por lo que te pregunto: Si racimos da la vid, nueces el nogal, y cada rama el fruto de su especie, ¿por qué entre mi hijo y yo no hay sino abismos?
10. Entonces Jesús, que había escuchado en silencio, dijo: De cierto, abuelo, trastornáronse los signos de los tiempos, y entre tu tiempo y el de tu hijo hay mucha niebla.
11. Y entre tú y aquél que engendraste, hogaño hay flujo de muertos y grandes soledades: en tu llavero no hay llave que abra su puerta.

12. Su morada ahora es cueva donde se esconde la leonada, y hanse tornado peligrosos los caminos.
13. Y dígotte que el tiempo que le separa de tí es más grande que el que hay entre tú y Ameno-phís, o los cantores ciegos del mundo antiguo.
14. El árbol se cansó de dar su propio fruto; llegado es el día en que el nogal no dará nueces, ni la vid racimos, ni el hombre engendrará a sus hijos sino a sus enemigos.
15. El destino del hombre fue interpuesto; quedó como agua detenida.
16. Una piedra ha sido arrojada en el pozo, agitóronse sus aguas. Así el hombre ha sido golpeado y puesto contra el muro para que despierte.
17. Porque tú y tu padre, y el padre de tu padre, y cuantos advinieron antes que tú, vagaron como vacunos sobre la tierra. Antepusieron su vientre a su corazón y su memoria se llenó de sangre.
18. Y ahora tu hijo se alejó de tí: ambula como loco buscando su estrella. Porque, ¿quién apagó el cielo sino tú? ¿quién le puso lejos sino tú?
19. De verdad, de verdad, escribiré en la piedra: Mi hijo es sólo aquél capaz de ser mi enemigo.
20. Sólo quien me destruye es digno de mí, porque él me reconstruye.
21. Reconoceré a mi hijo en aquél que abomina de mí. Seguiré a quien me persigue.

22. Dijo el hombre: ¿Cómo habré de seguir a mi hijo? Y respondió Jesús: El que no es capaz de ser hijo de su hijo, sólo obstruirá el camino.
23. El hijo no seguirá al padre, mas el padre al hijo. ¿Cómo habrá de ir el día en pos de la noche?
24. Yo rasgué mi vestido ante mi padre, y entre él y yo no hay sino guerra.
25. Y aquél que no fuere guerrero ante su padre, será su esclavo; en el lecho de varón y de mujer antaño hubo ruido de cadenas.
26. Busca a tu hijo y tráele. Pon tu mano en su mano y échate al camino.
27. Dijo el hombre: No podré seguirle. Mis ojos miran hacia el nadir, mis pasos están contados en la tierra.
28. Replicó Jesús: Aunque te quedare solo un paso, tuyo es. Mas, de verdad, de verdad, el pasado es más duro de romper que un diente con la lengua.
29. Entonces el hombre puso su rostro en tierra y comenzó a llorar.
30. Y Jesús estuvo triste aquella tarde.

XVIII

ACONTECIO que en el correr de los días un hombre tuvo una visión.

2. Un pozo negro atravesaba los abismos de un lado a otro de la tierra.
3. Y en el fondo del pozo había un rostro que inquietaba su corazón, y el rostro estaba cubierto de sangre.
4. Y dijo el hombre en su corazón: De cierto, he visto este rostro hace dos mil años.
5. Y habiendo salido de su sueño, se encaminó a las puertas de la ciudad donde moran los gitanos, y vio uno cuyo rostro era semejante al que estaba en el fondo del pozo.
6. Y el rostro era el de Jesús, que dormía en la carpa con los gitanos.
7. Y dijo a Jesús: En verdad, oh extraño, he visto tu rostro en otra parte, y contó a Jesús la visión. Y creía que Jesús poseía el secreto de la adivinación porque moraba con los gitanos.
8. Entristeciéndose Jesús y díjole: ¿Para eso me has buscado?
9. Replicó el hombre: Quienquiera que seas, fue tu rostro el que ví en el pozo, y he ahí que iba de un lado a otro del mundo. De cierto, de cierto, yo no te negaría tres veces.
10. Y habló Jesús: Hombre soy, y dentro de mí vive la muerte.
11. Bajó el hombre los ojos y murmuró: Maestro, pequé en mi juventud y acumulé riquezas. Mi hermano vagó menesteroso por los caminos.

12. Dícele Jesús: ¿Por qué me llamas Maestro? Mi único oficio es vagar.
13. Dijo el hombre: Poseo tierras y animales gruesos como hembras hinchidas por el amor, moradas en la ciudad de los hombres. Distribuiré mis riquezas, caminaré tras el polvo de tus pies.
14. Respondió Jesús: No ha nacido aquél cuyos pies no conduzcan sino a la muerte. Caminaremos juntos hasta las puertas de la ciudad, mas he ahí que tomarás por un camino y yo por otro.
15. Porque escrito está que el hombre camine solo, y ningún hombre puede hacer el camino de otro. Solitario le parió su madre; solitario bajará a la sepultura.
16. Entonces el hombre palideció, diciendo: Si vagare solo, ¿quién responderá de mí?
17. Replicó Jesús: ¿Quién responderá por tí en el día de la muerte? Aunque invocares a tu propia sombra, ella no estará contigo.
18. El hombre camina solo, porque el corredor de la vida es angosto, como anillo de desposada.
19. Uno hubo que fue sacrificado por amor a los hombres, y murió solo, como elefante alejado de la manada.
20. Tomóle entonces Jesús de la mano y atravesaron la ciudad de los hombres en silencio.
21. Y quienes miraban los ojos del hombre, decían: Ciertamente está loco.

22. Y cuando hubieron llegado a las puertas de la ciudad, preguntóle Jesús: ¿Cuál es tu camino? Y había uno a la derecha y otro a la izquierda.
23. Y alzando el rostro, el hombre dijo: Tú eres el camino.
24. Bajó la cabeza Jesús, y sonrió con tristeza. Y Jesús no había sonreído en mucho tiempo.
25. Entonces el hombre dijo en voz baja: Maestro, en adelante no estaré solo.
26. Respondió Jesús: De cierto te digo que nos veremos de nuevo. Y pasó su mano por los ojos del hombre.
27. Entonces el hombre echó a andar con los brazos abiertos. Y sus pupilas estaban fijas, y los rapaces arrojaban piedras contra su rostro.
28. Pero su rostro irradiaba ahora como antorcha en la noche.

IXX

OCURRIO que un varón había alzado su voz ante los magistrados de la Ciudad. Y había injuriado a los Ancianos y a los Jueces.

2. Por lo que Ancianos y Jueces se lamentaron diciendo: ¡He ahí la generación que salió de nuestros muslos! Y echaron cenizas sobre sus cabellos.

3. Y uno dijo: Bajó de la montaña con otros semejantes a réprobos, e iban armados con armas de muerte.
4. Y otro clamó: ¡Alzáronse contra los imperios! Su frente no se humilló ante el oro de nuestras arcas.
5. Y dijo un tercero: ¿Rechazáis las creencias de vuestros padres? ¡Ea! Sacaos vuestras oscuras barbas y venid con nosotros. ¿Dónde iréis sin derramar arena de locura?
6. Y otro dijo: Comieron alimañas en la jungla y desecharon nuestros manjares. Sufrieron sed, menospreciaron nuestro vino. Durmieron en la ciénaga, olvidados de las ancas de sus mujeres. Eso dijeron los Jueces y los Ancianos.
7. Entonces oyóse la voz de Jesús en la sombra del estrado: ¡La paz sea contigo, Hombre de la Barba Oscura!
8. ¿Le oís? dijo uno de los Ancianos ¡Desea la paz a quien hace la guerra!
9. A lo que replicó Jesús: ¿Quién que amó la paz no hizo antes la guerra? ¿Quién que ama al hombre no mató antes al hombre? Mas, ni los ancianos ni los Jueces entendieron sus palabras.
10. Y volvió a hablar Jesús, diciendo: He ahí que de entre las generaciones nace el Hombre Nuevo. Bienaventuradas las alimañas que sustentaron su vientre.
11. Bienaventurado quien secó sus sudores; la mujer que acarició sus barbas.

12. La matriz que los parió será como ajorca preciosa. Escondeos, pues, Jueces y Ancianos, porque del polvo de sus botas surgirá el sol como testigo.
13. Ellos señalarán los días que advienen: suya será la espada.
14. Sobre sus riñones descansará la Justicia.
15. Entonces exclamó uno de los Jueces mostrando a Jesús: ¡Su lengua es como la de uno de ellos! Ha blasfemado contra nuestros códigos y execrado nuestros estatutos.
16. Y pidió a los magistrados que Jesús fuese prendido y encerrado junto con los malhechores. A lo que replicó Jesús: Si encerráis al hombre y dejáis afuera la verdad, ¿quién prevalecerá?
17. He ahí que la verdad no podrá ser maniatada ni enmudecida. Es como lobo que aúlla en la tormenta.
18. No habrá muro que os defienda, ni retoño que os sostenga en la hora de la justicia.
19. Y de cierto, de cierto os digo: aquellos que ocupan vuestras mazmorras, quebrarán vuestras vértebras en el banquillo.
20. Y aquellos a quienes abofeteáis, y asesináis y vaciáis sus entrañas, os abofetearán, y os asesinarán y vaciarán vuestras entrañas a su hora. Vuestra piel alimentará a los pájaros.

21. Y millones de hombres de barbas negras os llamarán a Juicio, y nadie escuchará el crujir de vuestros dientes.
22. Dicho lo cual, los esbirros arrestaron a Jesús quien fue flagelado hasta la hora en que comenzó a cantar el gallo.

XX

REPRESENTABASE el Drama Sacro en el Gran País.

2. Habíanse congregado los jorobados y los mudos de las comarcas vecinas, los gentiles y los adoradores de la religión de sus antepasados.
3. Y la turba quería ver cómo caía la sangre del Mesías de nuevo.
4. De Africa y de Asia, de las islas de América, habían llegado los peregrinos a presenciar la crucifixión del Señor.
5. Y de España, la Oscura, llegaban los toreros con sus trajes desgarrados en los caminos.
6. Jesús habíase mezclado a la multitud, a los pescadores y mujeres del pecado, cuyos ojos eran como arcanos de color violeta.
7. Y he ahí que el Primer Actor ponía albayalde y sombra bajo sus ojos, y sus manos eran pálidas como manos de desposada.

8. Acercóse entonces Jesús y díjole: ¿A quién representas en este drama de sangre?
9. Replicó el Actor: ¿No has visto mi rostro? Soy Jesús, El Crucificado. Nadie sabe agonizar como yo en la Cruz. Y guiñando un ojo, llamó a gran voz: Eloi, Eloi, ¿lama sabachthani?, que quería decir "Padre, padre, ¿por qué me habéis desamparado?"
10. Rió entonces el Actor, y señalando un vaso de dulce vino, dijo: He ahí mi vinagre, y beberlo he hasta las heces.
11. Y cerca de Jesús hallábase un soldado llamado Longino; en su mano sostenía una lanza con la que debía romper el pecho del Crucificado. Y habiéndole mirado Jesús, quedó como muerto o dormido.
12. Ocurrido lo cual, escucháronse grandes voces diciendo: ¿Quién reemplazará a Longino en la ficción terrible? He aquí que un mal desconocido ha caído sobre su corazón.
13. Acercándose entonces Jesús, dijo: Vagabundo fuí y actor de un drama semejante antaño. Y tomando la lanza, sustituyó a Longino.
14. Entonces el Primer Actor subió al tablado y fue azotado y escarnecido, y alzado sobre la cruz, entre grandes clamores. Y los velos del escenario agitáronse, como movidos por gran tormenta.
15. Y como se aprestase a rendir el espíritu, se acercó Jesús diciendo: Bribón, ¿así representas el drama del Hombre?

16. Y clavando la lanza en el costado del Actor, he ahí que no manó agua, sino sangre.
17. Tras lo cual escuchóse un estertor que descendía de la cruz, como del fondo de los siglos: Padre, padre, ¿por qué me habéis desamparado?
18. Conturbóse la muchedumbre, la cual decía: Ciertamente, grande actor es. Mas, dejando caer la cabeza, rindió su espíritu. Y su clamor llegó a oídos de la multitud.
19. Alzóse entonces Jesús y dijo: ¿Quién que buscó la verdad no rindió el espíritu?
20. Mas la turba comenzó a clamar a gran voz contra Jesús.
21. Y dijo Jesús: ¿No debía morir? Pues ya está muerto. Hubo uno antaño que murió en la cruz, y fue objeto de escarnio, mas se acabó la hora de la mofa.
22. Pero el Actor fue grande aquella vez. Y Jesús fue apedreado.

XXI

ACONTECIO que aquella noche descendió Jesús al Valle de los Borrachos. Los cantos del vino ensombrecían su corazón, y su corazón estaba triste aquella noche.

2. Y uno había entre ellos, que había cortado la oreja a su hermano y arrojádola en la copa bermeja.

3. Y dijo Jesús: La paz sea con vosotros, Hijos del Vino.
4. Dijo el borracho: Al parecer esta oreja no oye. Y alargó el vino a Jesús, diciendo: Bebe.
5. Respondió Jesús: Bueno es que el hombre beba, porque hace siglos vaga solitario detrás de su alma. El hombre y su alma distanciáronse como camellos en desiertos de tormenta.
6. Y el alma le fue extraña y dio alaridos en la noche.
7. Extravióse, como pájaro bajo la nieve.
8. Interrumpióle el beodo, diciendo: Nunca ví ese pájaro de que hablas.
9. Respondió Jesús: De verdad, de verdad, ningún ave ha volado más lejos de su nido que el corazón del hombre.
10. Porque entre el hombre y su corazón pusieron distancia, como entre el leproso y la joven desposada.
11. Inquirió el beodo: ¿Quién separó al hombre de su alma? ¿No está acaso dentro de él como el vino dentro de esta copa? Y no entendía las palabras de Jesús.
12. Todo se interpone entre la criatura y su espíritu, dijo Jesús. Manadas de fieras hay entre ellos.
13. Has bebido en exceso, dijo el borracho, mirando por primera vez a Jesús. Mas éste replicó: Por

un trozo de pan el hombre llagó a su hermano, quemó su casa y emputeció a sus doncellas. Su vientre creció como caverna marina.

14. Y la leche de sus mujeres tornóse agria, como rostro de carcelero.
15. Sangró el ojo de la justicia.
16. Porque el poderoso endureció su rostro contra su hermano, llueve ceniza sobre la tierra, pues escrito está que quien humilla a un solo hombre, humilla a toda la especie.
17. Y el que quemare una sola semilla, incendiará el granero.
18. Y el hombre persiguió a su hermano; le dejó vagar como huérfano. Paria es, vagabundo entre las rocas.
19. Por eso su alma está lejos como lucero en la noche húmeda, y bebe del vino rojo, porque el vino acorta la distancia entre el hombre y su estrella. Así habló Jesús.
20. Púsose entonces de pie el beodo, y dijo: De verdad, hermano, hay sabiduría en tus palabras, y tus palabras turban mi corazón más que el vino de la noche. Y levantando su copa, inundó con el vino su rostro.
21. Mas Jesús, guardando silencio, entristeciéndose de pronto, y antes de alejarse por el sendero dijo: Dame un poco de tu vino; mi estrella está lejos de mí esta noche.

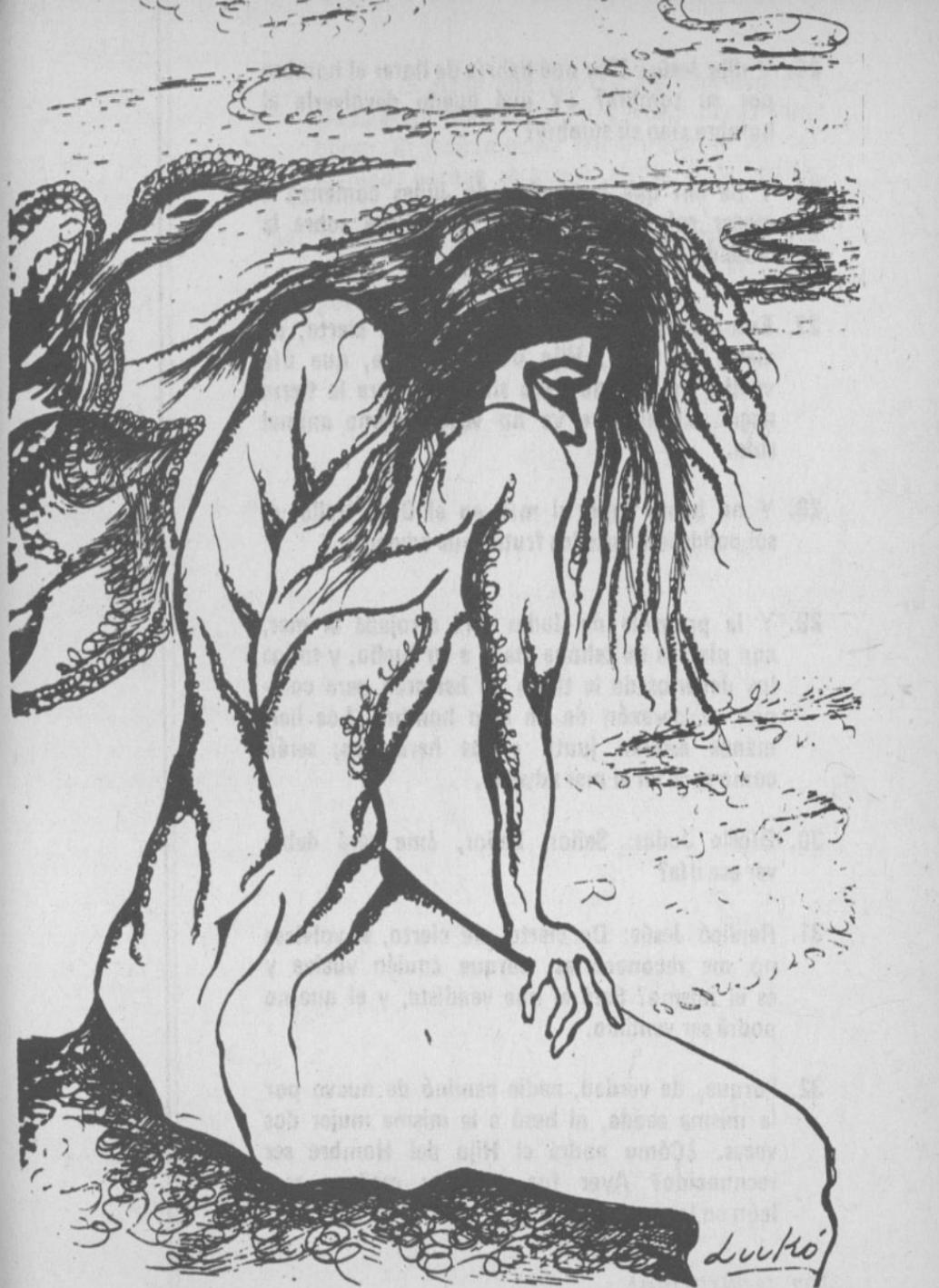
XXII

HABIENDO ocurrido estas cosas, Jesús ascendió al Monte llamado de la Calavera. Y era de noche en el mundo de los vivos y los muertos.

2. Y Jesús estaba solitario, como los puentes bajo la tempestad.
3. Y he ahí que tropezó con la sombra de Pedro, y Pedro dormía y alzó los ojos, y escuchóse la voz de Pedro diciendo: ¿Quién va? Y tenía un puñal en la mano.
4. Respondió Jesús: Yo soy. ¿No me conoces?
5. Dijo Pedro: Te pareces a uno que conocí, pero está muerto. Y envolviéndose en su túnica, volvió a cerrar los ojos y apoyó su rostro en la tierra.
6. Tocóle en el hombro Jesús, y preguntó a Pedro: ¿Dónde están los otros? ¿Quién vela esta noche? Mas Pedro pareció no entender, y estaba como muerto o dormido.
7. Dijo entonces Jesús en su corazón: Ciertamente, nadie hay en este paraje, y de verdad, de verdad, es culpa del lobo el andar solo, que no de la manada. Entonces su rostro comenzó a manar sangre, y apareció una visión ante sus ojos.
8. He ahí que millones de carneros ensombrecían los astros de la noche, y eran sus rostros como rostros de hombres, y sus frentes oscuras como el légamo de los valles.

9. Y cada rostro se humillaba hasta tocar el horizonte. Y había una Gran Voz en la tiniebla, la cual clamaba: El que como gusano se humillare, será ensalzado, y sobrevivirá en mi Reino a la piedra.
10. Y los carneros jadeaban, porque el clamor venía del Padre.
11. Habló entonces Jesús al Padre, diciendo: Y a tí ¿quién te humilla? Y esto decía porque la Voz del Padre caía sobre los riscos con soberbia.
12. Así que hubo hablado, oyóse un trueno en los cielos, y dijo el Padre mostrando a Jesús: He ahí al que salió de mis riñones ¡He ahí al Cristo Negro! Y diciendo esto escupió sobre la frente de Jesús.
13. Y dijo el Padre: No escuchó mi Voz y se alejó de mi aliento, y ahora es sólo grano de mostaza en el camino.
14. Y los carneros inclinaban la cerviz hasta tocar el fondo de la Gehenna, y la palabra del Padre tenía potestad sobre los carneros.
15. Y los carneros escupieron también sobre Jesús, y cantaron loas al Padre, el cual dijo: Huyó de mis muslos, y ahora vaga como perro de albañal en el monte.
16. Le mandé que se humillase, mas se ensoberbeció; mandéle que se tronchase como rama seca, y he ahí que sacó pecho y predicó rebelión sobre la tierra.

17. Replicó Jesús: Antaño me humillé, colgado fui entre ladrones. Y te llamé "Eloi, Eloi", mas fuiste sordo como oreja de muerto bajo el agua. Nuestros caminos se separaron como fauces de cocodrilo.
18. Esto que hubo dicho, encendióse el rostro del Padre, y cerrándose el firmamento, se oscureció la visión. Entonces Jesús subió a la cima del Monte.
19. Y en la cima del Monte encontró a Judas, que había permanecido despierto dos mil años y vivido en las cavernas de la tierra. Y sus ojos habíanse tornado redondos, como los ojos de las aves tristes de la noche.
20. Al verle reconoció a Jesús, y dijo: ¡Maestro! Y habló diciendo: Aguardé veinte mil lunas para que subieses al Monte de nuevo.
21. Y he ahí que Judas tenía una mano de plata, como los peces que pueblan las aguas del mar.
22. Mas, como su mano estuviese fría como la muerte, dícele Jesús: De cierto, Judas, no te calentaron los denarios.
23. Respondió Judas: Estoy solo como los moribundos; mi sombra se alejó de mí como humo que se aparta de la hoguera. He ahí que hasta las bestias del monte tienen su sombra, mas yo permanezco solitario en las cavernas de la tierra.
24. Y lloró Judas, pidiendo a Jesús le devolviese su sombra.



25. Y dijo Jesús: ¿Por qué habría de llorar el hombre por su sombra? ¿Y qué puedo devolverle al hombre sino su sombra?
26. Y he ahí que la sombra de Judas comenzó a crecer sobre el monte, y extendióse sobre la ciudad hasta cuarenta estadios.
27. Entonces habló Jesús diciendo: De cierto, de cierto, te digo, Hijo de la Sombra, que día vendrá en que no haya sino luz sobre la tierra negra. El hombre ya no vagará como animal solo.
28. Y no habrá tuyo ni mío en el Gran Valle: el sol palidecerá ante los frutos que advienen.
29. Y la progenie de Judas será arrojada al mar, con piedras de tahona atada a su cuello, y todos los denarios de la tierra no bastarán para comprar el corazón de un solo hombre. Los hermanos estarán junto a los hermanos; serán como roca en el mar adverso.
30. Dícele Judas: Señor, Señor, ¿me será dable ver ese día?
31. Replicó Jesús: De cierto, de cierto, si volviese no me reconocerías, porque ¿quién vuelve y es el mismo? Seré el que vendiste, y el que no podrá ser vendido.
32. Porque, de verdad, nadie caminó de nuevo por la misma senda, ni besó a la misma mujer dos veces. ¿Cómo podrá el Hijo del Hombre ser reconocido? Ayer fue cordero: mañana será león en la espesura.

33. Porque la mano que se extendió para bendecir, reaparecerá armada; y no quedará hueso sobre hueso, ni tendón sobre tendón que no sea desgarrado, porque se acerca el día de la justicia.
34. Y diciendo esto, Jesús volvió la espalda a la ciudad de los hombres, y traspuso el Monte por el lado en que el sol ascendía . . .



Mi lenguaje está descompuesto, pero es el que he heredado. Yo lo imanto hacia su postrer alternativa, rehaciendo mi propia imagen con el mármol negro de los detritus sociales.

Porque no ha llegado la hora de crear el lenguaje, sino de matarlo, y todo gran poeta esconde el pulgar cuadrado del asesino. Mas, como tengo la pupila llena de lágrimas, escribo a grandes sollozos, y en medio de la sangre levanto a coágulos el monumento funerario de mi época, mientras el universo se contrae y expira por su oreja de toro.

.....

Toda creación es, en principio, monstruosa. Ella retrocede al comienzo, donde la materia carece de género y número, y está marcada por la violencia. Violencia de terror, violencia de melancolía, violencia de amor. Sólo así fue posible el culto de lo feo, de lo descomunal, de lo terrible.

Observo la materia, pero ella nada me dice, y aunque la interrogase hablaría menos que mis antepasados enterrados en los sepulcros de Menfis, pues, en verdad, no es la materia la que entrega el poema, sino el yo social estrellándose contra la materia, despedazándose, pero organizándola en la línea de nuestras conflagraciones.

.....

Un verdadero lenguaje poético remite a su forma substancial la esencialidad trágica del mundo. Las lenguas primitivas, amasadas en la guturalidad abisal de los planetas, las

lenguas idolátricas, ofrecen un instrumento superior en la creación poética.

.....

La imagen, vehículo fundamental de la poesía, alcanza su mejor designio en la conjunción de dos identidades remotas. Entre ambas se mueve la membrana acuosa de lo incognoscible, ya que la imagen, como síntesis, rehuye toda explicación, todo proceso. El artista no arguye ni explica: expresa por acercamiento mágico, por contraposición de materias. Mientras mayor sea la distancia entre los elementos que constituyen la imagen, mayor será también la radiación que origina aquella emotividad de los encuentros ignorados.

El estilo no es el hombre, ni lo fue jamás en los postes de luto de los milenios, sino cuanto el hombre hubiese querido ser. Ni es evasión, sino fijación de un sueño, rescate de una identidad que aspira a lo inalcanzable. En rigor, no tienen que ver las leyes del arte con las del pensamiento, cuyo riñón de aguamarina filtra únicamente el pus de la conciencia, partido de orden de la gran dualidad trágica . . . El arte expresa y trasunta, indudablemente, el medio en que es creado, pero subordinado a la química y a la física de su natural inobjetable, disfrazándose a menudo de negación, como en los sueños, donde el tigre suele tener el mismo rostro de la amada, entregando una imagen cuyo reflejo sea su revés, así como un lobanillo en las asentaderas puede hacernos recordar a Dios más de lo necesario.

El arte no es impresión, sino expresión, no estado reflejo, sino recia voluntad de dominio. Es el gran acertijo. En su destino no hay lugar para las aproximaciones. Es o no, como la virginidad de las hembras primitivas.

De todas las clases sociales, es el pueblo el que posee mayor número de mitos y de supersticiones, es decir de poesía, por aquella extremada necesidad de representación que compensa su desvalimiento social.

El naufragio de nuestra sociedad injusta disminuirá, sin duda, las necesidades del arte, porque ni el hombre ni el artista serán víctimas de la contradicción social, mercado negro en el que han recogido aquella mortal velada sombría que empuja su ataúd al pie de los cementerios urbanos.

Entonces espantaos, queridos burgueses: un día el arte no será ya necesario. Los poetas seremos una raza desaparecida de una era social y económicamente antropofágica, porque el poema, en su raíz, no es sino la suplantación de aspiraciones humanas no realizadas por el hecho estético realizado. Sobrevendrá una sociedad sin clases ni dinastías, sin putas ni cabos de guardia, sin presbíteros, sin lombrices solitarias; una sociedad de criaturas integrales, donde el hijo del obispo no sea menester, engendrados todos al margen de la luna biselada de los muertos. Una sociedad de ese linaje, talvez llegue a prescindir de sus poetas, pues, como queda dicho, la ansiedad de la creación de mitos queda aplacada por la absorsión de una realidad en que el individuo alcance su desarrollo a través de un régimen de igualdad de derechos humanos. Entonces el cantor reemplazará al poeta . . .

MAHFUD MASSIS

INDICE

LAS BESTIAS DEL DUELO / 1942	11
<i>BIOGRAFIA INFINITA</i>	13
<i>AHORA QUE TE LLAMO AGATA</i>	14
<i>GEHENNA</i>	15
<i>ADELFA DE LOS AMANTES MUERTOS</i>	16
<i>POSESION DEL FANTASMA</i>	17
<i>BUSQUEDA DEL PRINCIPE DEGOLLADO</i>	18
<i>RONCAN LOS ESPECTROS</i>	19
<i>CRUZ BALDADA</i>	20
<i>LOS CERROJOS</i>	21
<i>ADIOS A LOS LOBOS</i>	22
<i>AGONIA DEL HOMBRE</i>	23
<i>LA GRAN NOCHE</i>	24
<i>ELEGIA EN LAS</i>	
<i>PUERTAS DE ESTALINGRADO</i>	25
<i>LOS CARGADORES DE AMBAR</i>	27
<i>LA JOVEN BESTIA</i>	28
<i>LAS ULCERAS</i>	29

ELEGIA BAJO LA TIERRA / 1955	31
POEMA 1	33
POEMA 2	34
POEMA 3	35
POEMA 4	36
POEMA 5	37
POEMA 6	38
POEMA 7	39
POEMA 8	40
POEMA 9	41
POEMA 10	42
POEMA 11	43
POEMA 12	44
POEMA 13	45
POEMA 14	46
POEMA 15	47
POEMA 16	48
POEMA 17	49
POEMA 18	50
POEMA 19	51
POEMA 20	52
POEMA 21	53
POEMA 22	54
POEMA 23	55
POEMA 24	56
POEMA 25	57
POEMA 26	58
POEMA 27	59
SONATAS DEL GALLO NEGRO / 1958	61
SONATA DEL GALLO NEGRO	63
NOCTURNO DE LA PIPA	64
ELEGIA SIN HUESO	65

<i>DIA DE VISITA</i>	66
<i>LA BUSQUEDA</i>	67
<i>LA SOMBRA ENTERRADA</i>	68
<i>LUKO</i>	69
<i>EL ROSTRO HUECO</i>	70
<i>EN LA MUERTE DE</i>	
<i>UN POETA DE VEINTE AÑOS</i>	71
<i>EL MONSTRUO</i>	72
<i>EL FETICHE</i>	73
<i>ELEGIA DE HAFIZ</i>	74
<i>SALMO CERO</i>	75
<i>ENTIERRO</i>	76
<i>LA CABEZA FURIOSA</i>	77
<i>ELEGIA DEL ORO</i>	78
<i>EL DESCONOCIDO</i>	79
<i>LA VIAJERA</i>	80
EL LIBRO DE LOS ASTROS APAGADOS / 1965	81
<i>ELEGIA DEL CONDENADO</i>	83
<i>EXPEDICION AL TIEMPO</i>	84
<i>NOCTURNO DEL PIANO</i>	85
<i>RETORNO</i>	86
<i>EL ROSTRO CAIDO SOBRE LA TELA</i>	87
<i>POEMA DE LAS MANOS MUERTAS</i>	88
<i>OCEANO ABIERTO</i>	89
<i>PADRE MONO</i>	90
<i>PANORAMA DEL IDOLO</i>	91
<i>MERCADO PERSA</i>	92
<i>SESOS Y ORQUIDEAS</i>	93
<i>SONATA DEL PADRE ETERNO</i>	94
<i>ELEGIA A ERNESTO HEMINGWAY</i>	95
<i>EPITAFIO A LA MEMORIA</i>	96
<i>ULTIMA TARDE</i>	97

<i>LA CABEZA ROBADA</i>	98
<i>EL CRISTO DE LOS RATONES</i>	99
<i>EL RAYO TRASTORNADO</i>	100
<i>PALIMPSESTO DEL RENUNCIADOR</i>	101
<i>EL DESENTERRADO</i>	102
TESTAMENTOS SOBRE LA PIEDRA / 1971	103
<i>YO GUERRILLERO</i>	105
<i>DESTINO</i>	106
<i>ADIOS</i>	107
<i>ANGEL DE ANCORÁ</i>	108
<i>PETROLEO</i>	109
<i>MARCHA FUNEBRE DE PROVINCIA</i>	110
<i>JUPITER</i>	111
<i>AMANECER DEL RESUCITADO</i>	112
<i>EPITAFIO AL CONDE DE LAUTREAMONT</i>	113
<i>AYSEN</i>	114
<i>CARTA A LUKO DESDE EL ASERRADERO</i>	115
<i>EL BRAZO INVISIBLE</i>	116
<i>EL APARECIDO</i>	117
<i>PENULTIMO CARTEL</i>	118
<i>PERRONUESTRO</i>	119
<i>INSURRECCION</i>	120
<i>AÑO NUEVO</i>	121
<i>HAY QUE SUDAR PARA VIVIR</i>	122
<i>SUBASTA</i>	123
<i>TAMBORILERO</i>	124
<i>A UN VAGABUNDO</i>	
<i>ENCONTRADO MUERTO EN LA CALLE</i>	125
<i>OTRO TRAJE</i>	126
LLANTO DEL EXILIADO / 1986	127

ESTE MODO DE MORIR / 1988	157
EL FASCINADO	159
ESO ERA TODO	160
EL TESTIGO	161
MIS CRIMENES	162
POBRE ANIMAL	163
CULPA	164
MENSAJE A ELIAS CASTELNUOVO	165
EL DESAMPARADO	166
DE PRONTO UN AULLIDO	167
NO HAY QUE AGITAR LA COLA	168
RENDICION	169
EL ANGEL DEL DIENTE CAIDO	170
TU Y YO	171
EL JUEGO DE LA SOGA	173
EL ABUELO	175
GALLO NEGRO	176
LA PARTIDA	177
LLEGADA DEL ANGEL	178
EL EXTRANJERO	179
EL INVOLUCRADO	180
ANCESTRO	181
UN PEQUEÑO OLEAJE EN EL ROPERO	182
MI VIEJA CHAQUETA	183
CASA DE HUESPEDES EN LA PATAGONIA	184
VIAJERO	185
PERDIDO	186
OJO DE TORMENTA / 1960 - 1989	187
MONUMENTO DE SANGRE AL GUERRILLERO	189
ORACION A SIMON BOLIVAR EN LA NOCHE NEGRA DE AMERICA	191
VIAJE A IRAQ EN DIAS DE GUERRA	194

<i>GUERRILLEROS DE PALESTINA</i>	197
<i>CANTO Y LUCERO PARA</i>	
<i>LAS MUJERES DE CHILE</i>	200
<i>PARA LIBIA UNA ORQUIDEA ROJA</i>	203
LEYENDAS DEL CRISTO NEGRO / 1967	211
ESCRITO HACE CINCUENTA AÑOS	275

Se terminó de imprimir en el mes de
enero de 1990, en los talleres de la
EDITORIAL DIALIT, C.A.
Caracas, Venezuela

El autor agradece los desvelos de su
entrañable amigo y editor Ricardo
Caputto en la publicación de esta
obra, reconocimiento que hace exten-
sivo al personal de la empresa.

La obra de Mahfud Massís (Chile, 1916) constituye una de las formulaciones poéticas más intensas y dramáticas de la lengua castellana. La presente Antología, por muchos esperada, aspira a ser un acto de justicia hacia la divulgación de sus trabajos cuyo desarrollo abarca alrededor de medio siglo.

“Todo el esplendor verbal, el barroquismo de nuestra mejor literatura, están patentes en él de una manera extraordinaria”, dice de su obra Ludovico Silva, el caracterizado poeta y ensayista venezolano. Y Adriano González León: “Con una vivacidad eruptiva pocas veces igualada, terrible, injuriante, casi volcán, demasiado duro y desollador como para no recordarlo, se presenta Mahfud Massís en su “Elegía bajo la tierra”. Juana de Ibarbourou se pregunta: “¿En qué aro de Saturno tal vez haya nacido usted para superar el horror de Baudelaire y de Poe?”.

Pablo de Rokha escribe en el prólogo a una de sus obras: “En nadie, quién sabe, brama tan aguda angustia y tan acendrada y macerada desolación humana como en Mahfud Massís, poeta de los viejos aceros y la gran cuchilla mahometana”.

A Editorial Dialit, C.A. le asiste la certidumbre de que esta Antología constituye un aporte extraordinario al conocimiento poético de nuestra América, al difundir la voz estremecida y singular de uno de sus más altos exponentes.